

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

DIRECTOR:

EL CONDE DE CEDILLO, Secretario general de la Sociedad.

AÑO VII

Madrid, Agosto-Octubre de 1899.

NÚMS. 78-80

EXCURSIONES

Excursiones por la provincia de Burgos

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID EL 17 DE MARZO DE 1899

(Continuación)

EXCURSIÓN muy de otro carácter, más larga que las anteriores, infinitamente más molesta, y que vamos á emprender con bien distinto objeto: el de ver (si las hallamos) las ruinas de una antigua ciudad romana, Clunia, la famosa *Clunia Colonia Sulpicia*, cuya historia, compendiada en breves páginas, podréis estudiar en un erudito informe académico de D. Aureliano Fernández Guerra (1).

Pero antes de llegar á Clunia, que se halla casi á un extremo de la provincia, allá en el partido judicial de Aranda de Duero, hemos de encontrarnos en el camino con no pocas cosas que nos hagan detener.

Tomemos en Burgos un fermentido carruaje que más que diligencia es quebrantahuesos, y en tres, ó cuatro ó cinco horas habremos llegado á Lerma.

Es Lerma villa importante y un tanto famosa en las historias; mas tal vez no

viviera su recuerdo si no fuese por aquel poderoso valido de nuestros Reyes que llevó por título su nombre.

Rica un tiempo y no pobre hoy, con un gran número de conventos, todos hechos, puede decirse, por igual patrón; con un gran palacio ducal, que aun abandonado y maltrecho, luce todavía su hermosísimo patio de clásicas columnas; con el movimiento y la vida que la prestan sus concurridos mercados, es Lerma villa que merece verse y que *puede* verse también, porque en ella (y esto para un excursionista es importante) se vive muy bien y se come aún mejor. Mas con todo esto yo no os detendría en ella, ni aun tal vez la mencionara, á no ser por su colegiata, hoy reducida á parroquia, en la cual habremos de hallar algo excelente.

Fundada ó elevada á la categoría de Colegiata, según se dice (pues no hay apenas nada escrito acerca de Lerma), por el Cardenal Duque, responde la iglesia al no muy bello estilo de aquella época, sin que esto quiera decir que carezca de algunas excelentes condiciones, como son su grandeza y lo bien propor-

(1) Tésera de hospitalidad en Clunia, *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XII, página 363.

cionado de sus tres naves, girola y coro en los pies de la central, que la dan aires más de Catedral que de otra cosa.

En este templo majestuoso y espléndido se halla la obra importantísima, la estatua orante que á la vista tenéis, ejemplar primoroso de la estatuaria en metales, no tan conocida como merece, pero grandemente alabada por cuantos de ella han tratado (1).

He dicho al comenzar la conferencia que me estais oyendo, que no pensaba esta noche plantear problema alguno, y me arrepiento de ello y me desdigo, y no uno sino dos he de plantear ahora, porque son dos los que al paso saltan, y fuera miedo ridículo, teniéndolos á la mano, no plantearlos, y planteándolos, no tratar de resolverlos. La tradición popular muy antigua, consignada luego en autores dignos del mayor respeto, ha venido sin interrupción hasta pocos años ha, afirmando que la estatua orante de que os hablo representaba al Cardenal Duque de Lerma, y había sido ejecutada por Pompeyo Leoni. ¿Puede esto hoy afirmarse? ¿Puede negarse? Hay que poner tal asunto en claro y ver de determinar si la estatua representa ó no al Duque, y si fué ó no fué hecha por Leoni.

Ningún autor español, que yo conozca, ha planteado esta cuestión; bajo la fe de Ceán Bermúdez continuaron todos con la afirmación dicha, y fué preciso que un extranjero, Plon (2), viniese á suscitar la duda. Afirmó este discreto autor que no era fácil creer, vista la estatua del Duque de Lerma que en el Museo de Valladolid se conserva, y que antes estuvo en la iglesia de San Pablo de aquella

ciudad (y que vosotros habéis visto pocas noches ha en la conferencia del Sr. Lázaro), que la de Lerma representase al Cardenal Duque, y se inclinaba á afirmar que fuese el simulacro que estais viendo el de uno de los dos tíos del valido, que fueron Arzobispos en Toledo y en Sevilla, “y si esto fuese exacto—dice Plon,—habría motivo para creer que tal obra no fuese debida á Pompeyo Leoni sino al artista á quien encargó el Duque las estatuas para San Pablo, de Valladolid (1),

(1) La opinión unánime y admitida es la de que las estatuas de Valladolid son debidas á Juan de Arfe, y aunque será preciso tener en cuenta las observaciones, fundadas, si mal no recuerdo, en pruebas documentales, que hizo en su conferencia citada el Sr. Lázaro Galdiano, como tal conferencia y tales documentos no se han publicado resulta que no hay hasta ahora posibilidad de darlas otra atribución. D. Julián Paz, en su folleto *El monasterio de San Pablo de Valladolid* (Valladolid, 1897), publica completas las proposiciones hechas por Leoni y por Arfe para la fabricación de las estatuas. En la de Arfe, que es la que fué aceptada, se compromete á hacer las estatuas de los dos Prelados, y las describe minuciosamente. La del Cardenal Arzobispo de Toledo ha de tener, entre otras cosas, “hábito consistorial muy autorizado, con su capilla y cola grande, que tome toda la nicha á lo largo, con los dobleces muy imitados y ricos... y la cabeza descubierta, y el bonete ó capelo lo hará y pondrá donde se le ordenare.” En cambio el Arzobispo de Sevilla ha de estar “orando, vestido de pontifical, con capa de oro, toda de brocado, con la cenefa de apóstoles, y en la capilla una historia... y guantes, y mitra y misal si se le ordenare.”

Si Plon hubiese conocido esta proposición, que no debió conocer, no hubiese supuesto que el personaje representado en Lerma fuese el Cardenal Arzobispo de Toledo, que había de figurarse con *hábito consistorial y bonete ó capelo*, sino el de Sevilla, pues la proposición de Arfe parece una descripción de la estatua que en Lerma existe, y si no hubiese, como luego se verá, otras razones de mayor peso, sólo con ésta podría afirmarse que es el Arzobispo de Sevilla el personaje representado.

La proposición de que están copiados los párrafos de arriba está fechada á 7 de Marzo de 1602; en 7 de Diciembre del mismo año Arfe escribía: “Los retratos de los Sres. Cardenal y Arzobispo, y manos de ellos, con los ornatos de

(1) En la colección de fotografías de Laurent y en el libro de Amador de los Ríos, tantas veces citado, puede verse reproducida esta estatua.

(2) *Les maitres italiens au service de la maison d'Autriche. — Leon Leoni, sculpteur de Charles Quint et Pompeyo Leoni, sculpteur de Philippe II.*—París, 1887; pág. 347 y siguientes. (Publica, acompañando á su estudio, una heliografía de la estatua.)

las cuales no llegaron, por las adversidades de los tiempos, á colocarse en el sitio para el que fueron hechas.,.

Esta sagaz observación de Plon y la hecha por el Sr. Serrano Fatigati, de que llevando la estatua mitra y báculo, y no pudiendo haber usado nunca estos atributos de la dignidad episcopal quien, como el Cardenal Duque, no fué nunca Obispo, ni aun presbítero siquiera, parecen inducir á creer, contra la opinión seguida por los pocos autores que de esto han tratado, que no puede representar al poderoso valido, pero habiendo, si es que la tuvo, desaparecido la inscripción (que tal vez estuvo colocada en la parte de frente del reclinatorio, del cual ha desaparecido el bronce imitando tela de brocado, que debió cubrirle) será preciso aguardar á ver de hallar algún documento ú otra prueba plena para fallar en tal asunto, que debe por hoy quedar en este estado (1). Mas resulte lo que resulte de las

la capa pluvial, que son historia, y apóstoles de la cenefa, y borlas y bordaduras de almohadas de su parte, tengo hecho todo de cera, y por estas manos pecadoras, sin necesidad de italiano ni español, mas de sólo mi yerno, como se lo ofrecí á su excelencia, y va todo bien.,.

Cardenera, que copió parte de esos documentos (*Iconografía española*, tomo II), creía que esas estatuas no habían llegado á fundirse.

(1) El autor de esta conferencia ha tenido ocasión de hacer, después de haberla dado, un nuevo viaje á Lerma y un estudio más detenido de este asunto. Indudablemente la comparación de la estatua con la de Valladolid induce, de acuerdo con Plon, á no creer que puedan representar al mismo personaje. Por otra parte, en la sacristía de la Colegiata se conservan tres retratos (uno de ellos de no escaso mérito) representando al Duque; el primero de joven y vistiendo rico traje de corte, el segundo ya de edad madura, con hábitos cardenalicios, y el tercero después de muerto; en todos tres va el valido con bigote y perilla; la estatua de Lerma está totalmente afeitada, en tanto que la de Valladolid no; el escudo que hay sobre la estatua es igual en todos sus cuarteles al del Duque, muy repetido en toda la villa, y por desgracia no conserva timbre, habiendo desaparecido, según se puede ver, la corona ó el capelo que tuviese. Tratando de vencer estas dificultades y registrando

investigaciones nuevas, siempre será esta estatua una obra de mérito excepcional, la única, sin duda, que en Lerma hemos de hallar, por lo que hemos de abandonar ya esta villa, y aprovechando otra diligencia, no mejor que la que aquí nos

minuciosamente la Colegiata pude hallar un pequeño tapiz que lleva las armas mismas con capelo verde archiepiscopal. Sabiendo que el Arzobispo de Toledo había tenido la dignidad cardenalicia no cabía duda de que dicho escudo pertenecía al Prelado de Sevilla. En efecto, por mediación de un amigo, el catedrático de la Universidad de aquella ciudad, D. Joaquín Hazañas, tuvo la bondad de enviarme dibujo del escudo que usaba el Arzobispo D. Cristóbal de Rojas, y resultó idéntico al citado. No contento con eso, el Sr. Hazañas copió párrafos de los *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, por Diego Ortiz de Zúñiga, en que se dice que el año 1580, "encontrándose D. Felipe II en Badajoz, por el mes de Marzo, fué á visitarlo el Arzobispo, quien de allí salió para los Estados de la casa de sus padres, en que deseaba hacer algunas fundaciones, y caminando á Lerma murió en Cigales, no lejos de Valladolid, según las noticias de Sevilla á 20, pero según D. Fr. Prudencio de Sandoval, en su elogio de la casa de Sandoval, fué á 22 de Septiembre, y fué llevado á sepultar en la parroquial (colegial después) de Lerma, en que yace, y en que el Duque de Lerma, su sobrino, le puso una estatua de bronce, honrando dignamente su memoria.,.

Queda, pues, demostrado, sin que haya lugar á duda alguna, que es el Arzobispo de Sevilla, D. Cristóbal de Rojas, el representado en la famosa estatua.

No está tan claro quién sea su autor, pero los documentos antes transcritos y la opinión de Plon parecen hacer creer que fuese Arfe. Plon dice: "Nuestro sentir personal nos hubiera llevado, no obstante, á dar con preferencia la estatua en cuestión á Juan de Arfe, si no nos hubiéramos detenido por el aserto de Ceán; este autor concienzudo no se ha aventurado generalmente en sus atribuciones más allá de donde alcanzan los documentos de los archivos. No le hemos cogido en falta sino muy rara vez, y no osaríamos contradecirle formalmente sin una gran certidumbre.,.

Tal vez Plon anduvo demasiado respetuoso con la opinión de Ceán, y éste la vez presente no se apoyó en documentos, porque dice á propósito de la estatua, que es "del tamaño del natural, arrodillada sobre una almohada, con sitial por delante; está en un magnífico pedes-

trajo, marchar por páramos desiertos é incultos, cuyo aspecto encoge el corazón y aplanar el ánimo, pasar por Bahabón, único pueblo que antes de llegar á la Ribera se halla, ver desde el coche interesante ermita románica que no lejos de la carretera se divisa (1), y entrando ya en la *tierra del vino*, como por allí dicen, y pasando por Gumiel de Izán (2), llegar á Aranda de Duero, que hallaremos asentada en medio de un campo hermosísimo, totalmente plantado de viñedo.

“Villa por villa, Aranda de Duero en Castilla,”—dijose antiguamente, y á fe que con razón, pues aun hoy, cuando por varias razones ha decaído mucho, pre-

tal, en el lado del Evangelio de la capilla mayor. Y pocos años antes Ponz había dicho (Obra y tomo citados, pág. 101): “En el presbiterio, al lado del Evangelio, hay un magnífico sepulcro y memoria del Cardenal Duque de Lerma, y consiste principalmente en su estatua, de rodillas, *que me pareció* obra de Pompeyo Leoni, del tamaño del natural, colocada en un grandioso pedestal y en ademán de orar;” si se tiene en cuenta que Ceán mismo, y precisamente en el artículo de su *Diccionario* dedicado á Leoni, indica la obra de Ponz entre las fuentes de que se ha valido, no parece sobrada malicia suponer que la opinión que Ponz daba sólo como probable la admitiese de plano el autor del *Diccionario* sin otra comprobación, y transcribiendo casi literalmente el párrafo.

Por otra parte, no hay que ir muy lejos para hallar en Ponz inexactitudes, pues en la misma página atribuye á Leoni las estatuas de Valladolid, que hoy se tienen por obra de Arfe, según va dicho.

Después de todo la cuestión no tiene gran interés, pues, como el mismo Plon afirma, es casi imposible distinguir las obras en metal de Leoni, Jacome Trezo y Arfe, cuyos méritos son casi iguales.

(1) Se halla esta ermita cerca de la llamada *Venta del Fraile*.

(2) En el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (tomo I, pág. 453) hay un informe del Sr. Fernández Guerra acerca del sepulcro y restos de Fr. Diego de Velázquez, tan famoso en la historia de nuestras Órdenes militares, que se conserva ó se conservaba en Gumiel en un monasterio de la Orden de San Bernardo. El erudito académico pedía que tales restos, con su sarcófago, fuesen trasladados á la Catedral de

senta el aspecto de lo que siempre fué; población rica y comercial, con grandes mercados de cereales y vinos.

Como esto no nos importa ahora, poco habremos de detenernos, mas no debemos dejar de ver las dos iglesias, dedicadas á San Juan la una y á Santa María la otra. Menciono á aquélla sólo por su antigüedad, y por conservar el recuerdo de haberse reunido bajo sus bóvedas, en el siglo XV, un Concilio provincial. Hoy se halla un tanto abandonada, y salvo su fachada principal, que no deja de ser original y graciosa, no hay nada que merezca la pena de la visita.

No ocurre tal en Santa María, parroquia principal y espléndida, cuya fachada vais á ver y en la que podréis admirar su grandiosidad y hermosura, lo fino y delicado de su labra y esa arcada del último cuerpo, de sabor tan netamente español que trae á nuestra memoria los monumentos salmantinos (1). La época de su construcción, no hay que decirlo, aunque no se conoce con certeza puede asegurarse que debió ser el final del siglo XV ó el principio del XVI, pero nada, repito, puede afirmarse documentalmente, pues se carece de estudios que á ninguno de los monumentos de Aranda haga referencia, ya que Loperráez (2), escritor benemérito, no se ocupó más que de asuntos históricos, y de historia ecle-

Burgos, evitando así que el cráneo de aquel personaje, “*sin curarse de ello nadie*, esté rodando por una casa particular, remendado con papel y engrudo.” El informe se halla fechado en 1878, y desde entonces acá ignoro qué se habrá hecho en el asunto, ni si existen el monasterio y el sarcófago, aunque seguro que este último no ha ido á la Catedral burgense. Aunque por incidencia, y no con gran oportunidad, me ha parecido útil recordar aquí estas noticias.

(1) En la obra citada del Sr. Amador (página 978) se reproduce esta portada, y en la página 982 el púlpito de la misma iglesia, obra también notable.

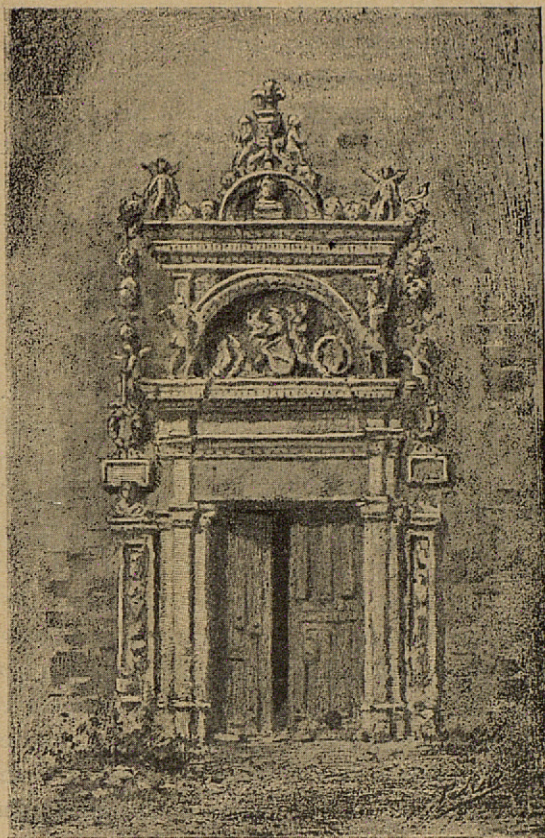
(2) *Descripción histórica del Obispado de Osma, con tres disertaciones sobre los sitios de Numancia, Uxama y Clunia*.—Madrid, 1788.

siástica, por regla general, sin prestar atención al arte, y Amador de los Ríos limitase aquí, como en otras partes, á hacer largas descripciones (1).

Dejemos ya á Aranda, pues hemos visto lo notable que encierra, y en un coche inverosímil, que haría buenos los dos anteriores, marchemos á Peñaranda de Duero para desde allí llegar al término de esta excursión.

abandonado y maltrecho, luce aún los esplendores de otros días; su amplia colegiata y sus calles anchas, y sus plazas espaciosas que tienen ese aspecto particular que he observado en Alcalá y en Salamanca, pueblos del Renacimiento, por así decirlo, y que, bien guardadas las distancias, se observa en Peñaranda también.

Yo quisiera detenerme un tanto en Pe-



Puerta del palacio ducal. Peñaranda (Burgos).

Aunque pobre y pequeña hoy, es Peñaranda hermosa villa, villa de Señorío, con su alto castillo, que poco á poco va desmoronándose; su gran palacio ducal, que

ñaranda por mostraros despacio el palacio de los Duques que llevaron por título el nombre de la villa, que más tarde fué propio de los Condes de Montijo, y que hoy, malvendido por sus aristocráticos dueños, sirve casi todo él de troj y de pajera, y quisiera además haberme proporcionado fotografías de él; no ha sido esto posible no obstante mis esfuerzos, y dejando de ver lo mejor tendréis que con-

(1) Únicamente pueden añadirse á las de los dos autores citados los pocos datos que ofrecen Ponz en su *Viaje de España* (tomo XII, pág. 105) y Arias de Miranda en un artículo titulado *Noticia de la antigua ciudad de Clunia*. (*Revista de España*, tomo IV, pág. 426.)

tentaros con esta proyección hecha mediante un dibujo de mi amigo y paisano el Sr. Pedrero, que representa la puerta principal (1).

Por su riqueza y magnificencia, por sus proporciones y, sobre todo, por los primores de ornamentación que le decoran, puede, sin duda este palacio colocarse á la cabeza de los que del Renacimiento quedan en nuestra patria. Así lo ha entendido el arquitecto inglés Prentice, que en su reciente y magnífico libro acerca de la arquitectura del Renacimiento en España (2) ha publicado láminas con detalles de su ornamentación, aventurándose á decir, en la breve nota que á los dibujos acompaña, que sus artesonados son tal vez los más hermosos de su género en España. No daríais por exagerada ésta afirmación si los vieseis; recuerdan un tanto los famosos de la Universidad de Salamanca y no pueden mirarse sin gran pena en el abandono en que están. Es, como he dicho, grandioso y severo todo el palacio; grandiosa, aunque no del mejor gusto, la fachada; admirable el patio; espléndidos y ricos los salones; tal vez lleguen á doce las piezas que tienen techo artesonado, y en la principal, que debió ser un tiempo de recepción ó de honor, además del artesonado riquísimo lucen hermosas yeserías, unas del Renacimiento, mudéjares otras, por todo extremo merecedoras de admiración y de estudio (3).

Yo no me atrevo á invitaros á que va-

(1) Á la bondad del mismo Sr. Pedrero debo el poder publicar aquí su dibujo.

(2) *Renaissance architecture and ornament in Spain. A series of examples selected from the purest works executed between the years 1500-1560.*—Londres (sin año.)

(3) En el libro del Sr. Amador hay, además de una vista general de Peñaranda, varios dibujos de los artesonados y de las yeserías, y el de un bellissimo *rollo* ojival que se encuentra en el centro de la villa. De este mismo *rollo* ha publicado el Sr. Pedrero un dibujo á gran tamaño en *la Ilustración Artística*, número de 30 de Noviembre de 1896.

yáis á ver estas maravillas, por temor de que perdáis el viaje. Las vi yo en 1895 y desde entonces acá no sería difícil que los hermosos artesonados ó se hayan hundido, pues algunos se hallaban en mediano estado, ó lo que es aún más fácil, hayan desaparecido de allí vendidos á algún aficionado. Nada tendría esto de extraño, pues pertenecen á un particular, que seguramente no tendrá medios de conservarlos dignamente. Por otra parte, aquella tierra parece, ó parecía, la de promisión para los anticuarios; en los años á que yo me refiero, cuando era Prelado de Osma el Sr. Guisasola, la Diócesis, por así decirlo, se hallaba en almoneda y los chamarileros campaban por sus respetos. Una magnífica estatua romana en mármol negro (procedente, sin duda, de Clunia), que yo vi en la colegiata de Peñaranda, debe encontrarse al presente en un Museo de Berlín, y como este caso muchos pudieran citarse.

Mas dejemos estas tristezas, perdonadme el paréntesis, y pues que ya hemos visto el grandioso palacio, encaminémonos á Clunia, fin del viaje presente.

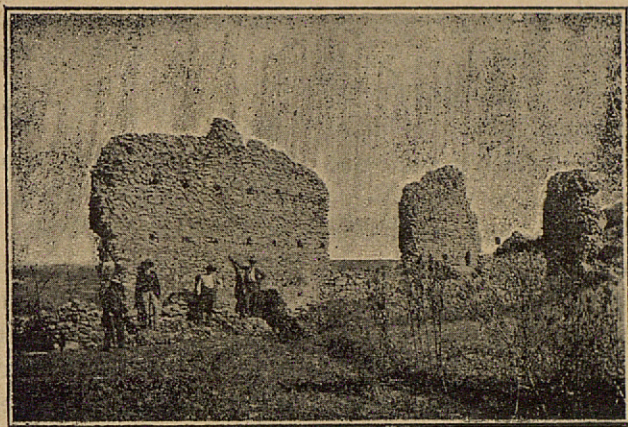
De Burgos á Lerma hemos venido en un carruaje malo, otro peor nos ha servido para trasladarnos á Aranda, infernal era el quenos trajo á Peñaranda, pero para desde aquí encaminarnos á Clunia cualquiera nos parece mejor medio de locomoción que el que vamos á emplear: unos cachazudos asnos son los que nos han de servir, ó al menos me sirvieron en la época en que yo allí estuve, que al presente, si, como creo, la carretera está ya concluída, el viaje se ha de haber facilitado mucho.

No menos que dos horas tardaréis, caballeros en los pollinos, para llegar á Clunia, ó mejor dicho, á Coruña del Conde; desde este pueblo, pequeño grupo de casas, hechas casi todas con restos romanos, la subida al *Castro* (como por allí llaman á la alta meseta sobre la que Clunia existió) es penosa y hay que hacerla á pie. Una vez arriba...—Señores, yo no

quería decíroslo hasta ahora para no quitaros la ilusión que llevaseis...—Una vez arriba no hay *nada, absolutamente nada* que ver; una planicie muy extensa en lo alto de la escarpada montaña, en el centro de esta planicie una pobrísima ermita de Nuestra Señora del Castro y por ninguna parte ruina ni escombros siquiera de la arruinada ciudad. No se os vendrán á la memoria las sublimes palabras de Rodrigo Caro ante las ruinas de Itálica, no lloraréis pensando en los tiempos pasados ni recordaréis las antiguas grandezas, nada de eso, sólo sentiréis haber lle-

aquel terreno más camafeos y más monedas, como las que, de allí procedentes, guardan los Museos públicos y las colecciones particulares, pero si lleváis á Clunia las ideas que os hayan hecho formar Flórez (1) y Loperráez (2), al referir sus visitas á Clunia en el siglo pasado, la sorpresa será grandísima, mayor el desencanto y habréis al fin de exclamar:—¿Dónde está Clunia?

Clunia no está; Clunia no existe, nada hallaréis que os la recuerde en lo alto de su montaña, y si algo queréis buscar habréis de bajar por el lado contrario al



Ruinas romanas (Clunia).

gado allí, tras tanta molestia y tan penoso viaje.

Puede ser que escarbando en la tierra de labor halléis mosaicos notables; en efecto, algún que otro pequeño trozo se enseña (1), puede ser que aún salgan de

que nos ha servido para subir, por el término de Peñalba de Castro, y allí veréis *el teatro*.

No produce éste el desencanto que lo otro nos ha producido, pero poco menos.

(1) Aún no hace muchos años los Sres. D. Fernando Álvarez y D. Felix Berdugo solicitaron del Gobierno permiso para hacer en este sitio excavaciones. Pasada la instancia á informe de la Academia de San Fernando, ésta, siendo ponente el Sr. Barbieri, después de hacer una reseña de las excavaciones empezadas en varias épocas, opinó que el asunto pasase á conocimiento de la Academia de la Historia. (*Boletín de la Academia de San Fernando*, tomo V, página 99.)

El parecer de la de la Historia, con arreglo á lo propuesto por el Sr. Saavedra, fué que podía concederse la autorización pedida, siempre que

las obras se hiciesen bajo la inspección del Estado y dándole cuenta de cuanto se hallara. (*Boletín de la Academia de la Historia*, tomo IV, pág. 347.) Ignoramos si se llegó á dar la autorización y se emprendieron los trabajos.

(1) *España Sagrada*, tomo VII, pág. 279. Véanse también en el libro del P. Méndez, *Noticias de la vida y escritos del Rmo. P. Maestro Fr. Henrique Florez* (pág. 141 y siguientes) el relato del viaje del autor de la *España Sagrada* á Clunia, las copias de lápidas allí encontradas, y otros datos de interés.

(2) Obra citada. — Trae largas noticias de Clunia y en particular de su teatro, que se describe con gran minuciosidad.

Si hemos de creer las descripciones de Loperráez, en su tiempo se hallaba regularmente conservado, pero es preciso tener en cuenta que aquel autor escribía en 1735; hoy apenas si queda nada y sería imposible distinguir los varios compartimentos en que se hallaba dividido. Colocado en la ladera de la montaña, tallado en la roca de ella, mejor dicho, su gradería, el transcurso del tiempo, el paso de las aguas, le han ido, si pasa la palabra, *borrando* poco á poco y apenas si hoy da idea de lo que pudo ser.—Pero ¿la construcción romana—diréis vosotros—dónde está? ¿Nada queda de ella?—Sí, ahí la tenéis, ahí tenéis los restos del muro que cerraba el semicírculo del teatro y que yo mismo fotografié en Agosto de 1895 (1). Este grueso muro, que tal vez ya habrá venido á tierra, era lo único romano que en Clunia existía, el único vestigio que se sostenía en pie. No vayáis pues á Clunia y contentaos con lo que la historia recuerda y los Museos guardan; no vayáis como no se hagan excavaciones formales dirigidas por personas inteligentes, que en este caso no desespero yo de que aún pudieran hallarse objetos de grandísimo valor (2).

Y huyamos de aquel terreno que parece maldito; volvamos á Peñaranda y desde aquí encaminémonos á Burgos, bien volviendo á tomar los incómodos coches ó mejor aún, haciendo á pie el breve paseo hasta *La Vid*, viendo el monasterio que ocupan los Agustinos filipinos, que

no es notable por otra cosa que por su hermosa situación, sus comodidades y su grandiosidad, y tomando allí el ferrocarril de Ariza para volver por Valladolid al punto de partida de todas las excursiones.

Y desde él emprenderemos otra, que será la quinta de las que os he de describir esta noche.

Eloy García de Quevedo y Concellón.

(Continuad.)

EXCURSIÓN POR LA ESPAÑA ÁRABE

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID
LA NOCHE DEL 23 DE MAYO DE 1899

SEÑORAS Y SEÑORES:

DE osadía, seguramente, calificáis mi presencia en este sitio, sabiendo, como sabéis, que por completo carezco de propios merecimientos para ocuparle; pero de fijo modifica vuestra opinión la benevolencia tenida para conmigo por mis compañeros de la Sociedad Española de Excursiones, único motivo muy grato para mí, por el que me veo precisado á dirigiros la palabra.

Confieso francamente que, desde que por vuestra amabilidad quedé encargado de esta Conferencia, anduve perplejo en desarrollarla, á pesar de tener ideado el tema desde el primer momento, por temor á no saber corresponder á vuestros legítimos y nobles fines.

El cultivo del buen gusto, el amor al arte patrio, el afán por ilustrar la opinión en favor de nuestros monumentos y la conservación de las joyas artísticas de nuestro país, es elevada y digna tarea que os habéis impuesto al organizar estas Conferencias, de las cuales, si es cierto que en el espíritu queda siempre más fija la última impresión recibida, no será, de seguro, muy grato el recuerdo, pues que á guisa de zaguero y ofuscado por la luz desprendida de todas vuestras disertaciones, apenas hay penumbra donde pue-

(1) En el libro del Sr. Amador tantas veces citado (pág. 949) hay un dibujo de la gradería del teatro, hecho por el Sr. Gil en 1887. Cuando en 1895 le visitó el autor de esta conferencia, le halló ya mucho más destrozado. El fotograbado reproduce una vista tomada por el conferenciante en la citada época.

(2) Pueden verse, además de las obras citadas acerca de Clunia, un artículo de D. Remigio Salomón, titulado *Descubrimientos de Clunia* (*Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1846) y unos dibujos de lápidas de Clunia en la *Ilustración Española y Americana*, tomo II de 1875, pág. 253.

da colocarme sin iluminar para nada vuestro entendimiento.

Después de haber descrito de mano maestra, nuestro querido Presidente, en su notable viaje imaginario, el Arte castellano; de haber oído de labios del docto académico Fernández Duro, el interesante viaje del Marqués de Santa Cruz, y embelesado vuestro ánimo con las excursiones á Canarias, Ciudad-Rodrigo, Ávila, Salamanca y Burgos, Córdoba, Valladolid, Palencia y Toledo, conquie, agradablemente, y á la par que instruyéndonos, nos entretuvieron: Ibáñez Marín, Navarro, Mérida, Lampérez, Borrás, Sentenach, Lázaro, Palazuelos y Concellón, ilustradas nuestras aficiones artísticas y arqueológicas con la disertación que sobre la influencia de Italia en la pintura valenciana, desarrolló hábilmente nuestro consocio Cervino, así como la interesante, y por demás curiosa, de arte funerario español, debida al Sr. Poleró, vengo á hablaros de la España árabe, de aquella civilización oriental que tantos rastros en nuestras costumbres y manera de ser nos ha dejado, y de cuyos monumentos pueden considerarse, como tipos únicos, los existentes en nuestra Península.

Os invito, pues, á que recorráis conmigo aquellos de los principales que á través de los siglos se nos presentan como dechado de imaginación y de fantasía, aunque no fabricados al azar y sin lógica razón, como se ha pretendido, y aun se pretende, cuando del estilo árabe se trata.

Á lo desaliñado del texto, suplirá el procedimiento gráfico por medio del aparato de proyecciones, con lo cual se os hará más llevadero y agradable el tiempo con que pretendo entreteneros (1).

x
x x

De sobra conocéis el cuadro que presentaba la España goda al encargarse Rodrigo de aquella Monarquía de tres siglos, derrocada en un solo día por extrañas gentes, que causaron en nuestra Península una de las revoluciones más grandes y repentinas que se registran en la historia de los pueblos.

Depravadas y corrompidas las costumbres de la grey hispano-goda, lo mismo en el orden civil que en el eclesiástico, é iniciada ya esta decadencia bajo el reinado de Witiza, corrió desbocado el pueblo hacia su completa desmoralización, bajo el cetro de Rodrigo, á pesar de sus prendas y dotes de gobierno, viéndose subyugada por completo la energía militar que en otros tiempos, tan temibles á los godos, hiciera por la autoridad episcopal, y esto unido á la vida licenciosa y reglada de los próceres y magnates del Reino, que con su ejemplo desmoralizaron por completo el estado social; ocasionaron la escisión y encono de los parciales de Witiza y los descontentos de Rodrigo, quienes, protegidos por el Conde Julián, Gobernador de Ceuta á la sazón, el cual, por su parte, había jurado vengar las injurias personales del Rey, recibidas en la persona de su hija Florinda ó la Cava, lavando su deshonor con la sangre del malvado forzador, determinaron la invasión sarracena, comenzada á orillas del Guadalete en los últimos días de Julio del año 711 de nuestra Era.

Sería poner á prueba vuestra ilustración y cultura, el que yo distrajera la benévola atención con que me escucháis, entrando en consideraciones acerca del origen y procedencia del nuevo pueblo conquistador. Moradores de la vasta Península, implantada en Asia entre el Mar Rojo y el Océano Índico, entre la Persia, la Etiopía, la Siria y el Egipto, que se llama Arabia feliz, eran al propio tiempo guerreros y pastores; y verdaderos campeones rústicos, supieron resistir á los más poderosos Reyes de Babilonia y Asiria, de Persia y del Egipto, no pudiendo

(1) Se presentaron como complemento de esta Conferencia 32 fotografías, obtenidas por los señores Hauser y Menet, de las proporcionadas con este objeto, por mí, á dichos señores.

llegar á ser provincia romana á pesar de haber extendido el avasallador pueblo sus dominios hasta las comarcas septentrionales de la Arabia.

Victoriosos se hallaban los hijos de Mahoma de haber sometido á su planta aquellas regiones, y en posesión estaban de la Mauritania, detenidos ante el Océano que de España les separaba, mirando codiciosamente nuestra Península, cuando, halagados por el Obispo D. Opas y el Conde Julián, decidieron explorar primero nuestras costas y extender su dominación, más tarde, por todo el territorio.

Tarik, primero, dividiendo su ejército en tres legiones, se dirige á Córdoba, ocupa Málaga y entra en Toledo, extendiendo sus tropas por los pueblos de Castilla.

Muza después, organiza sus huestes, acampa en Mérida y, auxiliado por su hijo Ab-delaziz, somete á Sevilla, el cual, saliendo á las costas del Mediterráneo, repliega en Murcia á los cristianos, pacta con ellos el célebre convenio de Orihuela y retrocediendo á Sierra Segura, desciende por Baza, ocupa Guadix y Jaén, y tomó á Granada entrando en Antequera y siguiendo hasta Málaga sin hallar resistencia.

Tarik, entretanto, por mandato del Califa, recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria y Cuenca, llegando hasta Tortosa.

Muza, por su parte, se dirige hacia Salamanca y Astorga, y haciendo un cuarto de conversión hacia el Ebro, remontando el Duero, se incorpora á Tarik que ya sitiaba á Zaragoza (*Medina Saracusta*) sometiendo luego Aragón, Cataluña, Huesca, Lérida, Gerona y Ampurias, y subiendo á Galicia por Astorga, entra en Lusitania.

De nuevo Tarik cambia de ruta y avanza por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Denia, hasta el pequeño reino de Teodomiro, respetado por Ab-delaziz, compuesto de siete pequeñas ciudades:

Auriola (Orihuela), Balentila (Valen-

cia), Lecant (Alicante), Mula, Búcaret, Aspis y Lurcat (Lorca).

Así quedó sometida España á las armas sarracenas en menos de dos años. Rápida, breve y veloz fué la conquista; fructíferos fueron los resultados de su dominación para la política y la administración, y sobre todo, para el arte.

Valerosos y entendidos guerreros consiguieron llevar el espanto á los españoles, que no pudieron reponerse después del desastre del Guadalete, pues el principio religioso, único que hubiera podido levantar los espíritus abatidos, fué respetado, dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto, y como solo tributarios del vencedor, denominándose mostárabes ó mozárabes, según el nombre adoptado en otros países por el pueblo conquistador.

Dueños y señores de España, imponen su administración, establecen sus creencias, implantan y desarrollan su arte por toda la península con distintos caracteres, pero respirando el mismo sabor y la misma tendencia, como no podía menos de suceder á una raza fanática por su idea y aferrada á sus convicciones.

La Religión, que germina, crece y se desarrolla á poco del Cristianismo, tiene también su cuna en Oriente, y extendiéndose por Occidente, muere en los umbrales del Septentrión. Tal es el arte, producto de la religión de Mahoma; la Arquitectura mahometana propiamente hablando.

España es la cumbre de la forma mahometana y sus monumentos, estéticamente considerados, realizan la belleza, á pesar de ser, sin justo motivo, vituperados por no pocos críticos de arte.

Los monumentos levantados por los sectarios de Mahoma, sobre todo en los erigidos por los árabes que en España residieron y se aclimataron, tienen razón de ser, profundidad de pensamiento, aunque la imaginación domine hasta rayar en lo fantástico.

Ellos fueron el centro de la civilización en los tres últimos siglos de su dominio en España; civilización potente y enérgica como lo atestiguan sus artes, sus ciencias y las manufacturas fabriles é industriales hoy olvidadas por desgracia ó aplicadas desfigurándolas por completo. Su poesía original influye en el resto de la península y existe analogía con la de los cristianos; de aquí que algunas comarcas hicieran pacto común con los nuevos conquistadores, como ocurrió en Toledo.

En la Arquitectura hay idéntica analogía, no de expresión, pero sí de espíritu, y en esencia, no de idea, pero sí de representación.

Por esta causa, esta forma de arte proporciona elementos de estudio, dando lugar á provechosas consideraciones en la teoría del arte arquitectónico.

El pueblo árabe procedente ó no de raza semítica se componía, antes de convertirse á la predicación de Mahoma, de idólatras, judíos y cristianos; como pueblo nómada carecía por completo de arte original, más por los hechos, no de fantasía, determinada ésta, indudablemente, por el cielo, el país y el instinto, y déjase ver bien claramente, en sus tiendas de campaña, en los instrumentos musicales, utensilios y armas que manejan, su imaginación poeta, el gusto y la elegancia en ellos innata.

Ya mahometanos, y en sosiego y quietud en los países por ellos conquistados, cambia por completo su civilización y su moral, sin perder el genio belicoso ni la manera de sentir, y surge su Arquitectura. Los sectarios del Profeta islamita se hallan poseídos de una moral particular que concuerda con la existencia material, resultado inmediato del no absoluto conocimiento de Dios y de lo infinito, éste no lo presienten ellos, y aman, por tanto, sólo lo finito y terreno hasta el perfecto goce del bien sensual. El *Cordón* en sus páginas les ofrece, allá en la otra vida, goces terrenos perpetuos, en los cuales la poesía y el sentimentalismo rebosan por

doquier; por esta razón, la Arquitectura mahometana carece del sello que, elevando el espíritu á lo infinito se remonta, entreteniéndose la imaginación en los mil entrelazos y combinaciones que ocasionan la poderosa atracción que los sentidos absorbe por completo.

El árabe, hijo de Mahoma, sectario suyo, es monoteísta puro, y proscribía en toda manifestación artística las formas humanas y las que la fauna proporciona. Los seres animales no figuran, cualquiera que éstos sean, ni en la pintura ni en la escultura, siendo la flora y las combinaciones geométricas, los objetos materiales, y los caracteres cúficos de su escritura, donde busca los motivos fundamentales de la estructura, sin que la decoración deje de ampararse de ésta para dar la forma propia en conformidad con su destino y material empleado.

Es la Geometría su primordial elemento arquitectónico, enriqueciendo con exquisito gusto todas sus concepciones ligeras y elegantes hasta la idealidad, pero razonadas, al armar el esqueleto que enriquece y engalana después.

Por esto emplea columnas extremadamente esbeltas como soportes, que se forman de sus tres elementos componentes, amplia basa, fuste esbelto y gracioso capitel aumentado en sus puntos de apoyo y unido al fuste por el bien entendido gorguerín; ornamentando los diversos elementos del capitel con entrelazos é inscripciones, sobre fondos de color que sin quitar resistencia material, hacen ligera la masa hasta el idealismo.

El mismo lógico principio obsérvese en la estructura general; sobre las columnas se apoyan las almas que sustentan las carreras, sostén á su vez de los techos; y en este encuadramiento, de suyo pesado, luce el ideal arco de herradura ya semicircular, bien apuntado y cuyas enjutas cuajadas se hallan siempre de ricas labores, constituyendo con el festoneado de su intradós una delicada filigrana.

Cubre los espacios el árabe con techos

y bóvedas, empleando, ya los artesonados llenos de razón y buen sentido, bien las múltiples pechinas estalactíticas cuya traza, exclusivamente geométrica, recuerda las que la naturaleza nos presenta oculta en sus entrañas impresionando los sentidos y causando fantásticos efectos, con sus mil combinados colores llenos de armonía; contribuyendo á tan sin igual conjunto, el revestido de los muros con variedad de *comoraxias* y alicatados que armonizan con sus arcos, sus techos y sus cúpulas ó *cubbas*.

La imaginación rica y brillante del árabe, campea en su Arquitectura, que constantemente y por doquier refleja sus sueños de amor, delicias del oasis y paraíso prometido por el profeta; trátase de un arte práctico, que exige duración tan permanente como sus sueños; y razona por esto el organismo y estructura del edificio, razona el ornato y produce la forma ricamente engalanada por la ornamentación.

Distribuye, Construye y Decora el árabe, por lo tanto, y esto en armonía con el fondo del pensamiento.

¡Ojalá fuéramos tan razonadores como los árabes hoy día; por eso no tenemos arte, y ellos sí le tuvieron!

La forma árabe da lugar, por esta causa, á los efectos de lo agradable y sus atractivos, de una manera constante, que deleita sin fatigar; produciendo cierto embeleso de difícil explicación, realiza lo lindo, lo fantástico, hasta la magnificencia, mas no "lo ideal".

El exterior del edificio no responde al interior, y hállese en esto conforme la forma de arte árabe, con su instinto, sus costumbres y sus creencias, con la época y carácter belicoso. En el fondo de su conciencia, el árabe se individualiza en sus goces; es egoísta hasta el límite de la satisfacción sensual; su vida íntima es reposada, y tanto más en el hogar doméstico, cuanto pública y belicosa es la exterior. Por esto, el aspecto del edificio árabe es severo, lleno de austeridad y sin

vida; es misterioso; pero acusa su disposición interior y su estructura, sin fingimiento, aprovechando los accidentes propios y naturales del terreno.

En el interior todo es vida, placer, encanto, poesía, voluptuosidad y goce de los sentidos; aquellos brillantes colores y delicadas formas, despiertan la delicia sensual; pero no producen en el alma transporte fuera de sí, hasta remontarla al infinito; fuera de aquella mansión, donde la imaginación sueña placeres, el espíritu no se eleva y sólo la mente soñadora puede suponerlos eternos en otra vida.

Es difícil y aventurado señalar un cuadro completo de clasificación del arte árabe; al extender este pueblo sus conquistas por doquier, asimilaron y acomodaron siempre á su manera de ser las formas más sencillas de los pueblos sometidos á su poderío, y no es fácil tampoco determinar las influencias que en el estilo árabe se han ejercido y las que á su vez haya causado en otros estilos arquitectónicos, señalando épocas determinadas, como puede hacerse con el arte griego y romano.

Por otra parte, los historiadores y arqueólogos todavía andan hoy, á pesar de lo mucho que se habla y escribe y de las múltiples discusiones de sabios orientalistas en Congresos y Academias, divididos y sosteniendo encontradas opiniones; pues mientras unos creen que á la raza árabe se debe el saber y cultura de la Edad Media, sostienen otros que los árabes tan sólo imitaron servilmente cuanto les era útil ó agradable. Ambas opiniones las encuentro exageradas, y más todavía los argumentos para sostenerlas, que no es esta ocasión de señalar.

No hay razón para suponer que á un pueblo cual el árabe, emparentado con razas cultas del Asia, pueda motejársele de bárbaro é ignorante, sin rasgo ninguno de civilización; y menos motivo hay para opinar que, si el mismo arte-clásico

de Grecia tuvo sus predecesores en Asia y en Egipto, sea tanto el encono contra los árabes, que haya de exigírseles el sinrazonado extremo de tener una civilización y arte completamente libres de toda otra influencia.

De cuantos escritos y trabajos conozco respecto de este interesante asunto, ninguno tan atinado y concienzudo como el discurso leído ante la Academia de San Fernando al ser recibido miembro de la misma, por el hoy Presidente de ella don Juan Facundo Riaño y la contestación del inolvidable D. Pedro de Madrazo; aquel estudio sobre *Los orígenes de la Arquitectura árabe, su transición en los siglos XI y XII y su florecimiento inmediato*.

Mecida en Oriente, esta Arquitectura no llega á su apogeo hasta que, dueños de España los árabes, constituyen nacionalidad; la flor que allá germinó, fructifica en nuestro suelo esparciendo todo su aroma. Extendido su dominio y señores de todo el territorio español, dan tregua á su afán guerrero y crean su Arquitectura propia, que difiere por completo en Oriente y en el Mediodía donde el clima, las tradiciones y los materiales son distintos, que bien distinta es por cierto la de El Cairo, de la de Persia y Bizancio, y ésta y la de Sicilia de la de España.

Los monumentos árabes que como tipos de tal arte existen hoy en España, pueden agruparse en tres períodos principales, que son á saber:

1.º Período de formación (que comprende desde los siglos VIII al X).

2.º Período culminante ó florido: comprendido entre los siglos XIII al XV.

3.º Decadencia: estilos desarrollados en España influídos por la dominación sarracena. Ó lo que es lo mismo, las tres fases de todo arte en las diversas etapas de su historia: *Simbolismo, Clasicismo y Decadencia* (1).

La forma mahometana, como todas las formas de arte conocidas, sufre los períodos de toda Arquitectura; ésta y la humanidad tienen puntos de contacto marcadísimos, hasta el extremo de que la historia del arte, en todas las civilizaciones que nos han precedido, es siempre la misma, como lo es la vida del hombre constantemente: *infancia, apogeo y decrepitud*. Esto lo vemos en todas las fases ó etapas de la Historia. La Antigüedad, cuya característica fué la veneración por la forma, tuvo sus tres fases: *simbólica* en Egipto; *clásica* en Grecia; *decadente* en Roma, porque Roma fué decadencia con relación al Erecteo, aunque con buen sentido y lógica razón, nos legara el arco y la bóveda.

La Edad Media, cuya principal enseña fué la veneración por la idea, presenta del mismo modo tres fases: 1.ª *Simbólica* en Bizancio, que no fué arte que aparece con los elementos reclusos en Oriente por la civilización romana, no, el arte pagano, muere en Roma, y el arte de la Edad Media nace en Bizancio, como muere el hombre y nace el niño, que es otro hombre distinto, por más que en su infancia adopte los usos, prácticas y costumbres de lo que ve en lo que le rodea y educa, hasta que llega á su apogeo y llega á la edad viril, en la cual desenvuelve sus opiniones, influye en su época, adopta su norma y su modo de ser ejerciendo influjo en sus semejantes; tal es el siglo XIII fase segunda de la Media Edad; el *clasicismo medioeval*, cuya *decrepitud* fué el *romanticismo* comenzado en el siglo XV.

El mahometismo, que á poco que el cristianismo nace, nos presenta su *infancia ó simbolismo* en el arte oriental mahometano, como sucede con la mezquita de Omar, la de Amrú y la de Tulúm, tiene su *clasicismo* en España, y muestra su *de-*

rios escritos y forma parte de un trabajo inédito acerca de las *Relaciones de la Arquitectura y la humanidad*.

(1) Esta opinión la tengo sustentada en va-

cadencia en nuestra península también después del siglo XIII.

En cada una de estas fases hay sus épocas, como las tiene el hombre en su vida, determinadas por hechos ó circunstancias; tal sucede con el latino bizantino, con el romano y con el mudéjar mismo, que no son estilos de Arquitectura, sino formas de arte dependientes de la evolución de un estilo, y algo de esto sucede con la Edad Moderna que comenzó en el Renacimiento, mal llamado así, y que no considero estilo arquitectónico; no puede denominarse tal á un arte en el que la inteligencia se ampara de la idea y forma cristianas desvirtuadas y decadentes, adoptando elementos más decadentes aún de la forma pagana; por esto reinó la confusión de ideas y predominó la imaginación, dando el carácter y el sello marcado á la Era Moderna, en la cual reina la veneración por el *destino ú objeto*; así y todo tiene sus épocas marcadas y hasta su período de *apogeo*, como lo fué el *plateresco* y su época *decadente*, que determinó el *barroquismo*, el cual desapareció con las escuelas *neoclásicas*; hasta hoy en que sin rumbo fijo, sin expresión y *eclectico*, se aparece el Arte Arquitectónico á nuestra vista.

Hecha esta digresión, demos una ojeada á los monumentos árabes españoles, que aquí, como siempre, si son el lenguaje de la humanidad, perfectamente reflejan las diversas épocas de la civilización árabe en que se erigieron.

Corresponden al período de formación la Mezquita de Córdoba, el Cristo de la Luz en Toledo, la antigua Puerta de Visagra en dicha ciudad, el Mirab de Tarra-gona, la Aljafería de Zaragoza, entre otros monumentos que existen en España, demostrando todos y cada uno de ellos bien claramente que predominan las influencias bizantinas, más orientales de origen, que transplantadas.

Renuncio á describir la gran Aljama toda vez que nuestro ilustrado consocio,

Sr. Sentenach, nos la dió á conocer en su interesante conferencia "Córdoba"; pero no puedo prescindir de recordaros algo de tan misterioso y laberíntico recinto cuya disposición y traza, estructura y ornatos tan mal se avienen con la liturgia católica.

Algunos autores, muchos de ellos tenidos por eruditos, y también sabios orientalistas, han sostenido y sostienen que la Mezquita cordobesa carece de originalidad (1), y también que su carácter no es de procedencia bizantina (2); de ser cierto lo primero, declaro que no sé que es originalidad, porque no puede darse una más acabada que la que resulta de una necesidad constructiva para producir un efecto estético, y por si puede creerse lo segundo, conviene decir, que si bien el arco no es bizantino, los capiteles lo son desde luego, teniendo más sabor oriental que del estilo corintio, al que erróneamente quíerese asimilarlo.

Los árabes, desprovistos de todo arte cuando Mahoma los predicó la Guerra santa, admiraron desde sus primeras conquistas, grandes obras arquitectónicas en Siria, Persia y Egipto, y no trajeron á España más arquitectura que la recogida, por decirlo así, durante su vasta conquista; al entrar en España se encuentran con un arte ya hecho, producido por los visigodos, discípulos del imperio de Oriente, arte que no se separa del bizantino ni en los principios de su construcción ni en los del ornato, y amalgamaron la impresión que éste les causara con sus recuerdos del Asia y del Egipto, predominando, como era natural, el arte bizantino (3).

Sólo así puede explicarse el empleo exclusivo del arco ultrasemicircular desde el siglo VIII al X, característico del arte visigodo y del árabe primario, mientras

(1) Gestoso: *Guía de Sevilla*.

(2) Tubino: *Estudios sobre el arte árabe en España*.

(3) Madrazo: Discurso académico mencionado

en Oriente es de empleo constante así como el de tan variados capiteles, que podrán recordar el corintio-romano, pero que presenta muchas de las formas adoptadas en Bizancio, tales como la de mortero, la prismática, la pirámide cuadrangular truncada y tantas otras formas del arte bizantino.

Un detenido estudio del gran monumento del Califato nos llevaría á consideraciones filosóficas muy importantes que harían demasiado extenso mi trabajo, Reparad que las columnas notienen basa, tampoco las tuvo el Partenón griego ni San Vital de Ravena, aquellos, como éste, fueron primeras fases de un arte que se desarrolló más tarde, dando proporciones á los elementos componentes. Los principios lógicos y el razonar es propio de los pueblos que tienen el arte innato, como aconteció con los griegos y bizantinos, y ocurrió con los árabes también, y en cuanto al arco de herradura de la Mezquita, está por ver su genealogía (1); opinan unos que es de origen árabe, y otros que los musulmanes lo copiaron de la subyugada Monarquía.

En Toledo, y al final de la calle que lleva su nombre, por cima de la puerta llamada del Sol, existe un célebre santuario, antigua mezquita también, llamada el Cristo de la Luz, facsímil en miniatura de la que acabáis de ver, notable por su mérito artístico y por lo mucho que la tradición popular ha enriquecido la poesía y la leyenda. Aquí, como en Córdoba, los capiteles de sus columnas y la estructura de sus bóvedas denotan el origen bizantino de su formación, su planta está constituida por tres naves, y cada una de las cuales tiene su bóveda correspondiente y propia (2).

Dentro del estilo que se llama del Califato, puede considerarse este monu-

mento como el tipo notable de las *pequeñas mezquitas*, así como la de Córdoba lo es de la *Gran Mezquita*. Ofrece cierta semejanza en su disposición y trazado con el de otros templos de origen visigodo que se conservan al Norte de España, en los cuales aparece el arco de herradura erróneamente considerado como de origen árabe; tal sucede con los empleados en los siglos IX y X en Asturias, en San Miguel de Lino, San Salvador de Valdedios, San Salvador de Priesca, San Miguel de Celanova, San Miguel de Escalada, cuya fábrica consta que fué labrada á imitación de la de Córdoba, y sobre todo Santa María de Lebeña, en Santander (1).

Algunos de nuestros monumentos de Asturias revelan reminiscencias árabes, tal sucede con Santa Cristina de Lena y San Pedro de Montes, ambas del siglo X; pero los arcos de herradura de esta iglesia que nos ocupa, no pueden atribuirse nunca á ingerencia de una civilización que no penetró jamás en el montuoso país que fué cuna de nuestra independencia.

Recientemente se han llevado á cabo importantes descubrimientos arqueológicos en el santuario del Cristo de la Luz que denotan el tipo genuino de las fábricas toledanas, cuyo carácter es especial y característico, distinguiéndose de las demás erigidas en el mismo período mahometano, en otras regiones de nuestro suelo.

Corrobora nuestro aserto la antigua puerta de Visagra (2), hoy tapiada y resguardada por un pretil á la izquierda de la nueva del mismo nombre. Conserva su almenaje, saeteras, bocinas y otros elementos necesarios á su destino, y en perfecto estado los arcos de herradura que servían de ingreso á la ciudad.

(1) Así lo asegura D. Pedro de Madrazo en varios informes académicos.

(2) Debo esta fotografía á mi estimado compañero D. Juan Ramírez, arquitecto municipal de Toledo.

(1) Debo la interesante fotografía de este notable templo á la amabilidad del arquitecto Sr. Urioste, hábil restaurador de este monumento nacional.

(2) Cuya fotografía se mostró.

El *mihrab* de la primitiva mezquita de Tarragona, es un interesante modelo de ornamentación de este período árabe bizantino, está en el claustro occidental de la Catedral de Tarragona, completamente incrustado en la fábrica, es de mármol y tallado con sumo esmero (1).

En los capiteles, apenas iniciada su labor, algunos autores pretenden que recuerde el corintio (2); el arco presenta la verdadera forma adoptada por los árabes en España, así como en Egipto adoptaron la forma ojiva. Los ornatos de la archivolta y de toda la superficie que le sirve de marco, son por completo bizantinos, y por la leyenda árabe que la exorna, se deduce que este monumento es del siglo X.

Esta leyenda dice así:

Ésta es del número de las construcciones que él (Abderramén III) ha hecho ejecutar por mano de Djar, su hombre y esclavo, en el año 349 (3).

Admiremos ahora uno de los restos árabes más interesantes de España, en este primer período, existente en Zaragoza. Rápida y pasajera fué la dominación de los árabes en la noble é histórica ciudad; pero, á pesar de ello, el arte árabe tomó en Zaragoza un carácter peculiar, presentando, por decirlo así, dos aspectos: uno, mezquino, pobre y poco original, de toscas líneas; otro, más rico en sus contornos y de delicado gusto, con detallados dibujos, en los cuales predominan como elemento ornamental, la piña de pino y la hoja de palma.

De la primera etapa mencionada, sólo existen unos baños que ocupan el semi-subterráneo de una casa particular situada, si mal no recuerdo, en la calle del Coso, de los cuales, por sus malas condi-

ciones de luz, no es posible sacar fotografía alguna.

Del segundo aspecto del árabe zaragozano, tenemos la Aljafería, nombre árabe que significa *alumniya, torre, quinta ó casa de recreo* (1).

El ramo de Guerra, que se ha apoderado de muchas cosas que no debían pertenecerle, en cambio de haber perdido otras que siempre debió defender, ocupa hoy este notable monumento, del cual, para fortuna del arte, se conservan la mayor parte de sus detalles y restos en el Museo Provincial de Zaragoza y en el Arqueológico Nacional de Madrid. Entre lo que existe del antiguo palacio, es notable la puerta cuya reproducción presento á vuestra vista.

En las islas Baleares, apenas quedan monumentos que recuerden la dominación mahometana. Al asentar los árabes su dominio en Mallorca, trazaron el fuerte de la Almudena (hoy morada de las más ilustres familias, á causa del ensanche de Palma y la Ciudadela). En la calle que se llama de la Almudayna, hay un macizo arco que señala el sitio de una de sus puertas. Palma de Mallorca presenta en sus calles vestigios y marcadas reminiscencias árabes en su disposición y trazado, y lo mismo en sus casas, en las cuales se notan, entre otros detalles, salientes aleros. Allí existen: la antigua puerta de Beb-Alcofol, hoy llamada de la Conquista, y la nueva, de Beb-Albelet; pero lo más notable, y uno de los pocos restos de aquella época, son los Baños Árabes, situados en uno de los barrios más tranquilos y silenciosos de la ciudad (2).

Consisten en una sala baja y cuadrada que forma peristilo; las bóvedas descansan sobre cuatro columnas de poca altu-

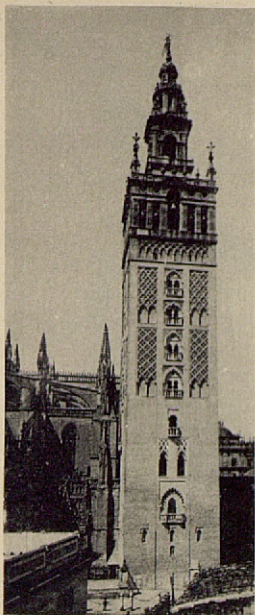
(1) Obtuve esta fotografía por mediación del arquitecto Sr. Pujol, de Tarragona, que galantemente me la remitió.

(2) Batissier, entre otros.

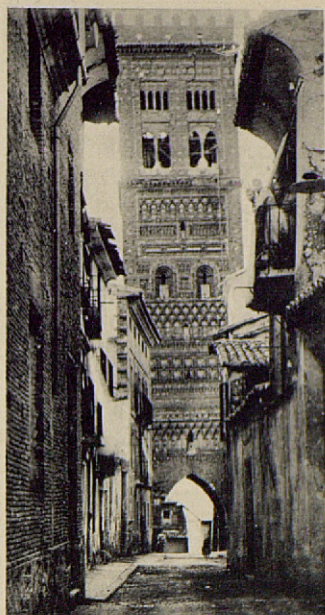
(3) Corresponde este año de la hegira, al 960 de la Era cristiana.

(1) Me envió esta fotografía el distinguido arquitecto aragonés D. Ricardo Magdalena.

(2) El arquitecto de aquella comarca, señor Guasp, me remitió la notable fotografía que exhibí en la conferencia.



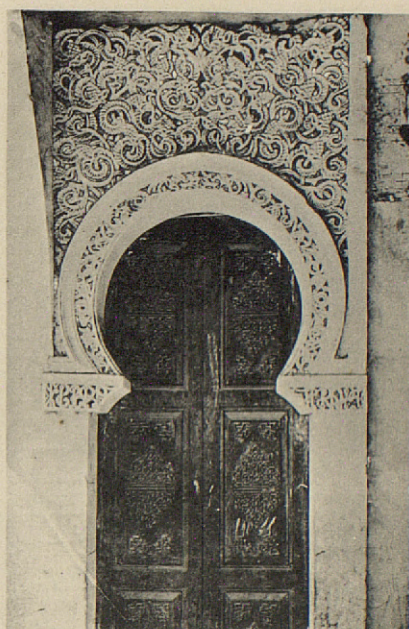
Sevilla: La Giralda



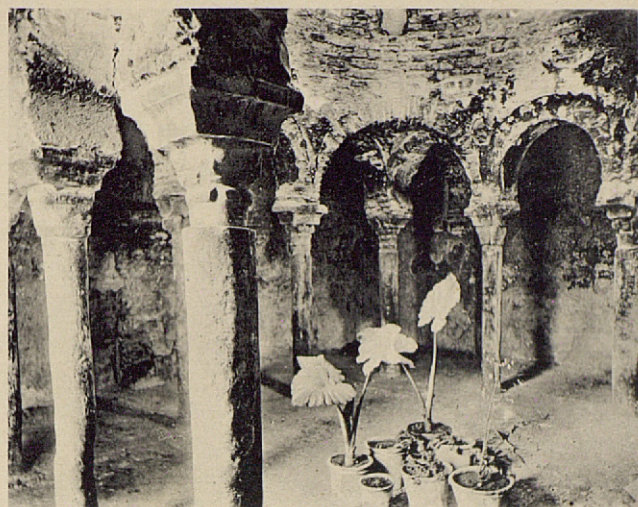
Teruel: Torre de San Martín



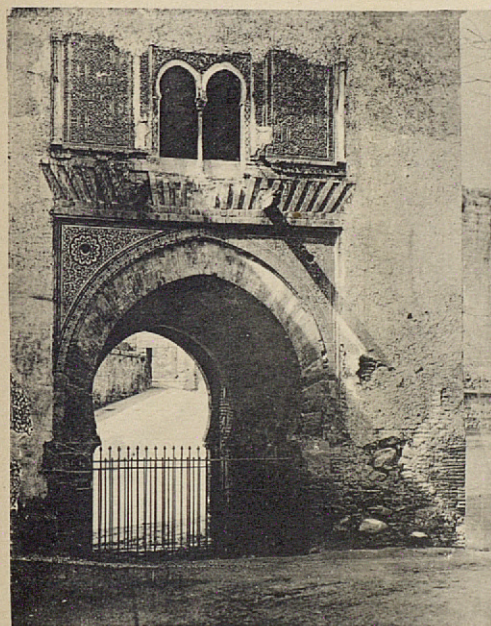
Zaragoza: Torre y abside
de La Magdalena



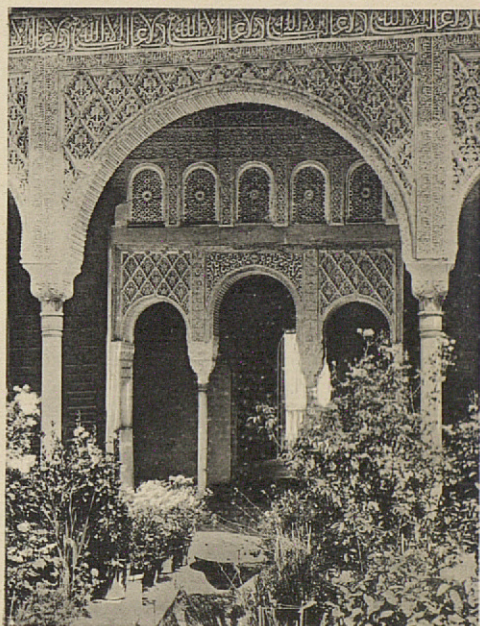
Zaragoza: Puerta de la Aljaferia



Palma de Mallorca: Baños Árabes



Granada: Puerta del Vino
(Alhambra)



Granada: Entrada al Salón de Retratos
(Generalife)

ra, desiguales en fustes, capiteles y basas.

Cúbrelas una cúpula que tiene clara-boyas, que dan paso á la luz suave y velada que penetra en el recinto, iluminando el estanque que está en el centro.

Dicha cúpula no está sobre pechinas, sino sobre arcos más anchos y elevados que los demás, y apeados en los segundos pilares de cada galería.

En la disposición, trazado y sistema constructivo, bien se descubre la semejanza entre este monumento y la Mezquita de Córdoba y el Cristo de la Luz, con la natural separación de la idea que predominó en todos ellos.

Según los cronistas de Palma, "la solidez de la construcción únicamente, puede evitar la probable ruina de este notable ejemplar,„.

"Pasado el siglo X—dice el insigne arqueólogo, sabio orientalista y docto académico Sr. Riaño, en su discurso ya citado—sufrir el arte árabe alteraciones fundamentales, que dan por resultado un florecimiento brillantísimo, caracterizado por la novedad de formas que reviste y por la belleza de los adornos. No hay la menor duda en asegurar que el cambio se engendra en los siglos XI y XII, época que necesariamente llamaremos de transición; pero, cuáles fueron sus causas, cuál la localidad en que se inicia ó los caracteres que patentizan su progresivo desarrollo, son asuntos que no conocemos.„ Y más adelante agrega: "Principio confesando ingenuamente, que no conozco un solo monumento indubitado, de los siglos XI y XII, que permita reconocer el empleo de los azulejos en colores ó el de las tracerías en muros y techos en su forma elemental, y como indicando la elaboración y mudanzas que se habrán de introducir en lo futuro. Hace años que se consideraban contruídos en este período, varios edificios árabe-españoles, los unos en Córdoba y Sevilla, los otros en Toledo, y aun se mencionaban de Granada y de

pueblos de Aragón. Después, y en vista de mejores datos, se clasificaron como posteriores, y los más de ellos se dijeron pertenecientes al siglo XIV; pero si todavía resultase alguno de los conocidos con fecha anterior, y tal sucede con la torre de la Giralda, tampoco nos descubren rastros que indiquen las espléndidas variantes de decoración que figuran en la Alhambra ó en el Alcázar de Sevilla, salvo la muy importante, sin duda, que resulta del uso de las bóvedas estalactíticas, cuyos perfiles están imitados en las archivoltas de algunas ventanas.„ (Discurso citado, págs. 11 y 12).

Luis M.^a Cabello y Lapidra,
Arquitecto.

(Continuará.)

SECCIÓN DE CIENCIAS HISTÓRICAS

DESCUBRIMIENTOS DE ARTE MOZÁRABE

EN TOLEDO

CUANDO se busca con insistencia no deja de hallarse algo bueno. Durante el pasado Abril estuvimos en Toledo con objeto de investigar sus antigüedades y registrar sus archivos y bibliotecas. La Imperial Ciudad es un museo vivo toda ella, la Catedral es un tesoro. Su desconocido archivo encierra riquezas imponderables, que necesitan el mago que las desencante. A su vista nos preguntábamos como en la antigüedad romana, *¿thesauri absconditi, quae utilitas?* No hay duda que el tener así los papeles autoriza en cierta manera las incautaciones. Debieran los Cabildos eclesiásticos fijarse bien en esto y el de Toledo hacer con los papeles y libros lo que ha hecho con las alhajas ó algo más; creemos que una vez terminado el arreglo y estudio de su rico archivo, debe publicar los índices, dando á conocer sus riquezas, como tiene á gala enseñar el tesoro de su iglesia, tan lujosamente instalado.

Dos días habíamos destinado á Toledo, y nos fué preciso detenernos una semana, colmados de atenciones por el eminentísimo Sr. Cardenal Sancha y demás amigos de aquella Primada. No ha sido perdido este tiempo. Hemos conseguido encontrar en el monasterio de Bernardas de San Clemente, doscientos ochenta pergaminos mozárabes y siete rabínicos, que podrá ver el curioso dentro de poco catalogados y estudiados por D. Francisco Pons, tan competente en la materia, en el Archivo Histórico, cuyo jefe tantos deseos tenía de adquirirlos, sin que ni él ni nadie pudiera siquiera tener noticia cierta de su existencia. Sin el apoyo de Su Eminencia hubiera sido de todo punto imposible conseguir nada; pues ya desde antiguo tenían las monjas la consigna de ocultarlos. En un saco lleno de pergaminos encontramos esta nota: "Quiso leerlos D. Ignacio Aso y no se le manifestaron por venir sin orden real y ser sólo por interés propio, de lo que podía resultar daño, por lo que el abogado dió su parecer y con él convino la Comunidad en este año 1773.," Casi todos son del siglo XIII; algunos, pocos, del anterior.

Otra reliquia arábigo-cristiana encontramos en aquella capital. En tono de broma me dijeron los familiares de Su Eminencia que me querían enseñar un palomar antiguo, donde á más de telarañas de remotas edades, podría ver cosas raras. Lo eran efectivamente. De la primera visita nada saqué en limpio, pues estaba aquello tan obscuro, que no se podía uno formar idea de lo que era. No hace muchos años que se había tabicado la única ventana que tenía, y no bastaban los fósforos para iluminar la estancia. Su Eminencia dispuso que se quitase el tabique y volvimos al palomar. ¡Qué sorpresa!

Para la subida hay una escalera irregular con peldaños imposibles por su altura, debido á estar fabricada sólo para subir á los tejados. En algún tiempo se blanqueó y barrió aquélla, según atesti-

guan dos letreros en lápiz que hay antes de llegar á la puerta, ó mejor, ventana, por donde se entra al *palomar*. Según dichas inscripciones (!), se barrió en 1820 y se volvió á limpiar en 1868, si no recuerdo mal.

Del examen del cuarto resulta lo siguiente: en el piso inferior hay una pieza hecha con cuatro paredes maestras que sostienen las de arriba, pieza que antes del siglo XVI no tenía el techo de ahora y que sólo sirve para piso del *palomar*. La que ahora llama nuestra atención debió parecer entonces un adefesio, puesto que picaron las paredes, quitaron los magníficos estucos, inscripciones, zócalos y todo cuanto adorno tendrfa, y le pusieron un artesonado ordinario, que aún existe, á la altura de las otras piezas; lo que quedaba encima, estaba condenado á ser un zaquizamí, sólo visto y habitado por ratones y sabandijas, escondido allí en lo alto. Más tarde aún se pensó en convertir aquello en paso para los tejados, y se hizo la subida y la ventana de ingreso y la de salida á los tejados, sin que sirviera ya para otra cosa, andando el tiempo, más que para palomar.

Su techo tiene la forma de artesa, que descansa sobre las paredes á la altura de un hombre. Es de madera pintada y dorada, y en la parte inferior, donde las vigas se ensanchan, vienen repitiéndose las leyendas *prosperidad*, *felicidad*, en caracteres arábigos *اليين و القبال*; cada una de estas palabras está entre dos vigas. Sigue por debajo de éstas un friso de pequeños escudos alternados con sendos leones y castillos; y en otra línea inferior otros escudos más grandes con las dos palomas del Arzobispo Palomeque, que alternan con los de tres bandas de su antecesor y tío materno. Todos estos signos heráldicos están aún en el artesonado. Entre éste y el plano de las paredes hay una escocia de escayola blanquísima, con una inscripción en negro que la recorre toda, sin que al parecer repita el tema. ¡Allí precisamente están embuti-

dos los nidos para las palomas! ¡Justamente donde más estorban para el debido estudio! Hasta el suelo se ven las paredes llenas de dibujos, bastante bien conservados, de estilo árabe, recortados en la parte inferior por una serie de inscripciones en resalte que repiten con el mismo lema: *¡Alabado sea Dios por sus beneficios!* الحمد لله على نعمة.

¿Qué era aquella habitación en su época primitiva? No cabe duda que un oratorio. Sus proporciones eran elegantes; aunque algo más reducida, la capilla del Obispo en Madrid tiene las mismas líneas, si bien en otro estilo. Los escudos nos dan á conocer el Arzobispo que mandó construir dicho oratorio. Llamábase D. Gonzalo Díaz Palomeque, que pontificó en Toledo desde 1299 á 1310; á él pertenece el escudo de las dos palomas, y por cierto que en el aula capitular de la Metropolitana, acaso por capricho del artista, se puso una sola paloma. Era hijo este Palomeque de una hermana de D. Gonzalo García Gudiel, inmediato antecesor suyo en el mismo Arzobispado desde 1280 á 1299. El escudo de este último, con tres fajas, aparece también en el aula capitular.

El siglo XIII fué de mucho esplendor para el arte árabe cristiano en Toledo; es el siglo de la magnífica sacristía de San Justo, recientemente descubierta; es el de las escrituras mozárabes; en el inmediato se va ya notando la decadencia. Así como en el XIII apenas suscriben los documentos árabes algunos mozárabes con caracteres romanos, en el siguiente se invierte el orden; las escrituras se hallan escritas en idioma y caracteres castellanos, al paso que las suscripciones de muchos notarios y testigos son, con frecuencia, árabes.

Las familias mozárabes tenían muchísima importancia en Toledo desde la conquista, y aún la conservaban grandísima en la Imperial ciudad en tiempos de Alfonso el Sabio y entrado el siglo XIV. En la *Collectio Patrum Ecclesiae Toletanae*

(tomo III, pág. 441), aparecen D. Gonzalo García Gudiel, toledano, y su sobrino materno D. Gonzalo Díaz Palomeque, como individuos de una de las más ilustres familias mozárabes: *inter perillustres—dice—toletanas mozarabes familias numerantur*. El sobrino fué quien mandó construir la capilla de los Reyes viejos de Toledo; en ella empleó el estilo gótico; pero en su casa-palacio prefirió el gusto árabe-cristiano de los mozárabes. Á esta circunstancia debemos el que se encuentre hoy un monumento fecho de este riquísimo arte, lo cual es de mucho valor para precisar las fechas de construcción de otros, siendo un resto precioso de aquella civilización exótica, que desapareció sin dejar casi huellas de su paso.

ROQUE CHABAS.

VALENCIA, Junio 1899.

CONFERENCIA

DE

D. VICENTE POLERÓ

EN EL

ATENEÓ DE MADRID

el 18 de Abril de 1899.

(Conclusión.)

DOÑA BERENGUELA

DON Alfonso X, llamado el Sabio, fué hijo de D. Fernando III y comenzó á reinar en 1252.

Siendo Príncipe, se casó en 1248 con D.^a Violante, hija mayor de D. Jaime I de Aragón; cinco años después, nacieron de este matrimonio D.^a Berenguela, D.^a Beatriz, D. Fernando de la Cerda, D. Sancho, heredero de la Corona, D. Pedro, D. Juan, D. Jaime, D.^a Violante, D.^a Isabel y D.^a Leonor, que murieron niñas.

De la educación de D.^a Berenguela, se encargó un caballero de Sevilla llamado Romero, mas permaneciendo soltera, su padre D. Alfonso, la señaló

rentas y la dió la ciudad de Guadalajara.

Núñez, en su *Historia* afirma que "esta Infanta, murió en dicha ciudad, haciendo una vida ejemplarísima, y que por haber fundado en Toro el convento de Santa Clara, dispuso fuese enterrada allí", añadiendo Gil González que "fué trasladada al convento de Santo Domingo el Real de Madrid, al que donó la ciudad de Guadalajara".

Efectivamente, su cuerpo fué llevado á dicho convento, según la siguiente inscripción que frente al entierro de D.^a Constanza de Castilla, nieta del Rey D. Pedro I, había en el coro, y decía así: "Aquí jace la mui alta i poderosa señora la Infanta D.^a Berenguela, hija del Rey D. Alonso intitulado Emperador."

La Reina D.^a Ana, cuarta mujer de Felipe II, acompañada de varias señoras, asistió á la traslación de los restos de D.^a Berenguela á un sepulcro provisional, por consecuencia de la construcción del nuevo coro, admirando todos la perfecta conservación del cuerpo y las telas ricas de los vestidos, á pesar de los trescientos años transcurridos.

Las efigies tumulares grabadas y esmaltadas en bronce, esgrafiadas en piedra ó en bajo y alto-relieve, representando todas las categorías sociales y religiosas, figurábanse acostadas, vestidas con sus más ricos trajes y demás accesorios pertenecientes á su estado y dignidad; los presbíteros con cáliz en sus manos, los Obispos y abades con el báculo ó mitra y sus trajes sacerdotales; los caballeros y militares, cubiertos de armaduras. Las damas cubiertas con sus ricos trajes, de brial y manto, collares, coronas de perlas y prendidos de velos, tocas y mantos, apoyando los pies en un lebril y al frente de su túmulo en alto ó bajo-relieve, su figura, representando el alma elevada al cielo por los ángeles,

en demostración de su religiosidad, su virtud y buenas costumbres. Todos, en fin, sin excepción, hasta principios del siglo XVI, apoyando su cabeza sobre una ó dos almohadas, con las manos juntas en súplica, una sobre otra, y alguna vez extendida á lo largo del cuerpo ó cogiendo los pliegues del manto.

Nótase que en el primer período, las figuras tienen los ojos abiertos y el semblante sereno, apareciendo después cerrados los párpados, como si durmiesen esperando la resurrección para otra vida mejor.

La urna sepulcral de D.^a Leonor, es igual en tamaño y disposición que la de su esposo, sobre la cual aparece tendida con el mismo traje que acabamos de describir al tratar de los altos relieves de la de D. Felipe.

En la orla del manto que la cubre vense los timbres jaquelados y cinco corazones, combinados con los de su esposo, sosteniendo en la mano derecha un corazón y llevando en la izquierda dos sortijas. El epitafio puesto en latín correspondiente al Infante, dice así:

"En el año de la Era cristiana 1312, el día 28 de Noviembre, víspera de San Saturnino, mártir, murió el Infante D. Felipe, varón nobilísimo, hijo del Rey D. Fernando, su padre, cuya sepultura está en Sevilla, cuya alma r. i. p. Amén. Pero el hijo yace aquí en la iglesia de Santa María de Villasisga, cuya alma encomendarán á Dios y á todos los Santos rezando un Padre-nuestro y Avemaría."

Á mediados del siglo pasado—según dice el P. Flórez,—al ser reconocido este enterramiento por orden de don Andrés Bustamante, Obispo de Palencia, con presencia de los eclesiásticos, un médico y cirujano, todos certificaron que el cuerpo del Infante se encontraba incorrupto y blando al tacto, por lo que se dispuso fuese desde entonces

cerrado con llave para impedir que se cometiesen profanaciones (1). Gran estatura debió tener el Infante, pues al medir su momificado cuerpo, dió 1,85 metros de altura. La momia se encuentra envuelta en sudario de hilo muy grueso, que guarda una recia caja de madera.

DOÑA MARGARITA DE LAURIA, SEGUNDA
CONDESA DE TERRANOVA

Tuvo esta señora la Baronía del Puig y la de Alcoy, con otros lugares.

Fué hija del célebre Almirante de Aragón, Roger, que en el reinado de D. Pedro I de Aragón, llevó á término tan singulares hazañas, que no serían creídas á no haberlas consignado historiadores tan graves como Zurita, Blancas y Descloit.

D.^a Saurina de Entenza, segunda mujer del Almirante y madre de doña Margarita, estando en Nápoles, casó á su hija con D. Juan de Franvila, Conde de Terranova y Condestable de dicho reino. Viuda D.^a Margarita, se retiró al Santuario del Puig, donde consagrada á la oración, pasó el resto de su vida ocupada en obras de caridad, socorriendo constantemente á los pobres.

Á su munificencia se debe la reedificación de la iglesia, fundada por don Jaime I, labrando en la capilla mayor

su mausoleo y el de su hermano D. Rodrigo, y cediendo además á la Virgen toda la tapicería, ornamentos y alhajas de oro y plata que en abundancia poseía.

El sepulcro de esta señora, pertenece al estilo ojival del primer período, y tan rico de exquisitos entalles é imagería, que es lo mejor y lo más bello que en aquel histórico monasterio se conserva.

El bulto sepulcral, labrado en mármol, nos parece inferior á las bellísimas estatuillas que adornan el arco, dentro del cual se encuentra la urna; mas no carece, sin embargo, de buenas proporciones y de la majestad correspondiente á la persona que representa.

El manto ajustado al pecho, retrocede á los lados, dejando ver una sencilla túnica con mangas, terminadas en punta hasta el codo, según los trajes aragoneses de su tiempo.

Las mangas del justillo interior, están adornadas de una fila de botones; linda corona ciñe las sienes y ajusta la toca que cubre la cabeza y cuello; en las manos, una sobre otra, tiene un largo rosario que alrededor de la cintura ajusta la túnica.

El frontis de la urna está guarnecido de arcadas angreladas, conteniendo estatuillas en actitud de dolor y tristeza.

Tan bello sepulcro evidentemente labrado por artistas aragoneses, demuestra la altura que habían alcanzado las artes en el siglo XIII en Aragón.

Otros sepulcros, no menos curiosos, pueden verse en este histórico edificio y son: el de D. Rodrigo de Lauria y el de D. Bernardo Guillén de Entenza, tío de D. Jaime I, y principal adalid en la conquista de Valencia.

Estos despojos, al ser demolido el convento en 1869, fueron trasladados al Museo Arqueológico.

En un reducido hueco que hay en el

(1) En la Exposición Histórica celebrada en Madrid en 1892, entre la multitud de telas curiosas pertenecientes á los siglos pasados, fué de notar el manto y birrete de este Infante, extraído de su sepulcro, cuya tela en su tejido y dibujo es igual al que el artista copió en su estatua. La túnica y demás traeres anduvo largo tiempo por la sacristía, como también fragmentos de los vestidos de D.^a Leonor, que unos y otros fueron desapareciendo, adquiridos por los buscadores de oficio.

Daremos conocimiento de lo antes dicho, empezando por la urna sepulcral del Infante, que es enteramente igual, exceptuando el asunto de los bajo-relieves que, como los del Infante, representan la ceremonia del entierro de D.^a Leonor.

Á mi distinguido y querido amigo, D. Telesforo Pérez Oliva, compañero nuestro de excursiones, debo las notables fotografías sacadas de mis dibujos, que vais á ver.

claustro bajo, del convento de Santa Clara de Guadalajara, fundado por D.^a Berenguela, madre de San Fernando, existe el bulto sepulcral que presentamos de esta Infanta, labrado en piedra franca y un poco mayor del natural.

No por abandono y sí por el mucho tiempo transcurrido y más que nada por la humedad del sitio, se encuentra mal parado; suponemos que las Religiosas que fueron compañeras de la Infanta, en atención á los muchos beneficios que esta señora hizo al convento, mandarían labrar urna y estatua, como cenotafio y memoria de sus fragios, costumbre muy frecuente de que se ven ejemplos repetidos.

Preséntase la Infanta vestida con el hábito Franciscano, cubierta la cabeza con toca monjil y las manos cruzadas, sosteniendo en la izquierda un libro de oraciones. El mérito de esta escultura es mediano, pero de mucho interés por la época á que pertenece. Su actitud es natural y reposada, con grandes y severas líneas en el andamento de pliegues de los paños, circunstancia que distingue á todos los trabajos escultóricos del siglo XIII.

La cama sepulcral donde aparece tendida la Infanta sostiénela cuatro leones y en sus cuatro extremos se ven esculpidos los escudos de su linaje.

El convento de Clarisas, debe su fundación, como tenemos dicho, á la madre de San Fernando, y fué elegido para entierro de personas ilustres, entre las cuales tienen bultos sepulcrales D. Juan de Zuñiga; D.^a Isabel de Vera, señora de Bello, y D. Bernardo Quevedo, caballero del Orden de Santiago.

D. GIL ÁLVAREZ CARRILLO DE ALBORNOZ,
ARZOBISPO DE TOLEDO

Nació en Cuenca por los años de 1299, y fueron sus padres D. García Álvarez

de Albornoz y D.^a Teresa de Luna, que le dieron una cristiana y esmerada educación, según dice su historiador D. Juan Genesio de Sepúlveda.

Después de hacerse notar en Tolosa como maestro en Derecho canónico, fué á Toledo, donde obtuvo la dignidad de Arcediano de Calatrava.

D. Alfonso XI, cuya confianza supo granjearse, le nombró su capellán y limosnero, y después Arzobispo de Toledo.

Prestó grandes servicios al Rey como Embajador; y en la guerra con los moros, en la memorable de Tarifa, salvó al Rey la vida exponiendo la suya. Á la muerte del Monarca se retiró á Cuenca, y de allí á Aviñón, donde fué recibido con júbilo por Clemente VI, nombrándole Cardenal en 1350. Inocencio VI le dió el Obispado de Sabina, confiándole al propio tiempo la pacificación de algunos Estados de Italia, apartados por entonces de la obediencia del Papa, en cuya ocasión demostró D. Gil tanto tino y acierto, que consiguió que los Vicarios de Cristo, precisados á abandonar su patrimonio, fijasen de nuevo su Silla en Roma. En Bolonia, que también le debió su libertad, fomentó la industria y el comercio; hizo un cuerpo de leyes, llamadas Egidianas, y dispuso la edificación de un Colegio para educar jóvenes españoles, institución que aún permanece, teniendo por tanto la gloria de legar á la posteridad una de las fundaciones más célebres de Europa.

Murió en Vitervo el 24 de Agosto de 1367, siendo conducido su cuerpo al convento de San Francisco de Asís, que había fundado, desde cuyo sitio, tres años después, fué trasladado á Toledo con la mayor pompa y devoción, á cuyo efecto Urbano V concedió á todos los que llevasen la litera, aunque fuese por corto tiempo, las mismas indulgencias que se ganan en el Año Santo.

De esta manera, su cuerpo llegó á Toledo, siendo depositado en la capilla de San Ildefonso de la Catedral, donde en

rica urna de mármol reposa, harto mal tratada hoy, más por el descuido de los hombres que por las injurias del tiempo. Vestido de pontifical aparece el ilustre Prelado, tendido en su cama fúnebre, formada por una serie de veintidós arcos ojivales, con otras tantas estatuitas de santos, todo ejecutado en mármol con exquisita prolijidad. Seis leones sustentan la urna, digna por cierto de ser guardada mejor, pues por los desperfectos ocasionados intencionadamente, apenas permiten adivinar las desgastadas facciones de tan insigne Prelado.

Este artístico monumento debió construirse á poco de la notable traslación de su cuerpo á España, siendo de extrañar no pusieran epitafio, ignorando igualmente quién fuera su constructor, si bien tenemos algunos datos para sospechar que lo fuese Joan Gonzales, escultor acreditado en el siglo XIV y residente en Toledo.

EL INFANTE D. JUAN DE CASTILLA

Fué el sexto hijo que tuvo D. Alfonso X de su mujer D.^a Violante de Aragón. Contrajo matrimonio en 1281 con D.^a Margarita, hija de Guillermo, marqués de Monferrato, y segundas nupcias con D.^a María Díaz de Haro, señora de Vizcaya, en 1287, de cuyo matrimonio nacieron D. Juan, D. Lope y una niña, desposada á la edad de tres años con don Juan Núñez de Lara.

D. Juan fué tutor de D. Alfonso XI, y origen al mismo tiempo de grandes disturbios en el Reino por su pretensión á la Corona; pero su temerario arrojo puso fin á sus ambiciones en un encuentro que tuvo con los moros en la vega de Granada; mas hallado su cuerpo en el campo después de la refriega, el Rey moro dispuso su traslación á Córdoba en un ataúd cubierto con brocado de oro, dando con esto muestra de galante cortesanía, según cuenta la crónica de Alfonso XI. Llevado á Toledo, fué trasladado á Burgos,

siendo enterrado en el presbiterio de la Catedral, al lado del Evangelio.

El bulto yacente que le representa, ya bastante deteriorado por los años, está labrado en piedra franca, viste amplia túnica y manto de uniforme y paralelos pliegues; en las manos sostiene larga espada con talabarte, con un pañuelo que cae desde la empuñadura, y las mangas interiores tienen una hilera de botones. Descansa la cabeza sobre sencillo almohadón, y es de notar la pequeña arqueta, tal vez de reliquias, que pende del cuello por una cadenita (1), el puño de la espada y las rosetas del talabarte estuvieron dorados, y tal vez estarían también coloridos el rostro y las vestiduras. Cuando la renovación en el siglo XVI de la escalinata que conduce al altar mayor, se dejó casi al nivel del rellano este depósito, lo cual parece daría ocasión á algunas mutilaciones en el rostro y cuerpo del Infante, como también por faltar espacio para la colocación del basamento, se verían precisados á cortar los pies por más arriba del tobillo.

Frontero á este entierro está el del Conde D. Sancho y su mujer D.^a Beatriz, labrados, según una relación del archivo de la Catedral, por escultores burgaleses que no cita.

DOÑA JUANA, INFANTA DE NAVARRA

Fué hija de Carlos III y su mujer, doña Leonor de Castilla, y estaba adornada de tan humilde y sencillo carácter que, cuando la coronación de su marido, celebrada con inusitada pompa y ostentación, excusó su presencia en aquel solemne acto.

De esta señora sólo conocemos algunos detalles; según Yanguas en su *Diccionario de Antigüedades de Navarra*, estuvo en el convento de San Francisco,

(1) Solían llevar algunos caballeros cuando iban á guerrear, una pequeña arquilla llena de ungüentos para curarse las heridas, por la dificultad de hallar quien las atendiese.

de Tudela, á cuyo sitio fué llevada desde Olite, donde falleció en 1425, añadiendo que tenía seis escudos á los extremos de la losa donde aparecía tendida, con este epitafio: "Aquí jaze Dona Johana, infanta de Navarra, fija del rey Don Johan y de Dona Blanca, propietaria de Navarra, su mujer; é finó la dicta infanta anno de MCCCCXXV en el XXII dia de Agosto,, inscripción en un todo conforme con un antiguo dibujo que poseemos.

Demolido el convento de San Francisco, nadie se ocupó de recoger esta curiosa escultura, que años después vimos en un patio de la casa del Marqués de San Adrián, en donde la copiamos, sin saber á quién representaba. Su actitud noble y sencilla, cruzadas las manos, y su dulce y tranquilo rostro cual si estuviese disfrutando de un plácido sueño; la sencilla diadema con tres rosas de pedrería que ciñe su frente, sujetando el cabello, recogido por ambos lados; la alta y encañonada gola que, en forma de abanico, sube desde el escote del brial, sobre la cabeza; el modesto cingulo que ciñe y los prolongados pliegues del brial con mangas monacales, que empezaron á llevarse en los últimos años del siglo anterior, hacen de esta escultura uno de los ejemplares más curiosos y dignos de estudio, como reflejo fiel de los trajes de las damas en los últimos años del siglo XIV en el Reino de Navarra. Tenemos entendido que la Comisión de Monumentos no hace muchos años consiguió trasladar esta escultura al Museo Provincial, que empezaron á formar.

DOÑA MARÍA DE MOLINA

El Infante D. Alonso, hijo de doña Berenguela, fué llamado el de Molina, por su casamiento con D.^a Mafalda Manrique de Lara, cuarta señora de Molina y Mesa.

En segundas nupcias casó con doña Teresa González de Lara, y por terceras con D.^a Mayor Alfonso Meneses, de la que nació D.^a María, que la his-

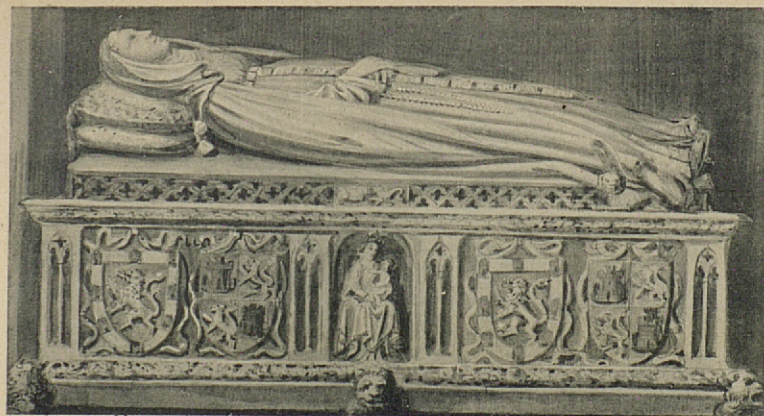
toria, con justicia, apellidó la Grande. Esta señora se desposó, en 1281, con D. Sancho IV, hijo de Alfonso X, de cuya unión nacieron: D.^a Isabel, que casó con el duque de Bretaña; D. Juan; D. Fernando, que la historia señala con el sobrenombre del Emplazado; D. Alfonso, que murió niño; D. Enrique, que falleció de corta edad; don Pedro, que contrajo matrimonio con D.^a María, hija de D. Jaime II; D. Felipe, con D.^a Margarita de la Cerda, y D.^a Beatriz, con D. Alfonso IV de Portugal.

Interesante es, en sumo grado, el reinado de esta gran mujer, cuyo especial cuidado fué aconsejar á su marido lo más conveniente en beneficio del pueblo. Con el fin de precaver los males consiguientes que por la menor edad de su primogénito D. Fernando pudiesen sobrevenir al Reino, dispuso D. Sancho, antes de su muerte, que D.^a María fuese jurada gobernadora y tutora de su hijo, que á la sazón no contaba más que diez años. Los notables rasgos de valor y de prudencia que puso en juego para contrarrestar las rebeliones de los Príncipes D. Juan y D. Enrique, que pretendían ser Reyes de Castilla, manifiestan sobradamente la energía de su carácter.

Todos los cronistas están unánimes en que fué tal su celo por el bien común que solía estar despachando asuntos del Estado desde muy temprano hasta las tres de la tarde sin moverse de su asiento.

Muerto D. Fernando en 1312, al que siguió su mujer, D.^a Constanza, quedó nuevamente tutora de su nieto D. Alfonso XI, ya muertos D. Juan y don Pedro; pero cargada de achaques, murió en Valladolid á 29 de Julio de 1321.

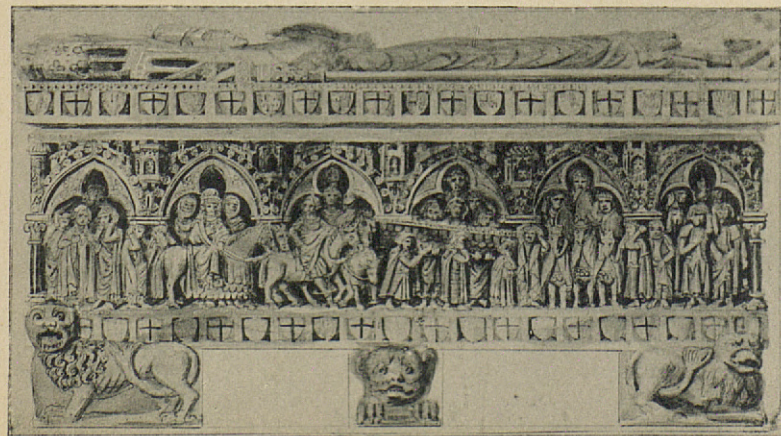
En su palacio, que dedicó á convento, dejó para su sepulcro 55.000 maravedises, y 3.000 doblas de oro con destino á la capilla principal, que donó á las monjas del Císter.



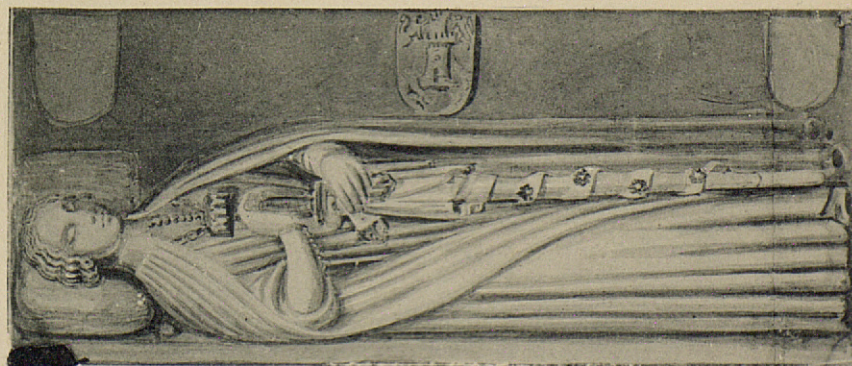
DOÑA MARIA DE MOLINA



DOÑA MARGARITA DE LAURIA



URNA SEPULCRAL DEL INFANTE D. FELIPE



EL INFANTE D. JUAN DE CASTILLA

La urna que contiene el cuerpo de tan gran Reina, se halla actualmente en el centro del crucero de la Iglesia, que, maltrecho por un incendio en 1328, la abadesa, D.^a Ana de Mendoza, restauró á su costa.

La cama sepulcral sobre que descansa D.^a María, está decorada por lindos trepados y colocada sobre un basamento de estilo ojival, sostenida por seis leones y decorada con los escudos de su linaje y los de su marido.

La estatua sepulcral es de mayor tamaño del natural, y de suponer es que el escultor procurara reproducir las líneas de su rostro.

Todo el monumento está labrado en mármol, pero adolece del estado decadente que por entonces sufrían las artes en Castilla, á mediados del siglo XIV.

El traje que viste creemos sería el que llevaría en vida, compuesto de un brial ajustado, con mangas, ceñido á la cintura por una correa guarnecida de morlanes y perlas; un ancho manto con capucha cubre sus tocas de viuda.

Grandes desperfectos ha sufrido tan curioso monumento por los años, y más que nada por el descuido, siendo de lamentar no se remedien antes de que sean mayores.

DON ALONSO CARRILLO DE ACUÑA,
ARZOBISPO DE TOLEDO

Pulgar, en sus *Claros varones*, dice "que este Prelado fué alto de cuerpo é de buena presencia, é de condicion inquieta," y D. Antonio de Lebrija añade en su historia de los Reyes Católicos "que era liberal y franco, tanto, que siempre estaba empeñado y en extremo de pobreza. Era hombre belicoso, amigo de diferencias y guerras y por este camino quería ganar fama y nombre.

„Ocupaba mucho tiempo y hacienda en el arte de la alquimia. Era amigo de seguir su parecer y sustentalle, llevando

siempre adelante su propósito, no atendiendo á la enseñanza de la prudencia, que muda de parecer según la ocasión y tiempo. Tuvo un privado, que le llevaba el honor y le hizo de ojos muchas veces.,

Por las cualidades de su enérgico carácter, consiguió tener á raya las demasías de los partidarios de D. Enrique IV. Fué gran instigador de los desórdenes de Ávila, Segovia y Arévalo. Tomó parte muy activa en el casamiento de D. Fernando con D.^a Isabel, de la que después tuvo quejas por haber preferido en lugar suyo á D. Pedro González de Mendoza, Obispo de Calahorra, diciendo: — Yo la hice reina; yo la volveré á la rueda. — Más tarde aprisionó en el castillo de Santorcaz al gran Cardenal Jiménez de Cisneros.

Con motivo de la demolición del convento de San Diego de Alcalá para construir en su área la nueva cárcel, la Comisión de monumentos trasladó el sepulcro de este Prelado á San Justo en 1856.

Al desmontarlo encontraron sus restos y las ropas en muy buen estado de conservación, y recogido todo fué llevado á la nave principal ó trascoro de la iglesia mayor de Santa María, donde están los de Cisneros, llegando al cabo de los años, por los trastornos de los tiempos, á juntarse las cenizas del perseguido y del perseguidor bajo las mismas bóvedas de la iglesia que ambos favorecieron.

Si tiene interés artístico el monumento de Cisneros por lo pródigo de su labor, como por el ambiente que le da el recuerdo del más sabio político que ha tenido España, no es menor en otro sentido el que evoca el bulto yacente con rico traje pontifical, con que está representado el Arzobispo Acuña. Es notable la perfección con que está modelada la cabeza, manos y vestidos, dando motivo á sospechar que todo, y especialmente el rostro, fuese copiado de una mascarilla.

En los frentes, costados y ángulos de la urna, se ven escudos nobiliarios y elegantes arcos con bellos medallones de alto relieve. En el friso que sirve de

asiento á la crestería sobre que descansa la figura del Prelado, corre la siguiente inscripción en caracteres monacales: "Sepultura del muy reverendísimo y muy magnífico Sor. Don Alonso Carrillo de gloriosa memoria, Arzobispo de Toledo; Fundador de este monasterio (San Diego). Vivió arzobispo 35 años, 5 meſes y 30 días. Falleció en esta villa de Alcalá, á 1.º de Julio, año del Señor de 1.482, de edad de 70 años é diez meses é veinte días."

En el antedicho convento de San Diego y en la clave del arco donde estaba su sepulcro, había un pelícano de mármol con esta leyenda: "Si el alma no se perdiera, lo que esta ave hace, yo hiciera." Alusión que parece haga el turbulento Prelado á su hijo D. Juan de Acuña, marqués del Valle.

Otra leyenda no menos expresiva leíase en el destruído sepulcro del Marqués: "Lleva la muerte consigo quien nunca muere conmigo."

Del sepulcro nada sabemos; el pelícano se encuentra actualmente á la entrada del cementerio de dicha ciudad.

DOÑA JUANA DE ARAGÓN, CONDESA DE AMPURIAS

Fué hija esta señora de D. Pedro, el Ceremonioso, Rey de Aragón, y de doña María de Navarra. Por no haberse efectuado su concertado enlace con Eduardo de Inglaterra, casó con el Conde de Ampurias en 1372. Falleció en 1384 y fué enterrada en el monasterio de Poblet.

La simpática figura de esta dama, la sencilla y tranquila actitud que el escultor (el maestro Bartolomé) acertó á darle y el esmerado trabajo que empleó, hacen de esta escultura una de las más bellas que había en el famoso monasterio.

Viste brial de mangas con gran sencillez plegado y ajustado á la cintura, largo collar de gruesas perlas, en dos hilos, adorna su cuello, y en el pecho un rombo de las mismas perlas; completando el ata-

vío graciosa toca ceñida por una diadema de piedras.

Recuesta la cabeza sobre lujosa almohada, en la que están bordados el escudo de su linaje y el de su esposo.

Deshecho por completo este bulto sepulcral y envuelto entre los escombros á que fueron reducidos los magníficos sepulcros del histórico monasterio, tuvimos que irlos recogiendo cuidadosamente para poder rehacer tan interesante y bien modelada escultura.

DON FERNÁN DE LOAYSA

El cronista y rey de armas de los Reyes Católicos, Gracia Dei, habla de un don Jofre de Loaisa, que fué tan leal y valeroso caballero, que por cuidar más de su fama, no tuvo en nada su vida, salvando la del santo Rey Luis de Francia, por lo que mereció para sí y sus descendientes el derecho de llevar las armas reales uniéndolas á su escudo.

Dice también que en estos Reinos, y en particular en Aragón, se encuentran muchos caballeros de este apellido, también mencionados en la crónica de D. Juan II y que algunos asistieron á la batalla de las Navas, en la que hubo de señalarse un D. Miguel Loaisa, como alférez mayor de D. Pedro de Aragón.

En la colegiata de Talavera se ven dos sepulcros de esta familia, de los cuales uno tiene sobre el tablero de la urna el bulto yacente de un caballero con armadura completa y con ancha espada entre las manos, con esta inscripción: "Aquí yace el honrado García de Loaisa, hijo de Fernan Jofre de Loaisa que Dios haya, el cual finó á veintiseis días del mes de Enero, año de Nuestro Salvador Jesucristo de 1440."

Inmediato á este túmulo se halla otro con la estatua yacente, de cuyo epitafio sólo resta lo siguiente: "Aquí yace el valeroso caballero Fernan de Loaisa, fijo de Juan de Loaisa y de Doña Leonor de Carvajal. Dejó á esta iglesia la..." Por

carecer de año suponemos que su muerte debió ocurrir á mediados del siglo XV.

Esta escultura magistralmente ejecutada, representa un joven de hermoso rostro y apostura militar.

Tiene cota de malla cubriéndola una elegante armadura de las llamadas góticas, fuerte y ancha espada sostiene entre sus manos; plegado y sujeto desde el cuello, baja el manto que llega más abajo de las rodillas; cubre la cabeza, recostada en lujosa almohada, un sencillo birrete dejando ver por ambos lados el cabello, en guedejas recogido; apoya los pies sobre un casco con plumas, y en el frontis de la urna se ven cuatro escudos nobiliarios y ángeles tenantes entre labores de follaje de buen gusto.

Este túmulo se encuentra como casi todos, mutilado en muchas de sus partes por un abandono incalificable que de no poner remedio llegará un día en que desaparezcan del todo ó por lo menos queden tan desfigurados que no presten interés alguno al estudioso.

La mayor parte de estos monumentos, al hallarse al alcance de los curiosos sin que nada los resguarde, se ven en la forma del que nos ocupa, y aquellos mejor conservados contienen una capa tan espesa del polvo amontonado por el descuido y la humedad que, formando dura costra, imposibilita apreciar á las veces los detalles, alterando, por consiguiente, las principales líneas de la persona que representan y aun de la forma del traje que llevan.

GARCI GONZÁLEZ DE COTES

Cuando comenzó el Renacimiento su lucha con los últimos esfuerzos del arte ojival, D. Fernando de Vega y Cotes, Obispo de Córdoba, renovó y decoró la iglesia de San Juan, de la villa de Olmedo, con el fin de que sirviera de panteón á su familia. La capilla que este Prelado destinó á este objeto, contiene sepulcros platerescos en sus cuatro ángulos; mas transcurrido el tiempo, en los primeros

años del siglo XVI, se transformó en sacristía.

La lápida conmemorativa dice: "Aquí yace el honrado caballero Garci González de Cotes y su mujer Teresa Rodríguez, al cual armó caballero el infante D. Fernando estando sobre Setenil, año de 1407. Falleció á 19 de Setiembre, año de 1413. Reedificó este arco con esta iglesia su descendiente D. Hernando de Vega y Cotes, Presidente de los Consejos de Hacienda é Indias y Obispo de Córdoba."

El bulto yacente de este caballero tiene armadura completa menos en los pies, que aparecen calzados de malla. Encima de la armadura, hasta la mitad de los brazos y muslos, lleva cota de finísima y bien labrada malla; con las manoplas sostiene una ancha espada y á los pies hay un perro, como signo de fidelidad y nobleza.

Á su simpático semblante le da singular atractivo el cabello cortado por la frente, bajando en guedejas por ambos lados y cubriendo su cabeza un sencillo birrete.

Este bulto, labrado en piedra y de tamaño natural, es como obra de arte lo mejor labrado que en Castilla se hizo á mediados del siglo XV.

DON JUAN DE ZÚÑIGA

Este caballero fué del Orden de Santiago é hijo de D. Íñigo Ortiz de Zúñiga y de D.^a María de Orozco, su segunda mujer, cuya familia residió en Guadalupe desde 1411, y según Haro, eran descendientes de los Duques de Béjar.

Las señaladas prendas de sabiduría y sus grandes servicios prestados, contribuyeron á que el Emperador D. Carlos le hiciera su Embajador en la corte de Portugal, en unión de D. Carlos Popeto, para tratar su casamiento con D.^a Isabel, hija del Rey D. Manuel, de cuya Princesa fué después su Contador mayor.

Casó en Alcalá de Henares con D.^a Luisa Hurtado de Mendoza, y falleció en Toledo en 2 de Enero de 1523.

El bulto yacente de D. Juan y la urna

sobre que se halla, se encuentra en la capilla que fundó en el convento de Santa Clara la Real, de Guadalajara. Aparece cubierto de todas armas, con el manto de la Orden sujeto por un broche en forma de rosetón, del que salen los cordones cayendo por ambos lados y en el centro la roja cruz.

Con ambas manos sostiene la espada, y cubierta la cabeza con birrete adornado de rico cintillo de perlas.

El escudo de su linaje aparece encima, y al frente de la cama sepulcral este epitafio: "Aquí yace el noble caballero y Comendador D. Juan de Zúñiga, Embajador del Emperador y Rey nuestro señor, en Portugal, y Contador mayor de la Emperatriz y Reina nuestra señora, en Castilla. Fué uno de los que concertaron el casamiento de sus Majestades. Murió en Toledo en su servicio en 2 de Enero de 1544."

DOÑA ISABEL BONISENNI

Por los años de 1247, viviendo Santa Clara, se fundó en Valladolid un monasterio bajo su advocación. En su origen estuvo en las afueras; pero más tarde, extendiéndose la ciudad, quedó dentro de muros. Muchas personas ilustres eligieron este cenobio para su entierro, siendo, entre otras, D.^a Inés de Guzmán, viuda de D. Alonso Pérez de Vivero; D. Alonso de Castilla, Obispo de Osmá; D. Juan Arias del Villar, Obispo de Oviedo y de Segovia, y cuatro personajes más con estatuas yacentes, pertenecientes á la familia de que tratamos.

El bulto yacente de D. Juan de Nava, marido de D.^a Isabel, presenta un anciano demacrado y venerable, con armadura completa y un rosario en la mano derecha, con este epitafio:

"Aquí yace Juan de Nava, caballero del hábito de Santiago, Gentilhombre de boca de S. M., hijo de Pedro de Nava, del Consejo de los Reyes Católicos, y de Juana Ondegarda, que están enterrados en la

capilla de Santa Catalina, de San Francisco de esta ciudad, año de 1590."

El entierro de D.^a Isabel tiene igualmente bulto sepulcral y viste una rica falda y tabardo con franjas bordadas; huecas mangas perdidas dejan ver las interiores, con puntas de encajes en los puños y gorguera rizada al cuello; lujosa cadena de piedras tiene en la mano izquierda y en la derecha los guantes, representando su atavío vistosa y completa indumentaria de su época.

La ostentación de que hizo alarde en lo bien modelado del rostro y los detalles que adornan á esta escultura, nos da á conocer una de las obras mejor ejecutadas por Gregorio Hernández.

La inscripción dice así:

"Aquí yace la muy ilustrísima señora D.^a Isabel Bonisenni y de Nava, falleció á 18 de Setiembre de 1580."

Su sepulcro, el de D. Rodrigo de Rojas, Duque de Lerma y otros personajes de su época, nos recuerda lo que de este tiempo nos dice Cabrera en su interesante historia de Felipe II.

VICENTE POLERÓ.

INVESTIGACIONES

SOBRE LA

HISTORIA DEL AJEDREZ

I

CREEMOS que en España no se ha escrito nada hasta hoy sobre esto, que de no ser importante, es muy curioso. Los principales trabajos son del Dr. Forbes, cuya obra, publicada en Londres en 1860, se titula *The History of Chess* y forma un volumen en 8.º de 372 páginas. El Conde de Basterot en su *Traité élémentaire du jeu des échecs*, publicado en París en 1863, recoge, en la primera parte, todos los datos más curiosos del doctor Forbes y de esta obra es de la que vamos á extractar las noticias que en

estos apuntes encontrará el que leyere. Nuestros apuntes son más que extracto una traducción libre con variantes nuestras. Basta de preámbulo.

Al empezar el siglo V de la era cristiana había en la India un monarca muy poderoso, de bondadoso carácter á quien los aduladores llegaron á corromper por completo. El joven soberano olvidó pronto que los reyes deben ser los padres de su pueblo, que el único apoyo sólido del trono es el amor de los súbditos y que sólo en este cariño estriba la fuerza del poder real. Los brahmanes y los rayas ó sean los clérigos y los grandes le predicaban inútilmente y el rey, envanecido de su grandeza, que creía inquebrantable, les oía como quien oye llover, sin hacer caso alguno de sus sanas reconvenciones. Un brahmán, llamado Sissa, fué el que indirectamente despertó al monarca de su letargo inventando el juego del ajedrez, en el que el rey, á pesar de ser la más importante de todas las piezas, es impotente para atacar, y mucho más para defenderse de sus enemigos, sin el auxilio de sus vasallos.

El nuevo juego se hizo célebre en muy poco tiempo y el rey escuchó su elogio y quiso conocerle. El mismo Sissa se encargó de explicarle las reglas y el príncipe, agradecido, le propuso al brahmán que escogiese su recompensa. El sacerdote pidió una cantidad de trigo, que se determinaría de la manera siguiente: un solo grano por la primera casilla del tablero, dos por la segunda, cuatro por la tercera, ocho por la cuarta y así sucesivamente doblando hasta la casilla sesenta y cuatro. El rey no halló dificultad en acceder á su demanda; pero cuando sus tesoreros hicieron el cálculo vieron que el rey había ofrecido lo que todos sus tesoros reunidos no bastaban á satisfacer. El brahmán se aprovechó de esta ocasión para hacer comprender al príncipe lo que importa á los reyes es-

tar en guardia contra los que le rodean, que pueden comprometerles fácilmente aparentando las intenciones más sanas. El rey fué desde entonces un príncipe justo.

El cálculo de la cantidad de trigo pedida por Sissa arroja, al llegar á la casilla sesenta y cuatro, la enorme cifra de 18.446.744.073.709.551.615 granos de trigo, y para formarse idea de lo que representa debe tenerse en cuenta que el hectólitro de trigo, que aproximadamente puede valer veinte pesetas, contiene, como término medio, 1.530.000 granos; la cosecha total de Francia en 1858 llegó á 110.000.000 de hectólitros según los cálculos de Block y teniendo en cuenta estas dos cifras, resulta, que, para reunir lo pedido por Sissa, se necesitaría la cosecha entera de Francia durante 109.600 años. De otro modo: suponiendo que la población de toda la tierra sea de 1.000 millones de habitantes, como comunmente se cree y se repartiase entre ella el valor del trigo de Sissa, sería necesario que cada habitante pagase una suma mayor de 240.000 pesetas.

Todo esto no tiene más valor que el de una leyenda bonita y, sin embargo, Sissa no es un personaje fantástico. Sissa es el primer príncipe indio que encontraron los árabes cuando, con las armas en la mano, llevaron la religión del Corán á las riberas del Indo. Los árabes fueron los inventores de la leyenda y los que atribuyeron á Sissa la invención de un juego que encontraron, nuevo, en el país recién conquistado y que tenían la misión de difundir á Europa. Tal es el origen del ajedrez según las tradiciones orientales.

En Europa se dió al ajedrez un origen distinto. Las más antiguas referencias de este juego no son anteriores á la época del Renacimiento. Se sabía que el ajedrez tenía de existencia unos cuantos siglos y se había perdido su origen en las nebulosidades de la Edad

Media. La literatura de Oriente era casi desconocida, en cambio todo tendía á desenterrar á los griegos y romanos y la literatura clásica invadía todas las cabezas. Á los griegos se les atribuyó la invención del ajedrez. Unos se lo atribuyeron á Xercés personaje apócrifo, otros á los hermanos Lydo y Tyrrhène, también de existencia dudosa, y otros á Palamedes, el capitán griego que pereció por los artificios de Ulises. No hay, sin embargo, prueba alguna de que los griegos lo inventasen, y en cambio, está fuera de duda de que el pueblo heleno no conoció nunca tal entretenimiento.

Homero no lo cita para nada, y si en su tiempo hubiera existido el ajedrez no hubiera dejado de citarlo en las comparaciones de que se muestra tan pródigo, siendo el ajedrez tan parecido á la guerra. Lo mismo diremos de Herodoto, en quien se encuentra el pasaje siguiente: "Se cree que los Lidios son los inventores de diferentes juegos actualmente en uso, tanto en su país como entre los griegos, y se asegura que hacia el tiempo en que estos juegos se inventaron enviaron una colonia en la Tirrhenia; he aquí cómo refieren este hecho: bajo el reinado de Atyr, hijo de Manes, toda la Lidia fué castigada con un hambre grandísima, que los Lidios soportaron con paciencia algún tiempo; pero viendo que el mal no cesaba buscáronle remedio y cada uno lo imaginó á su modo. En esta ocasión fué cuando inventaron los dados, la taba, la pelota y todas las otras clases de juego, excepto el de las fichas, cuyo descubrimiento no se abrogan. He aquí el uso que hicieron de sus inventos para engañar el hambre que les acosaba, jugaban durante un día entero á fin de olvidarse de la necesidad de comer y al día siguiente comían en lugar de jugar, y así alternaban...."

Si el ajedrez lo hubiera conocido He-

rodoto no es creíble que lo omitiera en este pasaje. Los escritores latinos tampoco hablan nunca del ajedrez, á pesar de que así lo afirman numerosos traductores. Es un error que se ha producido de la siguiente manera: los griegos y los romanos tenían juegos que se jugaban sobre tableros teniendo alguna analogía con el tablero de ajedrez. Los romanos daban á uno de estos el nombre de *ludus latruncularum*, citado muchas veces por los autores clásicos. En la Edad Media la lengua latina vino á ser la lengua literaria de Europa y en el Renacimiento la mayor ambición de un literato era escribir el latín con pureza, descartando en sus escritos todos los términos bárbaros que los siglos anteriores habían introducido en el idioma del Latín. En este período ya el ajedrez estaba muy extendido por todo el mundo antiguo y los escritores al hablar de él buscaron la palabra latina propia para designarle. Encontraron el *ludus latruncularum* y, sin investigar más qué clase de juego fuese, la aplicaron al ajedrez, designándose con este nombre latino el juego oriental en todos los escritos latinos del siglo XV en adelante. Lo contrario se verificaba al traducir las obras clásicas de la antigüedad, en las que *ludus latruncularum* se traducía siempre por ajedrez resultando un doble error porque un estudio posterior y detenido ha dado á conocer que ni el *ludus latruncularum* de los latinos ni el *petteia* ó *pessoi* de los griegos, á que jugaban los amantes de Penélope tenían la menor semejanza con el ajedrez en lo que constituye su esencia y sí sólo en lo que se parecen los juegos más modernos, tablas, damas, etcétera, etc.

Nuestro juego era también desconocido de los antiguos egipcios, puesto que no se encuentra ninguna representación en las innumerables pinturas que adornan sus monumentos, y que

con tan escrupulosa fidelidad retratan sus ocupaciones. Entre ellas hay en el palacio de Rhamsés en Thebas una pintura que representa á este monarca jugando sobre un tablero parecido al del ajedrez, pero que debe ser el de las damas, que aún conserva en Egipto el nombre de Dameh. El tablero se ve de perfil y sobre él se ven diez piezas iguales, teniendo los jugadores sendas piezas en la mano. De estas piezas se han encontrado muchas en Thebas, y según Wilkinson, todas son semejantes á las representadas en la citada pintura. Son de madera de la forma de bolos pequeños y están pintadas de negro, blanco ó rojo y todas tienen igual forma y tamaño. En unos cimientos en la casa núm. 2 de la calle de Ángel Saavedra, en Córdoba, se encontró en el año de 1896 una pieza de cobre exactamente igual á las dibujadas en el tablero de Rhamsés y que conservamos en nuestra colección por donativo del Excmo. Sr. Marqués de la Fuentisanta del Valle. ¿Será esto indicio de que el juego egipcio se conocía y jugaba en España hacia fines del siglo IV ó principios del V á que pertenecen los restos de edificación que se encontraron al mismo tiempo? En la Argelia los árabes juegan aun á las damas con bolos pequeños, muy parecidos á los de la pintura egipcia.

Los chinos conocen un juego que tiene semejanzas con el ajedrez, pero que al propio tiempo presenta tales diferencias que es difícil mirarlo como simple modificación del juego indio. Su tablero se compone de sesenta y cuatro casillas y está dividido en dos partes de treinta y dos casillas, separadas por una faja ó banda que figura un río, al que los chinos llaman Ho. Las piezas son fichas sin escultura y sobre su superficie superior hay escrito un nombre en cada una. En vez de colocarlas en las casillas se ponen para jugar en los puntos de intersección de

las líneas divisorias, de lo que resulta que su número es nueve; un general en jefe, bajo el nombre de *Tsiang*, para los rojos y de *Tsony* para los negros; dos consejeros, *Šsé*; dos ministros del lado de los rojos, que corresponden á dos elefantes, *Siang*, del lado de los negros; dos caballos *Ma* y dos carros de guerra *Tché*. Delante de estas piezas se colocan otras dos llamados *Pao*, que correspondían antes á las armas blancas y tenían la forma de ballestas, y después se han referido á las armas de fuego y representan cañones. Delante de éstas, en las intersecciones de las líneas de las casillas segunda y tercera, se ven cinco peones que se llama *Ping* cuando son negros y *Tso* cuando rojos, formando un total de dieciséis piezas del lado de cada jugador. Líneas diagonales reúnen las esquinas de las cuatro casillas centrales, constituyendo el palacio *Kong*, del que el general y sus dos consejeros no pueden salir. Los movimientos de estas piezas, como las piezas mismas, no tienen con el ajedrez más que analogías confusas é imperfectas. No nos extenderemos en dar las reglas del juego chino, aún mal conocido, y que interesará muy poco á nuestros lectores. También nos guardaremos de referir las fábulas chinas sobre su invención, leyendas que no ceden en número ni en extravagancia á las de los árabes y persas; pero sí haremos constar que, según los escritores chinos, este juego fué inventado ó se introdujo en el Celeste Imperio bajo el reinado de Vouti, el año 537 de nuestra era, esto es, en los primeros años del reinado del rey persa Noshirván, época que corresponde á la de la introducción del juego de ajedrez en Persia, según el testimonio unánime de los escritores de aquel pueblo.

Pasemos en silencio las pretensiones de los seythas, babilonios, judíos, galos é irlandeses sobre la invención del

ajedrez, puesto que carecen de todo fundamento; terminando aquí la historia legendaria de este juego para entrar á exponer con examen crítico y profundo lo que sabemos sobre su verdadera historia.

Las investigaciones del Dr. Duncán Forbes han puesto fuera de duda que el ajedrez nació en el hermoso país de la India, cuna de la más antigua civilización y manantial de algunos de nuestros más preciosos conocimientos. De tiempo inmemorial, esta nación estaba dividida en castas, de las que la más alta era la de los brahmanes. Dedicados al estudio de las ciencias, ministros de la religión, guardianes celosos de todas las tradiciones, se comunicaban entre sí y redactaban sus escrito en una lengua sagrada, cuyo conocimiento estaba prohibido en absoluto á los profanos. En vano los caprichos de la guerra les habían dado á los musulmanes por amos; sus conquistas no sirvieron para arrancarles á los brahmanes sus secretos y ni pudieron conseguirlo los príncipes más poderosos de aquellas dinastías. Ahbar, tuvo que recurrir á un artificio para obtener de ellos un conocimiento imperfecto. Sólo en nuestros días la inquieta curiosidad de los europeos ha levantado el velo y se ha podido llegar á conocer la lengua sanscrita, de la que hasta el nombre mismo constituía un misterio. Una literatura de inmensa extensión se ha revelado así al mundo. Primero los *Vedas*, libro sagrado por excelencia, encierra los preceptos de la fé brahmánica; en seguida los *Puranas*, comentando á los *Vedas*, pero conteniendo también parte de historia; y en tercer lugar, los dos inmensos poemas históricos, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, este verdaderamente gigantesco, compuesto de más de 200.000 estrofas.

Los acontecimientos relatados en los *Puranas* y en estos últimos poemas, se

refieren á los cinco hijos de Pandú, que se supone haber vivido un poco más de tres mil años antes de la Era cristiana. El más pequeño y el más célebre de estos jóvenes fué Yudhichthira y se ve por los *Puranas* que el ajedrez, en su forma antigua, era conocido y generalmente practicado en su tiempo. Estos escritos tienen una autenticidad comparable á los poemas de Homero y de Hesiodo. El fondo de los acontecimientos que relatan debe ser cierto, aunque mezclado, como en los poemas griegos, de las extravagancias mitológicas del país. Los lectores curiosos que quieran profundizar más este punto pueden recurrir á la obra del doctor Forbes, donde encontrarán una traducción del pasaje de *Bhavishya Purana*, que se refiere al ajedrez, con un extenso comentario.

La historia del ajedrez se puede dividir en tres períodos. El primero corresponde al antiguo juego indio, llamado *chaturanga*, en el cual los movimientos y la importancia de las piezas es idéntico á los que prevalecieron en Asia y Europa hasta fines del siglo V. La palabra *chaturanga* se compone de dos sanscritas, *chatur*, cuatro, y *anga*, miembro. Se aplica á un ejército compuesto de cuatro especies de fuerzas, infantería, caballería, elefantes y naves. El origen de esta forma del juego se pierde en la noche de la antigüedad. El tablero tenía, como hoy, sesenta y cuatro casillas. Los jugadores eran cuatro, disponiendo cada uno de cuatro peones (*padata*), un Rey (*raja*), un elefante (*hasti*), un caballo (*aswa*), y una pieza análoga al alfil, bajo el nombre de navío (*roka*). Las piezas se colocaban en el tablero en los lados, á partir de la casilla del rincón, donde se ponía el navío, á su lado el caballo, en la tercera el elefante y en la cuarta el rey, y los cuatro peones en las casillas correspondientes de la línea segunda. Las piezas eran

amarillas, verdes, rojas y negras. Los cuatro jugadores las manejaban aliados de dos en dos, las verdes con las negras y las rojas con las amarillas y estaban contrapuestos. Esto es, el amarillo se colocaba enfrente del rojo, aunque en los ángulos opuestos y el verde frente al negro. Las jugadas se determinaban por medio de un dado oblongo, parecido al que aún usan los indios en varios de sus juegos y en las seis caras sólo había cuatro marcadas con los números 2, 3, 4 y 5 contrapuestos; el dos estaba opuesto al cinco y el tres al cuatro. El jugador que sacaba el cinco tenía obligación de jugar el rey ó un peón; si salía el cuatro debía jugar el elefante; el tres exigía el movimiento del caballo y el dos el del alfil. Esto le daba al juego un aspecto mixto de suerte y de sabor parecido al tric trac. El rey jugaba un paso en todas direcciones, el peón avanzaba un paso, pero amenazaba los dos adversarios que se encontraban diagonalmente delante. El elefante podía moverse siguiendo los cuatro puntos cardinales, mientras hallaba camino libre, como hoy la torre; el caballo tenía el mismo movimiento que hoy el navío, andaba diagonalmente como el actual alfil, pero sólo dos casillas. En ciertos casos uno de los reyes aliados podía destronar al otro y reunirse en manos de un sólo jugador el gobierno de los dos ejércitos. En esta forma ha durado el juego desde su invención tres ó cuatro mil años hasta los principios del siglo VI de la era cristiana.

El segundo período de la historia del ajedrez, comprende desde el siglo VI al XVI. Al empezar esta época se mejoró el juego considerablemente: el dado fué suprimido, desapareciendo de este modo todo elemento de fortuna. Es probable que las ideas religiosas contribuyeran á operar el cambio, porque los juegos de suerte estaban prohibidos por las vedas y la supre-

sión de los dados permitía á los brahmanes más escrupulosos dedicarse al juego del ajedrez. El tablero y el poder de las piezas continuaron lo mismo, pero los dos aliados se reunieron cada uno á un lado del tablero. Uno de los reyes vino á ser un personaje subalterno, un consejero ó un visir. El elefante y el navío cambiaron de lugar, el primero se colocó en el rincón y el barco en la posición que ocupa aún bajo el nombre de alfil al lado del rey y del visir. Pero, cosa rara, al cambiar de sitio, cambiaron también de nombre y de importancia. La pieza del ángulo conserva, con la marcha del elefante, que se traslada de un extremo á otro del tablero en línea perpendicular ú horizontal, el nombre sanscrito de *roka*, mientras que la antigua *roka* ó navío, con su poder limitado, en virtud del cual no podía trasladarse más que á la tercera casilla diagonal, toma el nombre de elefante, que es lo que en persa significa *fil*. El descubrimiento de este cambio de lugar y de nombre da la clave de la etimología del nombre de dos piezas, el alfil y la torre. Antes de este conocimiento, el origen de estos dos nombres presentaba dificultades insolubles. El alfil tomó el nombre del persa *fil*, elefante, de donde viene alfil, *ausin*, *fol* y *fou* y la torre se llama *ruk*, que en persa se aplica á un guerrero, y de donde vienen los términos modernos de *roc* y enrocar. Los españoles llamamos antiguamente roque á esta pieza y de ahí el refrán: "Ni Rey ni roque,"; que quiere decir que no es cierto el jaque dado ó anunciado á ambas piezas. El caballo y los peones conservaron sus nombres y su marcha; el primero es la única pieza que no ha sufrido modificación en ningún sentido, desde que en tiempo inmemorial apareció por primera vez sobre el tablero. En cuanto á la nueva pieza ó sea al visir, no podía avanzar más que una casilla diagonal-

mente, sin que, hasta el siglo XVI, adquiriese, con el nombre de dama, la inmensa pujanza que posee en nuestros días.

Bajo esta segunda forma que acabamos de exponer, fué como el *chaturanga* se transmitió á la Persia. Por una corrupción natural del nombre sanscrito *chaturanga*; los persas le llamaron *chatrang*. Los árabes, que se apoderaron casi en seguida de aquel país, no teniendo en su alfabeto ni la letra inicial ni la final de esta palabra, la alteraron más é hicieron *shatranj*, palabra que se introdujo pronto en el persa moderno y en los otros dialectos de la India, donde su derivación solo es conocida de los eruditos.

La época precisa de la institución de la forma nueva llamada *chatrang*, á la antigua llamada *chaturanga*, es imposible precisarla. Pero sabemos que este último juego era conocido y se practicaba en la corte del célebre Nushirván, llamado por los escritores bizantinos Cosroes el Grande, cuyo reinado comprende cerca de medio siglo, desde el año 531 hasta 579. El juego estaba muy generalizado en Persia cuando los árabes la conquistaron, menos de un siglo más tarde, y los árabes lo aprendieron allí, según el testimonio de los autores más autorizados.

La tercera época de la historia del ajedrez se extiende desde los principios del siglo XVI hasta nuestros días. Las mejoras introducidas después de esta época son: el aumento de la pujanza del alfil, que alcanza á todas las casillas diagonales, en vez de la tercera casilla á que estaba limitada; la reunión en la figura de la reina de los movimientos del alfil y la torre; la facultad dada al peón de avanzar dos casillas en su primer paso y la facultad de enrocar, otorgada al monarca.

Resumamos aquí lo que cada pieza ofrece de más notable en su nombre y en su historia.

El rey.—La persona del rey, inviolable en el juego persa como en el nuestro, no lo era en su origen. En el *chaturanga*, podía ser depuesto por su aliado. Cuando los árabes recibieron el juego de los persas, adoptaron el nombre persa *shah*, del que se sirven aún, no sólo para designar al rey, sino también para el jaque, de la manera que en España para anunciarlo se dice *al rey*. El Dr. Forbes deriva la palabra *mat*, mate, de la persa *mand*, que quiere decir extinguido, agotado, y que los árabes cambiaron en *mat* muerto. Cuando el ajedrez se introdujo en Europa, cada nación tradujo la palabra *shah*, aplicada á la pieza principal del juego, por la palabra que en su lengua significaba el soberano, y de aquí *rey*, *roi*, *ré*, *koenig*, *king*, *sar*, etc., que hoy usan. La palabra *shah* se conservó para designar la amenaza al rey, y de aquí vienen por las modificaciones de adaptación las voces *jaque*, *echec*, *schach*, *check*, *scacco*, etc. Se adoptó también sin traducirlo el término persa árabe de *shah mat*, que subsiste en todas las lenguas de Europa para designar la jugada final en esta forma: *jaque mate*, *echec et mat*, *scacco matto*, *check mate*, etc.

Los movimientos del rey han tenido escasa modificación. En la Edad Media se le permitía en determinadas circunstancias una jugada que se llamaba el salto del rey, y consistía en pasar á la tercera casilla en todas direcciones, pasando por encima de una casilla intermedia, aunque estuviese ocupada por otra pieza. Más tarde este movimiento fué reemplazado por el que llamamos enroque, que aún se usa, aunque con algunas variantes, de las que más adelante hablaremos.

La reina.—Es la pieza, más importantes después del rey, la más activa y la más formidable en esta guerra. Tiene desde luego la singularidad de que su oficio no es el más propio de

una mujer y sin la explicación que dimos antes y repetiremos después, no se comprendería claramente cómo se le han atribuido tales cualidades en un juego que proviene de un país en que la mujer estaba completamente excluida de todo cargo público. Otra rareza bien notable es la regla aún en vigor por la que el peón, ó simple soldado, que llega á la octava casilla se convierte en reina. Tales anomalías desaparecen cuando se vuelve la vista al juego primitivo: la pieza en que nos ocupamos se llamaba entre los persas *farz* ó *firs*, en sanscrito *mantri*, que significan, en una y otra lengua, consejero, ministro ó general; nada más natural ahora que su pujanza en la guerra y la regla por la cual el simple soldado, que por su valor llega á penetrar hasta el fondo de las trincheras enemigas, sea elevado al rango de gran visir ó de general. El nombre de *firs* fué adoptado por los árabes y continuado por los europeos.

A fines del siglo XV fué cuando en Europa se dió á esta pieza los nombres de virgo, virgen, dama y reina. Los españoles la llamamos dama, y aun en el tratado de Rui López de Sigura, dedicado á Felipe II, se le llama así. Después la llamamos reina, como en la actualidad. Antes de esto, desde el siglo IX, se le llamaba reina, pero alternando este nombre con el de *firs* en los autores franceses é ingleses de los siglos XIV y XV. Respecto á este cambio de nombre dice Freret: "El gusto dominante de los siglos XII y XIII tendía á moralizar toda suerte de cosas, y llevó su atención al juego de ajedrez, considerándole como una imagen de la vida humana. En los escritos de aquel tiempo se comparan las diferentes condiciones de las gentes con las piezas del juego, y se considera su marcha y los nombres de sus figuras á la manera de aquellos tiempos; pero bien pronto comprendieron que el ta-

blero sería una imagen imperfecta de la vida humana mientras en él no se encontrase una mujer; este sexo juega un papel demasiado importante para que no se le diese un lugar en el juego, así se cambió al ministro de Estado, el visir ó *firs* en dama, en reina, y poco á poco, por una insensible serie de galanterías naturales en las naciones occidentales, la dama ó reina vino á ser la más considerable de todas las figuras del juego."

Sea como sea, esta explicación que nos parece más sutil que sólida, es lo cierto que esta pieza, al cambiar de nombre, adquirió un gran caudal de poder: pues que entre los persas el *firs* no dominaba más que cuatro casillas diagonales contiguas á la suya y no podía trasladarse sino á ellas.

La reina no es la sola pieza en que la marcha se ha agrandado; hacia la misma época se aumentó la actividad del alfil y de los peones. Lento y metódico el ajedrez mientras no salió del Asia, no tardó, al salir, de aumentar su influencia y reflejar la actividad de los pueblos de Occidente, adonde se había transportado. Recibió la impetuosidad de los hijos de Japhet. *Audax Japeti genus*.

La torre.—El nombre y la forma de esta pieza han sufrido numerosas variaciones; pero su marcha no parece haberse alterado. Su nombre primitivo era *roka*, que quiere decir navío, embarcación. Los persas, modificando el nombre sanscrito, hicieron *ruk*, que en su lengua significa un campeón. Se le ha representado llevado sobre un carro de guerra, como se representaba á los reyes que partían para la guerra, en las esculturas asirias. Cuando el juego fué transmitido de los persas á los árabes, el nombre *ruk* fué aceptado por éstos, pero en su lengua, *ruk* ó *roc* se aplica á un pájaro gigantesco ó á un animal fabuloso de dos cabezas. Así es como el Dr. Forbes explica la

forma heráldica de *roc* y el término *bifrons rochus*, bajo el cual se designaba esta pieza en la Edad Media. Según este autor, la palabra *roc*, fué adoptada también por los italianos y como *rocco* significa en esta lengua una fortaleza, se encuentra en esto la explicación de la representación de esta pieza bajo la forma de una torre. Los españoles, de *roc* hicieron roque como dijimos antes. De aquí el error que supone que la torre representaba lo que llevaban en el lomo los elefantes, pues la pieza llamada elefante (alfil) por los árabes, es el actual alfil, que no debe confundirse nunca con la torre.

En un juego que el Conde Adolfo de Caramán, compró á los beduínos de Balbeck, y regaló en 1837 al Conde de Basterot, se encuentran las torres con forma cornuda. Era sumamente grosero, con las piezas de madera, que parecían fichas pequeñas.

Es curioso observar que los rusos le conservan á esta pieza el nombre de navío—*lódia*,—lo que permite suponer que recibieron el ajedrez directamente de la India.

El ajedrez fué tenido en tal estima en tiempos antiguos, que se encuentran sus piezas como blasones en las armas de muchas familias nobles. En Francia hay veintitrés casas nobles que llevan torres de ajedrez y tableros en sus emblemas, y en Inglaterra hay veintiséis. En España son también muy numerosas, y entre las andaluzas se distinguen la de los Sotomayores, cuyo blasón se muestra ajedrezado en muchas fachadas artísticas de las casas de Córdoba, y entre ellas la magnífica de la casa núm. 2, calle de Angel Saavedra, propiedad de los herederos del Excmo. Sr. D. Feliciano Ramírez de Arellano, Marqués de la Fuensanta del Valle.

El alfil.—Hemos visto que en el *chaturanga* la pieza que corresponde

á nuestro alfil ocupaba el ángulo del tablero, bajo el nombre de *roka*, navío; pero cuando por una primera modificación del juego primitivo los cuatro jugadores se redujeron á dos, esta pieza cambió de sitio y tomó á la vez el lugar y nombre de elefante, *hasti*, mientras que el antiguo elefante, bajo el nombre de *roka*, ocupó el ángulo: sin embargo, cada una de estas piezas conservó en su nuevo sitio, y bajo su nuevo nombre, su antigua marcha. Muy pronto los persas tradujeron el nombre sanscrito *kasti* por el de *fil*, y anteponiéndole el artículo *al*, se formó el nombre que aún conserva en España. En Italia fué modificado en *alfiere*, y el mismo origen tienen el latino *alfilus*, el inglés *aufin* y el francés *alfyn*. Las modificaciones del lenguaje hicieron en este último idioma del primitivo *fil*, *fol*, y de éste el actual *fou*. En varias naciones del Norte esta pieza ha tomado, tras largas modificaciones, el nombre de *bishop* y *biscup*, que quiere decir obispo. Es difícil explicar el origen de este cambio; pero es lo cierto que así se encuentra designado por los escritores de los siglos XI y XII. Con todos los atributos de esta dignidad está representado en un juego escandinavo del Museo Británico, que se cree pertenece al siglo XI, y del que hablaremos más adelante. Algunas veces se le llama también ballestero; esto es, el soldado que peleaba con flechas.

La marcha del alfil ha variado, como el de las otras piezas, y adquirido mayor predominio, puesto que primitivamente su acción se extendía sólo á la tercera casilla diagonal, á partir de la en que se encontraba, si bien se le permitía saltar por encima de una pieza intermedia, como lo hace el caballo. Después se ha extendido su acción á todo lo largo de la diagonal en que se encuentra; pero se le ha privado de la facultad de saltar.

El caballo.—De todas las piezas del ajedrez, el caballo es la única cuyo movimiento no ha tenido variación nunca. Su nombre primitivo era caballo, en sanscrito *asva*, en persa *asp*, en árabe *faras*; conservándolo en español caballo, en italiano *cavallo* y en ruso *kogn*. En los demás países se llama caballero, *cavalier* en Francia.

Los peones.—El nombre sanscrito del peón era *padata* ó *vatica*, que así como el nombre persa *piada* significa simplemente un soldado de infantería, un infante ó peón. Los árabes cambiaron esta palabra en *baidak*, término que en su lengua se aplica exclusivamente al peón de ajedrez.

Los romanceros antiguos franceses le designan con los nombres de *paon*, *paonnet*, *paonne*, *ponniers*, *paons*, *paonnes*, *pionnes* y *garçons*, los cuales, así como el peón español, el *pedone* italiano, el *pawn* inglés y el *pion* francés actual, se derivan de la palabra *pedone*, que en latín bárbaro significa soldado de infantería.

Los movimientos del peón no parecen haber sufrido cambio, y en todos tiempos han obtenido el cargo de visires al llegar á la octava casilla del tablero, resultando una cosa bien rara y anormal que en los tiempos modernos se cambie en reina á consecuencia de haber mudado de sexo y estado el general de los tiempos antiguos.

El tablero.—El tablero actual está dividido en sesenta y cuatro casillas. En Oriente son todas del mismo color. En diferentes tiempos se han hecho tentativas para aumentar el número de casillas y ajustar las piezas al juego primitivo: la más notable de estas variaciones es la que se conoce con el nombre de *juego de Timur*, no porque este célebre conquistador fuera el inventor, sino porque parece que comúnmente jugaba al ajedrez así modificado. El tablero se componía de ciento diez casillas y tenía, además de las

piezas conocidas, dos camellos, dos girafas, dos correos y otras varias figuras que no estaban en el juego indio.

Todas las tentativas de modificación, y entre ellas las hechas por Carrera, Piacenza y Marinelli, han sido infructuosas y han caído en olvido. Todo jugador de ajedrez debe y puede convencerse de que el juego, tal como hoy se conoce, ofrece una variedad de combinaciones incalculables, y que es tiempo perdido el que se emplea en tratar de destruir la admirable armonía que existe en los movimientos combinados de sus piezas. Tal es el cúmulo de combinaciones que pueden hacerse, que á fin de juego, no quedando sobre el tablero más que los dos reyes, y uno de ellos acompañado de un peón, las tres piezas pueden ocupar sobre el tablero 195.636 posiciones distintas.

II

Hemos visto en el artículo precedente que se puede afirmar, en vista de documentos auténticos, que el ajedrez, en su forma esencial, fué conocido en la India en el tiempo de los hijos de Pandú; esto es, en una época que antecede tres mil años al nacimiento de Jesucristo. La época precisa en que el juego primitivo recibió su primera modificación, es desconocida; pero sabemos que, bajo su nueva forma y el nombre de *chatrang* era conocido y jugado en la corte del Rey persa Khosru-Nushirván, el Cosroes de los historiadores bizantinos y el contemporáneo de Justiniano (531-579). Los historiadores persas y árabes hacen del ajedrez tan frecuente mención, que no es difícil seguir su marcha á través de los siglos VII, VIII y IX, desde Cosroes I hasta Motasin-Bil-Lah, tercer hijo de Harum al-Raschid (833-842).

Desde el siglo VII había penetrado

en las ciudades santas de la Meca y Medina. El profeta Mahoma hace alusión á él en el capítulo V del Corán escrito en Medina en 622. He aquí sus palabras: "En verdad, oh creyentes, que el vino, los juegos de fortuna, las imágenes y las varillas adivinatorias son abominables obras del demonio...." Siguiendo á los comentaristas musulmanes con la palabra *imágenes* hacía el profeta alusión al juego de ajedrez, no á causa del juego mismo, que no era de riesgo, sino á las piezas esculpidas con hombres, caballos y elefantes de que se servían para jugar y que, en su opinión, contribuían á la idolatría. Después de esta sentencia del profeta, los musulmanes más ortodoxos jugaban al ajedrez con piezas en que no había esculpida figura alguna animal ó de hombre.

Por muy respetable que nos parezca la opinión del Conde de Basterot, el pasaje copiado no va contra el ajedrez, sino contra toda representación de seres animados ó, lo que es lo mismo, contra los infinitos ídolos que adoraban las tribus de beduínos. Sea así ó no, lo cierto es que el califa Harum-al-Raschid era apasionado del ajedrez. Aún existe un problema compuesto por su hijo tercero, que es el más antiguo de los problemas conocidos, y que por su antigüedad y rareza pondremos aquí:

Blancas.—R. casilla D.—D. 5D.—T. 7AD y 7TD.—A—casilla AD y 5AR—C—6CD y 4D.—P. 2R y 2CD.

Negras.—R. casilla CD.—D. 8CD.—T. 3CR y 5TR.—C. 2CD y 4AD.—A. 3TD y 4AD.—P. 4TD. 5TD. 3D y 4R.

Solución teniendo en cuenta la marcha que tenía entonces cada pieza, según lo dicho en el artículo antecedente. Las blancas juegan y matan en nueve jugadas.

BLANCAS

- 1 TD toma C jaque.
- 2 T 8 A jaque.
- 3 5 CD jaque.
- 4 T 6 AD jaque.
- 5 AR 7 D jaque.
- 6 T 6 CD jaque.
- 7 T 5 CD jaque.
- 8 P 3 R jaque.
- 9 A 5 AR jaque-mate.

NEGRAS

- 1 C toma T.
- 2 R 2 T.
- 3 R toma C.
- 4 R toma C.
- 5 R 5 CD.
- 6 R 4 AD.
- 7 R 5 D.
- 8 R 6 D.

Varias anécdotas atestiguan á que punto llegaba entonces la pasión por el ajedrez. Se asegura que el más pequeño de los hijos del Califa, sitiado en Bagdad, y jugando al ajedrez con su liberto Kuthar, recibió el aviso de que los enemigos habían comenzado el ataque y asaltaban la ciudad con tal vigor que estaba la plaza en inminente peligro de ser tomada. Al oirlo, contestó: "Dejadme en paz que le dé mate á Kuthar."

Un juego tan usado en la corte de los califas de Bagdad, se debió transportar en seguida á la de los califas de Córdoba, explicándose de este modo por qué los españoles descollaron tan pronto en la ciencia del ajedrez, siendo, sin duda, los verdaderos introductores de él en Europa, pues la creencia general de que lo trajeron los cruzados está destituida de fundamento, como en seguida tendremos ocasión de observar.

Un documento perfectamente auténtico prueba que en 1061, esto es, treinta y cinco años antes de la primera Cruzada, el ajedrez no sólo era conocido, sino que estaba muy generalizado en Italia. Es una carta al Papa Alejandro II, escrita por el obispo de Ostia, San Pedro Damián, y en la que, entre los muchos vicios que podían deshonestar al clero, enumeraba la caza con halcones y la pasión al ajedrez y los dados. En ella refiere que viajando con el obispo de Florencia, Gerard, muerto en 1061, llegó una tarde á su posada y cuando bajaron á la sala común con la concurrencia de los viajeros el obispo de Florencia se puso á jugar

al ajedrez. Enterado el cardenal San Pedro Damián al día siguiente, le dijo: —¿Es justo que esas manos que ofrecen el cuerpo del Señor, y esa lengua que debe ser la medianera entre el hombre y Dios, se manchen con un juego sacrilego?—De lo que se defendió el obispo diciendo que los dados estaban prohibidos, pero que los cánones no hablaban nada del ajedrez. El cardenal, en su carácter fogoso y en su celo, no se dio por convencido, sino que calificó el juego de deshonesto, absurdo y sucio, sin admitir distintamente ajedrez y dados, y condenó al de Florencia á una multa y á labar los pies de doce pobres.

Este pasaje prueba que el ajedrez no sólo era conocido en Europa en el siglo XI, sino que estaba tan vulgarizado que se jugaba ordinariamente en las posadas, cosa que hoy es sumamente rara. Con esto no debemos asombrarnos cuando leemos en la biografía de Alejo Comneno, que reinaba hacia la misma época, que este emperador tenía costumbre de entregarse á este juego con sus amigos y parientes. Su hija Ana Comneno, que nos ha transmitido este pormenor, asegura que tal entretenimiento procedía de los asirios; pero no dice nada sobre cómo sucedió esto, y sí que era un juego nuevo en Constantinopla.

En esta ciudad era conocido unos trescientos años antes, á pesar de tal parecer, puesto que hay un documento auténtico que lo demuestra. Es una carta dirigida en 802 por el emperador Nicéforo Logothete al Califa Harúm-al-Raschid, en la que se dice lo siguiente:

“...La Emperatriz mi antecesora, te consideró como un *roc*, y ella se miraba como á un peón; por eso se sometió á pagarte un tributo, cuando debía habértele exigido doblado. Esto fué consecuencia de la debilidad de su sexo. Sin embargo, te exijo que en

cuanto recibas esta carta me restituyas todo el dinero que te había entregado. Si te resistes, la espada arreglará nuestras cuentas...”

Harúm, furioso, escribió al reverso de la carta lo siguiente:

“En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Harúm, Príncipe de los creyentes, al perro romano Nicéforo. He leído tu carta, hijo de madre adúltera. No recibirás respuesta mía, sino que la verás.”

Harúm no amenazaba en vano. Avanzó hasta Heraclea, devastando todo el territorio de su adversario, que se vió obligado muy pronto á pedir la paz y pagar el tributo como lo pagaba antes.

La autenticidad de estas cartas, que se encuentran en los *Anales musulmanes* de Abul Feda, escritor del siglo XIV, ha sido discutida, pero la admiten como verídica los escritores sir Federico Madden y el Dr. Forbes, que tienen justa fama de concienzudos. Prueba esto que el conocimiento del ajedrez estaba tan extendido en el siglo IX que en una correspondencia oficial se usaba el nombre de sus piezas como términos vulgares para determinar la importancia de los personajes.

Anterior á este tiempo no hay más que conjeturas para fijar la época en que el ajedrez se introdujo en la corte bizantina. Sin embargo, estas conjeturas tienen tal fondo de verosimilitud que son muy difíciles de contradecir.

Parece, en primer lugar, que los griegos del Bajo Imperio recibieron el juego directamente de los persas, sin pasar por manos de los árabes. Sabemos que estos griegos daban al ajedrez el nombre de *satrikión*, nombre bárbaro con terminación griega, cuya raíz es la palabra persa *chatrang*, los griegos no tenían ni una letra ni una combinación de ellas para escribir la *ch* de los persas, y emplearon la que tenía

un sonido más aproximado, ó sea la zeta ó *theta*, y relegando al final el *num* penúltimo de *chatrang*, el nombre persa se encuentra transformado en *satrikión*. Estas consideraciones filológicas que tienden á presumir que el ajedrez fué transmitido directamente á los griegos del Bajo Imperio por los persas, antes de la invasión de este país por los árabes, se encuentran apoyadas por presunciones históricas que parecen dotadas de gran veracidad.

Las relaciones entre los emperadores de Constantinopla y los soberanos de Persia eran frecuentes é íntimas. Desde el siglo VI un griego llamado Sergio tenía el cargo de primer intérprete en la corte de Nushirván. Á instancias de su amigo el historiador Agathías solicitó permiso para traducir al griego los anales históricos conservados en los archivos reales. Se le otorgó el permiso, y la historia de Persia fué vertida al griego y enviada por él á Bizancio. Los historiadores árabes nos dicen que el ajedrez era conocido y tenido en gran estima en la corte del rey Nushirván, y por lo tanto, es muy verosímil que lo aprendiese Sergio y lo trasladase á Constantinopla en el siglo VI.

Algunos años más adelante, Khosrú ó Cosroes II, nieto de Nushirván, sucedió á éste en el trono (591). Su padre, Hormus, fué asesinado por uno de sus generales, que quiso apoderarse del trono, y el joven Cosroes se refugió en la corte del emperador Mauricio, quien le socorrió, haciéndole recobrar su reino. Durante este abrigo en la corte de Bizancio se casó con Maiám, una de las hijas del emperador, y entre ambos países reinaron las más cordiales relaciones hasta la muerte de Mauricio. En testimonio de reconocimiento, como deferencia á su mujer y á su suegro, Cosroes sostuvo durante muchos años á su servicio una guardia de mil jóvenes bizantinos, y su

corte era visitada frecuentemente por todos los hombres distinguidos del Bajo Imperio.

Á los principios del siglo VII la armonía que reinaba entre ambos países se turbó de improviso por el asesinato de Mauricio. Cosroes, bajo el pretexto de vengar la muerte de su suegro, declaró la guerra al usurpador Forcas, que después de matar á Mauricio y sus seis hijos, gobernaba el imperio despóticamente. Durante los veinte años siguientes Cosroes se hizo dueño de la Mesopotamia, de una parte del Asia Menor, de la Armenia, la Siria, el Egipto y el norte de África, y durante más de diez años un ejército persa se mantuvo á la vista de Constantinopla. Un inesperado revés de fortuna hizo que durante los seis últimos años de su reinado (622-628) Cosroes fuese despojado de todas sus conquistas por el emperador Heraclio.

Sabemos por los historiadores árabes que durante todo este tiempo el ajedrez fué la distracción favorita de Cosroes y de sus cortesanos. Uno de estos autores, hablando de las magnificencias de aquella corte, refiere que había un ajedrez en que la mitad de las piezas era de rubíes y la otra mitad de esmeraldas. Otro historiador dice que la mitad de estas piezas valía 3.000 dinares de oro (cerca de treinta y cinco mil pesetas). Es casi imposible que un juego tan atrayente como el ajedrez, no lo aprendiese algún griego de los que frecuentaban la corte del rey persa y lo transmitiese en seguida á Constantinopla. Así se encuentra justificada la afirmación de Ana Comneno, en el pasaje antes citado, en que dice que el ajedrez había sido importado á Constantinopla por los asirios. La Asiria formaba parte entonces del reino de Persia.

Como consecuencia de todo lo antes dicho, nos creemos en el derecho de dar por conclusión, que el ajedrez en-

tró en el Bajo Imperio acaso en el siglo VI, y si no, seguramente, en el VII de nuestra Era.

Veamos ahora cómo se propagó el juego á los demás países de Europa. La mención más antigua que de él se encuentra en Francia, se remonta al reinado de Pepino, padre de Carlo-Magno. En la relación de la traslación de las reliquias de San Austremon, patrón de Auvernia, desde Volvic á la abadía de Moissac, se lee, que este acto tuvo lugar en el año XIV (léase XII) del reinado de Pepino, esto es, en 764; que este Monarca asistió á la ceremonia, y que donó al monasterio una considerable cantidad de piedras preciosas, mucho oro y un ajedrez de cristal. El Dr. Forbes supone que en Francia, en tal tiempo, las artes estaban poco desarrolladas, y es difícil que se encontraran obreros bastante hábiles para trabajar el cristal, y que el juego provendría de Oriente y sería un regalo que habría recibido Pepino. Esta opinión es tanto más verosímil considerando la frecuencia de relaciones que en esta época existía entre Constantinopla y los otros países orientales con Francia. Sabemos que en 757, siete años antes de la traslación de que acabamos de hablar, Constantino Coprónimo, emperador de Oriente, envió como presente á Pepino el primer órgano que se vió en Francia. Aún más; en la crónica de Fredegario, se lee que en 768, la embajada que Pepino envió á El Manzur, rey de los sarracenos, trajo á su vuelta muchos presentes. Bajo el reinado de Carlo-Magno, las embajadas y los envíos recíprocos de regalos, son citados muy á menudo; tal es la de 798, enviada por la emperatriz Irene; la de 801, dirigida al califa Harúm-al-Raschid y al emir de Fez. El envío á Oriente por Carlo Magno del judío Isaac, que á su vuelta trajo grandes presentes, y por último, en 807 Abd-

allah, embajador del rey de Persia, llegó con muchos regalos, y entre ellos un reloj de bronce dorado, compuesto admirablemente por arte mecánica.

Estando el ajedrez tan en uso en Oriente como hemos visto, no hay cosa más natural que entre los regalos se enviasen juegos y tableros, explicándose así que Carlo-Magno poseyese ajedrez venidos de Oriente, algunas de cuyas piezas han llegado hasta hoy, como veremos después. Los cronistas no mencionan los juegos entre los regalos recibidos por Carlo-Magno y su padre, pero esto no es de extrañar, dada la sequedad y concisión con que están escritas tales crónicas y las frecuentes omisiones que en ellas se notan, aun en asuntos de extraordinaria importancia.

Augusto, duque de Luneburgo, en su gran obra sobre el ajedrez, que publicó bajo el pseudónimo de Gustavo Seleno, refiere una anécdota que había encontrado en una vieja crónica bávara. El autor dice que Otkar, príncipe de Baviera, tenía un hijo en la corte del rey Pepino; un día que el hijo de Pepino jugaba con el príncipe Otkar al ajedrez, se poseyó de furor por haber perdido varias partidas hasta el extremo de que, cogiendo un *roc* (torre), dió con ella en la cabeza del príncipe bávaro con tal fuerza que le mató. El autor cita otras dos viejas crónicas, una de ellas compuesta en 1060, en las que se refiere y confirma este acontecimiento. Forbes y Madden lo consignan y tienen por auténtico. Tanto estos autores como Basterot convienen en que solamente admitiendo como practicado generalmente el ajedrez en el siglo VIII pueden explicarse la frecuente mención que de él se hace en los *Cantos de Gestas*, en numerosos acontecimientos de esta época. Pretender que los infinitos relatos de partidas de ajedrez contenidos en estos *Cantos*, sea un producto de la ima-

ginación de los poetas, es de lo más inverosímil que puede darse. Aunque se sabe que los *Cantos de Gestas*, bajo la forma que se conocen, no datan más que de los siglos XI y XII, no son otra cosa que versiones modernas de cantos y de relatos más antiguos, de aquellas tradiciones á que Carlo-Magno se mostraba tan aficionado y que hizo recopilar y conservar. En aquellos tiempos bárbaros é iliteratos, el ajedrez, retrataba con gran vivacidad los acontecimientos de la guerra, única ocupación que compartía con la caza el tiempo de príncipes y próceres y ocupaba en sus ocios un lugar tan importante como el que puede ocupar en nuestra sociedad civilizada el gusto á las letras y á las artes, los trabajos apacibles de la agricultura, las empresas comerciales ó industriales y aun la política que ofrecen alimentos tan numerosos como variados á la actividad del pensamiento humano.

Así, pues, el ajedrez debía apasionar é inflamar los espíritus en las tristes salas de los sombríos castillos donde los señores entretenían sus descansos en las guerras, por muy incesantes que fuesen, y los intervalos de la caza, que no se puede hacer en todas las estaciones. ¿Qué cosa más natural que las riñas y muertes resultaran del ajedrez, según hormiguan en las *Canções de Gestas*? Charlot, hijo de Carlo-Magno mata á Beaudoin de un tablerazo; es por donde empieza el inmenso poema de Ogier el Danés; Carlo-Magno juega al ajedrez el Reino de Francia con Garín; Thiebault hiere mortalmente á su sobrino con un tablero; Renaud de Montaubán mata con el mismo arma á Berthelot, sobrino del emperador, etc.

Los autores de los *Cantos de Gestas* no presentan siempre el ajedrez como ocasionado á verter sangre, sino que también como productor de dulces y graciosas inspiraciones. Gran aspecto fabuloso presentan los amores de Tris-

tán y de Isolda; un día que jugaban al ajedrez se acalararon de tal modo que tuvieron sed; bebieron para refrescarse un vino preparado con hierbas á propósito para inspirar amor y de esto les vinieron todas sus penas y todas sus faltas. En tal novela hay muy poco histórico. Solamente se sabe qué Tristán, hijo de Tallwih, capitán célebre hacia la mitad del siglo VI, era sobrino de March ó Marchión y uno de los tres familiares de la corte de Artus; residió en el Leonnois, provincia pequeña (después principado de León) á la extremidad de la costa de Bretaña. Este relato ha debido existir en tiempo inmemorial, bajo la forma de canción, en los países de Gales y Cornouailles; se extendió á la Irlanda y la Suecia y se conocen siete versiones en diferentes lenguas de un original perdido, sin duda, para siempre.

Ogier, en su prisión, se distraía jugando el ajedrez con el arzobispo Turpín. La estrofa 9.700 del poema dice así:

*Eschies li livre por soi esbanoier
Si arceresque juoit as chevaliers,
Si l'ensignoit li bons Danois Ogiers
Car mult savait d'escés et des tabliers.*

No los traducimos porque su lectura, á pesar de su antigüedad, es muy fácil.

Sin duda los poetas han embellecido, propagado y disfrazado estos relatos; pero parece imposible que sean todos hijos de su inventiva. Apoyados en las pruebas colaterales que hemos podido allegar, nos parece poder afirmar de una manera incontestable, que el ajedrez era muy conocido en Francia, bajo Pepino y bajo Carlo-Magno; que era el entretenimiento de los personajes de sus cortes; que fué cantado por los trovadores de su tiempo, y que sobre estos cantos, sus sucesores compusieron los que conocemos hoy de Ogier el Danés, Garín y tantos otros.

He aquí el resumen de uno de estos

ingenuos relatos, sacado de un poema escrito, según todas las apariencias, en el primer tercio del siglo XIII, y que se ha conservado entre los manuscritos de la Biblioteca Imperial de París:

“Garín, hijo del duque de Aquitania, abandonó sus Estados, presentándose á Carlo-Magno en demanda de hacer sus primeras armas al lado de sus Pares. Carlomagno le tomó á su servicio, y muy pronto las hazañas, el valor y la hermosa presencia del extranjero le granjearon á éste el aprecio de los hombres y el corazón de las mujeres de la corte de Francia. Entre todas las damas, la emperatriz fué la que más se dejó poseer de estos sentimientos, y olvidando sus deberes, se atrevió á presentarse á Garín y darle á conocer su pasión.

Nuevo José, Garín se defendió y huyó, dejando su manto en manos de la soberana. Carlo-Magno llegó de improviso, observando el desorden de la amorosa lucha, y preguntando la causa, oyó sorprendido, de labios de su mujer, lo que había pasado, pues la emperatriz se lo refirió con la mayor ingenuidad y desvergüenza (1). La emperatriz añadió:—¡Siempre Garín, siempre su recuerdo me persigue! Sin embargo, guardaos de acusarle; es el más fiel y leal de vuestros varones: le he descubierto mis pensamientos más íntimos y me ha reprendido. ¿Qué tardáis? Privadme de la luz del día, hacedme quemar viva ó arrojar al mar; lo he merecido mil veces.—Diciendo esto, se arrojó á los pies de Carlomagno, quien frunciendo el ceño se retiró sin hablar. Tres días después, como Garín no hubiera parecido por la corte, los cortesanos le advirtieron de la cólera del emperador y del peligro que corría. Al cuarto día, Carlo Magno le

mandó expresamente que se presentara, y Garín fué á palacio, teniendo la precaución de hacerse acompañar de sus amigos y parientes, y llevando las armas ocultas bajo los trajes. —Garín—dijo el emperador,—¿de dónde venís que habéis tardado tanto?—Señor—respondió Garín,—hemos permanecido en nuestras posadas jugando al ajedrez y á las tablas. —¿Al ajedrez?—respondió Carlo-Magno.—Juguemos, pues, pero con estas condiciones: juro sobre las reliquias de los santos, que si tú me das mate, te abandonaré cuanto poseo, mis tesoros, mi mujer y mi reino de Francia: todo, á excepción de mis armas; pero si yo gano, bajo mi fe, que te haré cortar la cabeza en seguida.

El poeta describe después la partida de Garín y el emperador con todas sus vicisitudes, las ventajas, tanto del uno como del otro sucesivamente, hasta que al fin la victoria de Garín estaba tan asegurada, que sólo faltaba pronunciar la palabra:—¡Mate!—Garín miró á su augusto adversario y le vió sombrío y abatido. Tuvo de él compasión, y le dijo:—Señor rey, dejemos el juego, hemos perdido demasiado tiempo. No plazca á Dios que me reproche haberos dado mate con placer mío.—El emperador contestó:—Garín, haced lo que os plazca.—Viendo Garín la humildad con que el emperador le hablaba, no pudo contener las lágrimas y exclamó:—¡Señor, cómo he de desposeeros ni arrebatáros vuestra corona! ¡Oh, que jamás se pueda arrojar esa mancha sobre el honor del padre que me engendró, de mis parientes y amigos! Torpemente habéis obrado en desear mi desgracia y en pensar en matarme; yo no lo merecía: si ocurre que una mujer tenga algún loco pensamiento, preciso será asombrarse, pero no mover y tomar odio á los mejores amigos. Os lo repito, señor emperador: errado anduvisteis y á

(1) Téngase en cuenta que hemos dicho que traducimos muy libremente, pues el texto no lo expresa así, aunque en substancia diga lo mismo.

errar me obligasteis. ¡Maldita la mujer que pueda arrancar de mí vuestro afecto! ¡Maldita la de nuestro primer padre, que dió el ejemplo del mal á todas las otras! Pero para que realmente comprendáis que no os guardo ningún rencor, escuchad, señor rey, lo que voy á proponeros. Cerca de Aquitania, y mientras que vos pasáis aquí los días en jugar y requebrar de amor á las mujeres, los felones sarracenos devastan los campos y saquean las iglesias: en mitad de su campo hay un castillo, el más alto y más fuerte del mundo, que se llama Monglave. Julio César lo develó. Los sarracenos lo han fortificado de nuevo con fuertes torres: otorgadme la señoría de Monglave si yo consigo arrebatárselo á los feroces enemigos de Dios. Así me alejaré de vuestra corte y de la querida Francia, donde reposaréis en calma: yo iré á pedir un heredamiento á la raza maldita de los adoradores de Mahoma, Júpiter y Tergavant.

Carlo-Magno concedió su petición á Garín. Al amanecer del día siguiente le vió partir, y algunos meses más tarde, Garín gritaba desde la torre más alta de Monglave: — *¡Montjoie, montjoie! L'enseigne Saint Denis!*

Acabamos de exponer las razones que pueden hacer creer que el ajedrez fué á Francia desde Constantinopla. Ahora debemos exponer cómo pudo propagarse desde España por los musulmanes.

Hemos visto que desde los tiempos de Mahoma, el ajedrez era conocido del pueblo árabe. Este pueblo, como es sabido, extendió sus conquistas á todo lo largo de la costa septentrional de África. Y en el verano de 711 pasó á España con Taric por la montaña de Djebel Taric, que ha conservado hasta hoy este nombre, cambiado por razones de adaptación del lenguaje en Gibraltar. En 718 habían conquistado toda España y pasaron á las Galias,

donde se hicieron dueños del territorio hasta el Loira y de una parte del Ródano. Eudes, duque de Aquitania, después de haberse defendido algo, concluyó por aliarse con ellos y hasta dar en matrimonio una hija suya al gobernador del país. Durante doce años vivieron los musulmanes en la mejor intimidad con los franceses, y bien se puede presumir que el ajedrez fuera introducido por ellos en la corte del duque de Aquitania, de donde pudo propagarse á la de Pepino. No tenemos documento alguno en apoyo de esta hipótesis; pero la facilidad con que su conocimiento ha podido venir por esta vía, robustece la presunción de que era conocido en la corte de Pepino, como hemos asegurado antes en virtud de otros indicios.

Por las mismas vías suponemos que pudo penetrar en la misma época en la Scandinavia, desde donde se propagó á Inglaterra, Irlanda, las Orcadas y hasta la Islandia. Se hace mención de él en crónicas scandinavas antiquísimas, y en una de ellas, citada por Twiss, leemos que Drofen, apodado el Gigante, padre adoptivo de Haroldo Harfagra, esto es, el de los hermosos cabellos, teniendo noticia de las proezas de su pupilo, entonces rey de Noruega (890), le envió, entre otros ricos presentes, un magnífico tablero de ajedrez. Parece que los dinamarqueses fueron los que transportaron el juego á Inglaterra: Gaimar, aunque escribía hacia 1150, al hablar de la misión de Edelworth, enviado por el rey Edgar al castillo del conde Orgar en el Devonshire, para testimoniar su aserto sobre la belleza de la hija de este señor, dice:

*Orgar juout à un eschès.
Un geu k'il aprest des Daneis.*

No tenemos derecho á dudar de la afirmación de Gaimar, y es muy probable que el ajedrez penetrara en In-

glaterra bajo Athelstane, entre 925 y 940. Este Príncipe visitó la Noruega y matuvo relaciones de amistad con Haroldo Harfagra, cuyo hijo fué educado en la corte del rey anglo-sajón. Esta corte, elegante y pulcra, era visitada por muchos príncipes. El rey de Francia, Luis de Ultramar, fué educado en ella, y á esta circunstancia debió el sobrenombre con que es conocido. Una de las hijas de Athelstane casó con el hijo de Enrique, emperador de Alemania, otra con Luis, duque de Aquitania, y de este modo se establecieron tales relaciones entre la corte de Inglaterra y los diferentes Estados del continente europeo, que es imposible admitir que el ajedrez fuese conocido en un país sin que se propagase inmediatamente á los otros.

La tradición refiere que Guillermo, duque de Normandía, de sobrenombre el Conquistador, sabía jugar al ajedrez, y según Wace, este juego estaba muy en boga en la corte de su padre Roberto (1029 á 1035). El mismo escritor atribuye una gran habilidad en el ajedrez á Ricardo I, hijo de Guillermo Larga Espada, bisabuelo del Conquistador (942-996.) Varios cronistas mencionan expresamente que el rey Canuto I (1017) sabía jugar. Uno refiere á este propósito la anécdota siguiente: "Como el rey Canuto y el conde de Ulf jugasen al ajedrez, el rey hizo una jugada mal hecha, á la que siguió el que el conde le tomase uno de sus caballos: el rey, no queriendo permitírselo, volvió á poner la pieza en el tablero, insistiendo en jugar nuevamente: el conde, lleno de furor, abandonó el tablero y se levantó para irse, cuando le gritó el rey: — Poltrón de Ulf, ¿así huyes? — El conde se volvió y le dijo: — Más lejos hubieras ido tú en la ribera del Helga si yo no acudiese en tu socorro cuando los suecos te apalearan como á un perro; entonces no me llamaste poltrón. — En seguida se

fué, y al día siguiente el rey le hizo matar."

Henos aquí en pleno siglo XI, de donde retrocedimos para investigar, á pesar de la incertidumbre de las tradiciones y la obscuridad de los documentos, las huellas de la primera aparición del juego en los pueblos de Europa. A partir de este momento cesa toda dificultad, y los documentos auténticos atestiguan que fué generalmente usado. Narraremos algunas anécdotas que podrán interesar á nuestros lectores. En 1069 subió al trono de Sevilla Al-Motamid, último soberano de la dinastía abadida, y su primer ministro era el poeta Ibn-Ammar. En cierta ocasión, el ejército de Alfonso VI avanzaba contra Sevilla, sin que ésta estuviese en estado de defenderse, y el ministro mahometano buscó un ardid para alejar el peligro que tan de cerca les amenazaba. Conocía Ibn-Ammar á Alfonso por haber ido de embajador varias veces á su corte, y conocía también la pasión por el ajedrez que dominaba al monarca católico. Salió Ibn-Ammar al encuentro del enemigo sólo como negociador, llevando consigo un magnífico ajedrez de sándalo, ébano y aloe, que tuvo maña de enseñar á los cortesanos. Uno de éstos le habló al rey del juego, y Alfonso tuvo deseos de verle y tras de verle de poseerlo. Ibn-Ammar le propuso jugar una partida, añadiendo: — Si me ganas te quedarás con el ajedrez, y si gano me otorgarás lo que te pida. — El rey aceptó el trato sin sospechar el lazo que se le tendía, jugó y perdió. Entonces Ibn-Ammar le dijo: — Puesto que he ganado, lo que pido es que tú y tu ejército os volváis á vuestro país. — El rey montó en cólera y se dispuso á seguir adelante, pero los nobles, ganados de antemano por Ibn-Ammar á fuerza de dinero, le dijeron que el primero de los reyes cristianos no podía faltar así á su palabra empeñada. Al-

fonso se volvió á su país, si bien llevándose doble tributo que el visir le pagó en el acto, y á más el ajedrez, que su astuto enemigo le regaló.

Al final del reinado de Guillermo el Conquistador de Inglaterra, nombró á sus hijos Roberto y Enrique gobernadores de Normandía. Estando en la corte del rey de Francia estos dos príncipes, Enrique jugaba al ajedrez con el hijo menor del rey, el que más tarde fué conocido bajo el nombre de Luis el Gordo, y una vez en que jugaban después de comer, cuando Enrique le dió mate, Luis, despechado, le llamó hijo de bastardo y le tiró á la cara las piezas. Enrique levantó el tablero é hirió con él al príncipe, por lo que éste le mandó matar, quedando sólo Roberto como sucesor del Conquistador.

Al mismo Luis el Craso ocurrió la aventura siguiente, referida por varios historiadores. En una batalla contra Inglaterra en 1117, el rey se encontró un momento envuelto por los enemigos; un caballero inglés se cogió á la brida del caballo para hacer al rey prisionero, gritando:—El rey es preso. — A lo que Luis, dándole con la maza en la cabeza, le contestó:—En el ajedrez no se prende al rey (1).—Los curiosos pueden consultar en Olivier de la Marche, donde encontrarán las tres circunstancias que, según él, dieron á Felipe de Francia, hijo de San Luis, el sobrenombre del Animoso. Una de ellas fué al final de una partida de ajedrez.

La pasión por este juego se apoderó de los eclesiásticos: en 1125 el Obispo Guy se vió obligado á amenazar de excomunión á los clérigos y religiosos de Mans, que se reunían en el cementerio, ponían los tableros sobre las sepulturas y pasaban allí los días

entretenidos en jugar. San Bernardo prohibió el ajedrez á los templarios; Eudes de Sully, obispo de París, muerto en 1208, no consentía que sus clérigos tuviesen en sus casas juegos de ajedrez; el Concilio de París de 1212, comprende el ajedrez entre sus prohibiciones, y Luis IX dijo en una ordenanza de 1254: "Que nadie juegue á los dados, á las tablas ni al ajedrez." Las tablas eran el juego que hoy se llama *chaquete*. Se encuentra en la recopilación de leyes inglesas una ley dada el tercer año del reinado de Eduardo III (1464), que prohíbe la introducción en Inglaterra de tijeras, navajas de afeitar, peines, patines, naipes y ajedrez. Los errores y los prejuicios se presentan tales en este tiempo, que esta ley ha sido tenida como consecuencia del deseo de proteger el trabajo nacional de un lado, y de otro de moralizar las costumbres.

Tales prohibiciones no impidieron la propagación del ajedrez. Si hemos de creer á los Bolandistas, no solamente los santos no desdeñan el ajedrez, sino que hasta Dios mismo se vale de él para sus santos fines.

"En el convento de Essen,—dicen—fué educada Matilde, nieta, hija y hermana de tres emperadores. En este tiempo había en la corte de Otón III, hermano de Matilde, un joven llamado Erenfrido, príncipe, pero inferior á Matilde en rango; á pesar de la distancia de categorías merecieron que se les casase, á causa de su santidad de vida y pureza de costumbres; pero ¿quién cambiaría la desigualdad de su nacimiento? — Yo la cambiaré — dijo Dios nuestro Señor. Y he aquí cómo lo hizo: Otón vió á Erenfrido y le invitó á jugar al ajedrez.—Señor—respondió el príncipe,—yo soy un principiante y vuestra majestad es un maestro, ¿cómo puedo yo ganáros?—Quiero que juguéis —replicó el emperador—y el que gane tres veces, pedirá al otro lo que quiera

(1) En español no resulta tal juego de palabras. El caballero dijo:—Le roi est pris,—que traduciendo literalmente quiere decir:—*El Rey es tomado*.

y éste quedará obligado á otorgárselo. —Erenfrido se encomendó á Dios y en seguida dió mate á su adversario. Jugaron la segunda partida y segunda vez salió vencedor. El emperador aplicó toda su atención á la tercera, pero la perdió igualmente. Entonces dijo Otón: —Tenéis, sin duda, alguna petición justa que hacerme, puesto que Dios os ha otorgado tres veces la victoria: hablad. —Atrevida os parecerá mi pretensión—respondió Erenfrido;—pero Dios, que me ha dado la victoria, me inspira para pedir os la mano de vuestra hermana. —El emperador meditó un instante, y reflexionando las buenas cualidades de Erenfrido le prometió su apoyo y persuadió á la madre de Matilde para que consintiese en el casamiento. Nunca vió el mundo otra unión más dichosa: de ella nacieron tres hijos y siete hijas, que á su vez, engendraron una serie de príncipes que fueron así como sus padres, venerados por santos.»

Erenfrido no jugaría, sin duda, con su mujer, pues el ajedrez presenta en sí graves inconvenientes para la paz de los contrayentes. Ferrando, Conde de Flandes, habiendo caído prisionero de Filipo Augusto en la batalla de Bovines; pudo ser rescatado por su mujer, y sin embargo, le dejó en su prisión mucho tiempo, “á consecuencia—dice un cronista—del rencor que se habían tomado á consecuencia de haber jugado al ajedrez mucho tiempo. El marido no podía perdonar á su mujer que le ganase siempre y ella no tuvo jamás valor para dejarse ganar una partida.”

En el siglo XIV el afán de moralizarlo todo llegó á ser general, y el ajedrez ofrecía una ocasión, que se tuvo buen cuidado de aprovechar. Nuestros lectores no se incomodarán probablemente, por encontrar aquí una muestra de una de aquellas moralidades tan en voga entonces, tanto más por lo notable que es que el aje-

drez sea el sujeto y por la libertad con que el autor, eclesiástico, habla de dos abusos que se habían introducido en la iglesia y que un siglo más adelante ocasionaron la reforma luterana. Este escrito se ha atribuido falsamente al Papa Inocente VII (1404), pero parece ser obra de un monje del mismo nombre, y su data próximamente de 1.400. Dice así:

«El mundo semeja un tablero en que las casillas son alternativamente blancas y negras, para representar los dos estados de la vida y la muerte, de la gracia y del pecado. Las piezas de este tablero son como los hombres: salen todas de un mismo saco y se les coloca en diferentes jerarquías durante su vida: sus nombres también son diferentes: uno se llama *rey*, otro *reina*, el tercero *roc*, el cuarto *caballero*, el quinto *alfil*, el sexto *peón*. Este juego es de tal naturaleza, que unas piezas toman á las otras y cuando el juego acaba son depositadas todas en el mismo lugar, lo mismo que el hombre: allí ya no hay diferencia entre el rey y el pobre peón, pues ocurre á menudo, que las piezas al ser arrojadas al saco, el rey se encuentra en el fondo: y así se encontrarán muchos de los grandes de este mundo cuando pasen al otro.

„En este juego, el rey se traslada á todas las casillas inmediatas á la suya y toma otra pieza en línea recta, lo que indica que el rey no debe descuidarse en hacer justicia á todos, según su derecho; pues de cualquier manera que obre un rey se le tiene por justo y lo que agrada al soberano tiene fuerza de ley. La dama, que llamamos *firs*, marcha y toma siguiendo una línea oblicua, porque las mujeres, siendo por naturaleza avaras, toman todo lo que pueden y siendo á veces sin mérito ni gracia, son culpables de rapiñas y de injusticias. El *roc* es un juez que recorre todo el país en línea recta y

no debe tomar nunca de manera torcida por regalos ó presentes, ni perdonar á nadie, porque se le aplicarían las palabras de Amós: "Habéis cam-
"biado la justicia en hiel y el fruto del
"derecho en cicuta." El caballo para tomar, da un paso en línea recta y otro en oblicua, lo que indica que los señores pueden tomar justamente los tributos que se les deben y las penas equitativas que impongan á los delin-
cuentes, según las exigencias de cada caso. La tercera casilla significa la conducta que se ven obligados á seguir entre ellos en sus querellas injustas. El pobre peón, en su insignificancia, marcha derecho hacia adelante, pero cuando toma lo hace oblicuamente; así el hombre marcha derecho mientras permanece pobre y contento y vive honestamente, pero cuando busca los honores temporales, adula, se arrastra, perjura y se precipita por las sendas tortuosas á fin de alcanzar una posición superior en el tablero de este mundo. Cuando el peón llega al último límite de su carrera, se torna un *firs*, del mismo modo que el hombre de pobre y sumiso se cambia en rico é insolente. Los alfiles son los diferentes prelados de la Iglesia, papas, arzobispos y obispos, que se han elevado á sus sillas, menos por la inspiración divina que por la autoridad real, el crédito, las influencias y el dinero contante. Los alfiles se mueven dando tres pasos oblicuamente para tomar, pues hay demasiados prelados cuyo espíritu está pervertido por el amor, el odio ó el interés: de suerte que en lugar de reprender á los culpables y de castigar á los criminales les absuelven de sus pecados; y así, los que debieron destruir el vicio son por su avaricia los sostenes del vicio y los abogados del demonio. En este juego del ajedrez, el diablo dice:—*Jaque*,—cuando insulta á alguno y le hiere con el dardo del pecado y si el así herido no puede librar-

se, el diablo, repitiendo el golpe, le dice:—*Mate*,—y se lleva su alma á la prisión donde ni el amor ni el dinero le pueden librar, pues en el infierno no existe la redención; y así como el cazador tiene perros distintos para cazar cada género de caza, así el demonio y el mundo tienen vicios de diferentes especies para seducir á los hombres y todos sucumben á la lujuria, á la vanidad ó á la intemperancia."

El gusto de moralizar valiéndose del ajedrez no fué de corta duración, pues más de dos siglos después del texto que acabamos de copiar se lee aún en Etienne Pasquier en sus *Recherches de la France*, 1633, lo siguiente: "Certes fué el inventor de este juego, en el cual ha representado la verdadera imagen y retrato de la conducta de los reyes.

»Hay en él un rey y una dama, asistidos de dos alfiles, que tienen su marcha de través, y después de éstos, dos caballos y á los límites de cada lado dos *rocs*, que por otro nombre se llaman torres...

»Delante de ellos hay ocho peones que sirven para abrir el camino como gente perdida. ¿Qué quiso representarnos este filósofo? Primeramente, en cuanto á los alfiles que los que están más cerca de los reyes, no son á menudo los más prudentes, sino los que saben mejor adularles; y sin embargo, conviene que los caballeros no estén algunas veces muy próximos al rey, si como sucede en el ajedrez, dan en sus saltos jaques al rey obligándole á cambiar de lugar... No hay cosa que el rey deba temer más en sus estados que las revueltas de la nobleza, pues mientras las del pueblo se pueden fácilmente ahogar, de las otras sale ordinariamente el cambio del Estado.

»En cuanto á las torres, son las plazas fuertes que sirven, en caso de necesidad, de último baluarte para la conservación del reino.

»Se os presenta un rey que no anda más que un paso, mientras que todas las otras piezas se precipitan, tanto para la ofensiva como para la defensiva de él, á fin de enseñarnos que en tal punto, el rey, de cuya vida depende el reposo de todos sus súbditos, está expuesto á toda hora á los peligros, como un capitán ó un simple soldado; créese que su conservación le permite dar un salto extraordinario de su casilla á la de la torre, como si se encerrara en una plaza fuerte y resistente contra los asaltos de sus enemigos.

»Pero, sobre todo, debe tenerse en cuenta el privilegio que da á la dama de poder tomar los movimientos del alfil y de la torre. Pues no hay quien tenga autoridad sobre los reyes como las damas, porque ellos no pueden avergonzarse de declararse públicamente sus servidores, no sólo de aquellas con quien se casan, sino también de las que se enamoran. Por esto yo opino que está mejor dicho á esta pieza dama que no reina...»

Es preciso citar, á partir de este momento, un ejército de aficionados al ajedrez tan ilustres por sus nombres como por su posición: tales son Carlos V, Felipe II, Luis XIII, Carlos I de Inglaterra, Federico II, etc., etc.

Cuando Juan, elector de Sajonia, prisionero, fué condenado á muerte por Carlos V, se refiere que en el momento de notificarle la sentencia, estaba ocupado en jugar al ajedrez con Ernesto de Brunswick, su compañero de calabozo; se paró un instante para escucharla, y después, sin manifestar ni temor ni sorpresa, dijo algunas palabras sobre la injusticia del emperador, y añadió:—Es muy fácil comprender su intención; yo muero porque Witemberg no se rinde; pero moriré con alegría si puedo por este sacrificio conservar el honor de mi casa y transmitir á mis sucesores la herencia á que

tienen derecho. Ruego á Dios que esta sentencia no turbe más á mi mujer y mis hijos que lo que me intimida á mí; ellos no podrán querer que por asegurar algunos días más una vida, ya demasiado larga, renunciase yo á honores y posesiones á las que ellos tienen derecho por su nacimiento.—Después de dicho esto, volvió su atención al juego hasta terminar la partida, que ganó con su acostumbrado talento; más tarde se retiró para dedicarse á las prácticas religiosas. Nos alegramos de poder afirmar que este príncipe intrépido no fué ejecutado y que el gran emperador le puso en libertad transcurrido algún tiempo.

Se cuenta una anécdota muy parecida del infortunado Conradino, decapitado en Nápoles de diez y seis años de edad, que jugaba al ajedrez con su primo el duque de Austria en los momentos en que recibió la noticia de su sentencia. Fischbein hizo para el Príncipe de Sajonia-Gotha un cuadro que representaba esta triste escena.

Se lee en las entretenidas cartas de la duquesa de Orleans, madre del Regente: «La primer delfina tenía un paje de doce ó trece años, hijo de un mayordomo, que superaba á los más hábiles jugadores de ajedrez. El difunto monseñor el príncipe jugó con él una partida, que creyó ganar, pero el paje salió victorioso. Cuando el príncipe vió que le daban jaque-mate, se puso tan furioso, que se arrancó la peluca y se la tiró al joven á la cabeza.»

J. J. Rousseau, que triunfaba siempre en sus luchas con el príncipe de Comté, le amenazaba diciéndole:—Monseñor, os estimo demasiado para no ganaros siempre al ajedrez.

La estrategia del ajedrez agradaba á Napoleón. Su afición á este juego la compartía con Berthier, Murat, Junot, Ney y el duque de Bassano: este último la ha apreciado en los siguientes términos: «El emperador no empeza-

ba formalmente una partida de ajedrez: en las primeras jugadas perdía con frecuencia piezas y peones; desventajas, de las que no se atrevían á aprovecharse sus adversarios. Solamente á la mitad de la partida era cuando le llegaba la inspiración. La refriega de las piezas iluminaba su inteligencia; veía entonces tres ó cuatro jugadas y ejecutaba bellas y atinadas combinaciones.”

He aquí como la servil adulación que rodeaba á Napoleón se deja ver en este relato. No encontrando en torno suyo más que sumisión y aduladores, su gran genio se precipitaba en locas empresas seguidas de catástrofes bien merecidas. ¡Felices los soberanos que encuentran en la independencia de sus ministros, en las leyes y sobre todo, en la libertad de las instituciones de sus estados un freno saludable que les sirve á menudo de sostén! Si brillan menos en el mundo, no sacrifican por las vanidades de la gloria la vida y la felicidad de sus súbditos.

RAFAEL RAMÍREZ DE ARELLANO.

(Concluída.)

EL CRISTO DE COPE

(TRADICIÓN LORQUINA)

DE tal manera abundaban en corsarios las costas del Mediterráneo al principiar sobre todo el siglo XVI, que las poblaciones marítimas se hallaban atemorizadas con razón, á pesar de tener guarnecidas convenientemente las fortalezas, de vigilar á toda hora las playas por donde acostumbraban aquellos á desembarcar, y de perseguirlos constantemente las galeras de la Real Armada. Los piratas ayudaban á los moriscos en todas sus empresas; el solo nombre de *corsario*, leemos en un historiador de

la época, intimidaba de tal modo á los campesinos de las costas, que les retraía de salir fuera de sus poblados, aun cuando sólo fuera para divertirse, pues atisbando continuamente desde sus naves ocasión oportuna, saltaban en tierra y arrebatában cuanto estaba al alcance de sus manos, sin perdonar mujeres, ancianos ni niños.

De estos tiempos datan las fortalezas y torres, cuyas ruinas vemos todavía, junto á orillas del mar, en muchos puntos de la Península, pues las irrupciones de los piratas llegaron á tal extremo, que no pudiéndose, ni aun cultivar las tierras del litoral, ordenó Felipe III, á excitación de sus procuradores, que desde Granada á Portugal se levantaran cuarenta y cuatro castillos ó torres, que sirviesen como de atalayas, para avisarse mutuamente, por medio de señales convenidas, la proximidad de los corsarios, á fin de prepararse á la defensa. Todavía subsisten, repetimos, en no pocas comarcas, estas construcciones, que se intenta conservar, á pesar de la ignorancia y de las injurias del tiempo, pues el pueblo difícilmente se desprende de los recuerdos de otros siglos, sobre todo cuando esos recuerdos tienen algo que deslumbre la fantasía, ó que se impone á la inteligencia del vulgo, ó que halaga los deseos imposibles de las gentes sencillas.

Un célebre historiador describiendo la situación de algunos pueblecillos de Almería escribía en 1570: “Todo lo que cae hacia la costa de la mar es muy despoblado, y por eso es muy peligroso, porque acuden de ordinario por allí muchos baxeles de corsarios turcos y moros de Berbería.” Y Alarcón, en su hermosa obra *La Alpujarra* añade: “He aquí sencillamente expuesta la razón de que Albuñol y otros pueblos de su litoral, en vez de haber sido edificadas en la misma playa, al lado de sus respectivos fondeaderos, estén

escondidos tierra adentro entre enmarañados montes, á tres ó cuatro kilómetros de las olas. Así se ocultaban por una parte á las codiciosas miradas de los piratas berberiscos y así era fácil por otra á sus moradores tener tiempo de armarse y de reunirse, si por acaso los rapaces nautas se atrevían á desembarcar y á adelantarse por aquellos misteriosos terrenos.

La Catedral de Almería en su exterior más parece fortaleza que casa de oración; fortaleza es, en efecto, construída expreso por tal arte que sirviese como sirvió largos años, al propio tiempo que para dar culto á Dios, para defenderse de los hombres, ó sea para rechazar á los piratas berberiscos y turcos, dueños del mar y azote de sus costas, cuando se empezó á erigir dicha iglesia, lo cual fué con alguna anterioridad á la batalla de Lepanto y á la consiguiente decadencia de la piratería musulmana.

Yo recuerdo haber visto no hace mucho tiempo en muchas costas de la Península, destinadas hoy al resguardo de Carabineros, algunos de aquellos históricos torreones, que son otros tantos lúgubres testimonios de los desdichados tiempos en que tantos hijos de estas provincias de Levante eran víctimas de la piratería ó gemían cautivos en las mazmorras africanas. Lorca construyó, entre otros, un torreón en Puerto de Mazarrón, que lo hemos conocido bastante bien conservado, y una importante torre en el sitio de Cope, próximo al puerto de Aguilas, bien provista por entonces de bastante guarnición, con murallas, reductos y otros varios medios de defensa: una verdadera fortaleza. Aquí tenía Lorca sus almadrabas (1), de las que obtenía pingües productos, y con tal motivo era incesante el movimiento que se

notaba en Cope, y lo poblados que estaban sus alrededores, pues que tal industria necesitaba considerable número de brazos. En este sitio, pues, fué donde tuvo lugar el sacrilego atentado, objeto de estas líneas, adquiriendo por todo ello triste renombre las calas del mencionado Cope (1).

Del convento de Nuestra Señora de las Huertas de la ciudad de Lorca, fué llevada á la ermita aneja á la fortaleza de este sitio una imagen del Crucificado, que la Orden seráfica tenía aquí en bastante estima, no por lo artístico de su talla, que dejaba mucho que desear, sino por estar su culto extendido por toda la ciudad y su huerta y por los hechos milagrosos que se le atribuían. Ante este Crucifijo oraban diariamente y con el mayor fervor los pescadores de las almadrabas lorquinas, en la indicada ermita, donde un religioso Franciscano celebraba los días festivos la Misa del alba.

En la madrugada de un día de triste recordación, favorecidas por la mayor obscuridad, se acercaron cautelosamente á aquellas playas, unas galeotas tripuladas por considerable número de moros; saltan éstos á tierra y anima-

(1) En el presbiterio del santuario de Nuestra Señora de las Huertas, á la derecha, junto á una bandera, aún en buen estado, se lee en una cartela: *De una fragata argelina apresada en las aguas de Cope.*

La expresión proverbial de alarma, *moros hay en la costa*, nos dice el erudito Bastús, tuvo su origen en la frecuencia con que los moros por largo tiempo hicieron excursiones por las costas del Mediterráneo, sorprendiendo y arrebatando personas, ganados y cuanto podían; al oír tal grito, preveníanse las gentes contra el peligro, armandose para resistirlos ó retirándose tierra adentro. Como estas excursiones de los piratas berberiscos eran muy frecuentes, construyéronse de trecho en trecho, á lo largo de nuestras costas marítimas, ciertas atalayas ó torres ciegas, á las que se subía, por una escala de cuerda, que luego se recogía. Desde lo alto de estas torres, de las que existen aun muchas, y que el vulgo llama *torres de moros*, siendo por el contrario *torres contra moros*, se daban desaforados gritos de: *Moros hay en la costa*, con cuya vocería y con ahumadas durante el día, y por medio de fogatas por la noche, se extendía rápida y fácilmente la alarma por toda la costa, lográndose así las más de las veces ponerse á cubierto de un golpe de mano de aquellos piratas.

(1) Por privilegio que concedió á esta ciudad el Rey Felipe IV.

dos del más enconado espíritu de secta, derriban las puertas de la iglesia, destrozan el altar y el ara, roban cáliz y cuantos ornamentos sagrados encuentran, queman á cinco infelices pescadores que se resistieron, coronando tan bárbaro atentado cautivando cincuenta más y cebando por último su saña en la efigie del Redentor, la hicieron pedazos que esparcieron por el suelo, arrojando la cabeza al fuego.

Día del mayor desconsuelo fué aquél para los pacíficos habitantes de Cope, la mayor parte hijos de Lorca, donde no tardó en saberse lo ocurrido; al recibirse las primeras noticias, la Comunidad Franciscana de Nuestra Señora de las Huertas, envió seguidamente al sitio del suceso, á su sacristán fray Juan Sánchez, con las órdenes convenientes, mientras la ciudad acudía presurosa al templo para desagraviar con sus oraciones al Todopoderoso.

“Llegado el sacristán á la Torre de Cope—nos dice el Rdo. P. Morote en su obra *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*—y registrando con el mayor cuidado el lugar de la hoguera, en medio de muchas ascuas y el rescoldo se halló, no sin grande admiración de los que buscaban este tan rico tesoro, la cabeza del Crucifijo, sin la más leve lesión ni ofensa, no sólo del fuego, mas ni del humo, conservando hasta las espinas de su corona, entallada en la misma cabeza, con toda integridad y hermosura. Puso toda su diligencia el sacristán en buscar los demás pedazos y fué Dios servido que los hallase todos, y traídos al convento, se juntaron todos los miembros como estaban antes y encarnado de nuevo y puesto en el Real Trono de su Cruz, le colocaron en medio de la reja del coro, en donde se mantuvo con especial consuelo de los religiosos...”

La mayor devoción manifestó desde entonces, no sólo Lorca, sino los pue-

blos inmediatos, al que ya sólo conocían con el nombre del CRISTO DE COPE, imagen en la que se apreciaban á la simple vista las señales de las rupturas sufridas, y que se venera hoy en capilla propia en la iglesia del mencionado convento de las Huertas. Á la iniciativa y fervor del Rdo. P. Morote se debió el que el pintor lorquino José Matheos cubriera al fresco toda esta capilla, representando con la mayor propiedad la fortaleza y sitio de Cope y el ensañamiento de los piratas con el Crucifijo, frescos que desgraciadamente nadie procura su conservación, acabando de deslucir la estética de la capilla en cuestión la innecesaria apertura en ella de un boquete con honores de puerta, llevada á cabo en época no remota.

Como la fe no disminuye en nuestra católica ciudad, Lorca aún guarda, como dejamos dicho, y confiamos seguirá guardando con toda devoción el culto por esta milagrosa imagen, que en la actualidad se venera en el histórico santuario de Nuestra Señora la Real de las Huertas.

F. CÁCERES PLA.

SECCIÓN DE LITERATURA

VOLTAIRE Y MAYANS

GRAVE ofensa inferiríamos á la ilustración de nuestros abonados si les *descubriéramos* á Voltaire. Ofensa casi no menor sería darles á conocer á D. Gregorio Mayans y Siscar, el insigne polígrafo valenciano, digno de ser llamado, como él propio se llamó con tanta razón como vanidad pueril, *ingenio egregio, iudicioque admirabili, juris et antiquitatis peritissimus* (1).

Mantuvo Mayans larga correspondencia con todas las eminencias litera-

(1) En sus cartas latinas á nombre de Justo Vindicio.

rias de su tiempo que le escuchaban como á oráculo. Robertson le consultaba su *Historia del Nuevo Mundo* (1) Heinicio, el gran Heinicio, le apellidaba á boca llena *vir celeberrimus, laudatissimus, elegantissimus* (2). Voltaire, el endiosado Voltaire se dirigía á él para que se sirviese ilustrarle sobre puntos oscuros de historia y de crítica literaria.

Buena prueba de ello son las dos cartas inéditas que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, gracias á la exquisita amabilidad del ilustre bibliófilo valenciano Sr. Serrano Morales. Guarda éste los originales en su riquísima biblioteca que atesora los papeles y buena parte de los libros de D. Gregorio Mayans (3); y no contento con permitirnos la publicación de las cartas, la Sociedad le es deudora de las exactísimas copias que nos han servido para reproducir tan interesantes documentos.

Todo es curioso en ellos; desde su estrambótica redacción trilingüe, y su encabezamiento: *Voltaire, hombre libre: o besa las manos del Señor el quale merece de ser libero assi* (4) hasta la suscripción en que el amigo de reyes y demoleador de tronos, se complace en llamarse *gentilhomme ordinaire de la chambre du Roy* (5).

Las tales cartas pintan bien el carácter de aquel escritor, tan grande y tan pequeño al par: su petulancia, su genio superficial que no excluye ciertos golpes de vista, su punzante ironía, su prurito de ostentar originalidad, erudición y gracia.

El asunto de que trata nos interesa mucho también. Es la cuestión de la prioridad respectiva del *Heracleo*, de Corneille, y del conocido drama de Calderón *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*. Que una de estas producciones se inspira en la otra no admite duda; hasta hay versos literal-

mente traducidos (1); pero ¿quién plagió á quién? ¿El francés al español ó el español al francés?

Según Menéndez Pelayo (2) este problema no se suscitó hasta que á mediados del presente siglo lo plantearon, defendiendo encarnizadamente la causa de su nación, Viguier (3) y Philarète Chasles (4). Las cartas que van á leerse desvanecen tal hipótesis; la cuestión se debatía ya con interés en el pasado siglo, y Voltaire rompía lanzas en favor nuestro. Sírvale esta buena obra de descargo de las atrocidades que dijo, haciendo con su acostumbrada ligereza, crítica del carácter y de las obras del insigne dramaturgo español (5).

No pudo el irascible y mal humorado García de la Huerta llevar en paciencia tales desmanes y arremetió contra Voltaire con brío y buenas razones, como había arremetido contra Signorelli y Lingnet (6). Y dice á este propósito: "Quiso Voltaire no averiguar la verdad (en la cuestión de prioridad de los dos dramas) porque estas indagaciones no le eran geniales, sino buscar razones con que desfigurarla (7). Para esto, valiéndose del abate Beliard, Cónsul general de Francia en esta corte, remitió á ella en el año 1764 cierta especie de interrogatorio para que por su contexto se recogiesen algunas especies y noticias que exigía para la comentación del *Heracleo*, que estaba disponiendo. Yo

- (1) "¡Ah, venturoso Mauriciol
¡Ah, infeliz Phocas! ¿Quién vió
Que para reinar no quiera
Ser hijo de mi valor
Uno, y que quieran del tuyo
Serlo para morir, dos?,"

Así dice Calderón de la Barca.

- "O malheureux Phocas! ô trop heureux Maurice!
Tu recouvres deux fils pour mourir après toi,
Et je n'en puis trouver pour regner après moi,"

Así dice Corneille.

(2) *Calderón y su teatro*; en la *Colección de Escritores castellanos*.

(3) *Anécdotas literarias, sobre Pedro Corneille*, 1846.

(4) *Corneille en sus relaciones con el drama español*; en los *Estudios sobre la España*, 1847.

(5) "La comedia de Calderón es una novela menos verosímil que todos los cuentos de las *Mil y una noches*, fundada sobre la más crasa ignorancia de la historia y llena de todo lo más absurdo que puede concebir imaginación desenfadada... Bien que en Calderón, aunque hay algunos pedazos sublimes, casi nunca hay verdad, ni verosimilitud, ni menos propiedad, y que aunque los franceses tienen muchas piezas enfadadas en su lengua, con todo eso, no tienen nada que se parezca á esta DEMENCIA BÁRBARA." (1) *Comentarios á Corneille*.

(6) Prólogo al *Theatro español*, compilado por D. Vicente García de la Huerta, 1786, 17 tomos en 8.º

(7) Huerta á su vez es injusto en esto con Voltaire. Véanse las cartas objeto de las presentes líneas.

(1) Sempere: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo IV, art. Mayans.

(2) En su *Defensa de Cornelio van Binkershoek*.

(3) El resto de la biblioteca mayansiana consérvese aún en su casa de la villa de Oliva, cerca de Gandía.

(4) Voltaire, dejándose llevar de semejanzas fonéticas traduce por *assi* el *aussi* francés.

(5) El patriarca de Ferney había obtenido en 1745 título y cargo de gentilhomme de S. M., que vendió luego por 60.000 libras.—(V. el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, art. *Voltaire*.)

fuí acaso de los primeros á quienes se intentó encargar estas averiguaciones, á que hallé conveniente negarme; previendo el triste uso que había de hacerse de mis noticias y trabajo. Con este motivo mejoró de mano el encargo, no de fortuna, pues según parece se fió á D. Gregorio Mayans, el cual, por lo que el mismo Voltaire afirma en la prefación de esta tragedia, y por otras especies que en ella se advierten, no sólo le envió un ejemplar de la comedia de Calderón, sino también le comunicó, en desempeño del cargo, algunas anécdotas que si fueron exactas, tuvieron la desgracia de haber parecido en aquella obra muy ridículamente desfiguradas; pues no es creíble que Mayans incurriese en los absurdos que se hallan en una disertación del comentador sobre la expresada comedia *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* puesta al fin de la traducción de ella por el propio Voltaire (1)."

No anda Huerta muy bien informado, á pesar de ser contemporáneo, y según él, parte en el asunto. Las relaciones de Voltaire con Mayans, á propósito del *Heraclio* precisamente, comenzaron mucho antes de 1764. Véanse en prueba de ello las prometidas cartas, que fueron origen probable de la correspondencia entre ambos literatos, y que nuestros lectores están ya sin duda ganosos de conocer. Dicen así:

I

AU CHATEAU DE FERNEY (2)

Par Genève 1.^{er} Avril 1762.

Voltaire hombre libero besa las manos del Señor el quale merece de ser libero assi.

Tibi gracias ago vir ornatissime et bonarum artium arbiter—magna lis est inter me et meos sodales academicos parisienses. Contendunt Cornelium nostrum invenisse heraclii fabulam, et Calderonem fuisse ejus imitatore. Opinor Cornelium sumpsisse ex authore hispano id quod tollere posset, ut hujus erat mos.

Cum legi barbaram Calderonis tragediam credidi me videre fodinam e

qua Cornelius paululum auri extra xeo quod deinde miscuit eum aliis suis metallis non sine fango. Sic tragediam *Le Cid* nuncupatam, suum mendacem esse hispania transoulit in galliam nullum hispanum autorem video qui de aliis gentibus aliquid unitari dignatus sit. Heraclii fabula a Calderone scripta videtur e fonte genuino auctoris proshuisse, nihil quod nostris dramatibus simile sit inventio, dispositio, colloquia mores plane differunt, in quatuor solummodo versibus, totum litis judicium ponitur. De quatuor versibus agitur intra duas potentes nationes. Sed quis nomen imitatoris consecutus est? An qui semper cum suo genio scripsit, an qui sæpius cum ingenio alieno?

Corneille monsieur prit bien quatre vers de godelou dans les stances de polieucte. Sil avait volé un évêque, il n'aurait pas fait scrupule de prendre chez un seigneur. Si vous pouviez monsieur pousser la bonté jusqu'à me dire en quell année la pièce de Calderón fut représentée, vous décideriez le procez et il ny aurait point d'appel je remercie au reste Calderón el Corneille de m'avoir procuré la correspondance d'un homme de votre mérite. Nous aimons tous deux la verité et la liberté, et je me suis attaché a vous, comme si j'avais eu logtemps l'honneur de vous connaître.

J'ay l'honneur d'être avec les plus respectueuses sentiments.

Monsieur.

*Votre tres humble
et obeissant serviteur
Voltaire gentilhomme ord.
de la chambre du roy.*

(Toda la carta es autógrafa.)

II

Par Genève, aux Délices (1), 16 Juin 1762.

Monsieur :

Je ne vous écris point en caldéen, parce que je ne le sçais pas, ni en Latin quoique je ne l'aye pas oublié, ni en espagnol, quoique je l'aye appris pour vous plaire; mais en français que vous entendez tres bien, parce que je

(1) Prólogo citado; aducido por Hartzenbusch.

(2) Voltaire compró en 1758 el castillo de Ferney, donde residió casi hasta su muerte.

(1) Dominio en el cantón de Ginebra adquirido por Voltaire en 1755.

suis obligé de dicter ma Lettre étant très malade.

J'ai renoncé à la cour, comme vous, ains; ne m'appellez plus aulicus, mais vous êtes très generosus de toutes les façons puisque vous avez la générosité de me fournir les instructions que je vous ai demandées. je ne scavais pas que les Espagnols eussent jamais rien pris, même des Italiens, je les croyais autotones en fait de littérature; mais je scais bien qu'ils n'ont jamais rien pris de nous, et que nous avons beaucoup pris d'eux.

Entre nous, je pense que Corneille a puisé tout le sujet d'heraclius dans Calderón. Ce Calderón me parait une tête si chaude (sauf respect) si extravagante, et quelquefois si sublime, qu'il est impossible que ce ne soit pas la nature pure. Corneille a mis dans les règles ce que l'autre avait inventé hors de règles. le point important est de scavoit en quelle année la famosa Comedia fut jouée devant ambas maestades, c'est ce que je vous ai demandé, et je vois qu'il est impossible de le scavoit.

Je ne scais pas pourquoi vous vous êtes donné la peine de transcrire les vers de López de Vega, que vous avez autrefois raportez dans la vie de Cervantes, ¿vous imaginez vous donc que je ne vous aye pas lû? Scachez, monsieur, que je vous ai lû avec grande attention, et que vous m'avez beaucoup éclairé.

Non seulement je scavais ces vers, mais je les ai traduits en vers français, et je les fais imprimer au devant de la famosa comédia, que j'ai traduite aussi. je crois qu'il suffit de mettre sous les yeux la famosa comédia pour faire voir que Calderón nel'a pas volée.

Vous me permettrez de faire usage du passage de Maitre Emanuel de Guerra. je n'omettrai pas les actes sacramentaux du pieux Calderón; tout ce qui me fache, c'est que ces actes sacramentaux n'ayent pas fait partie des pièces amoureuses et ordurières dont le bon homme regalait son auditoire.

Votre lettre, monsieur, est aussi pleine de graces que d'Erudition. Si vous voulez faire encor passer quelque instruction de votre voisinage de L'afrigue à mon voisinage des alpes, je vous aurai beaucoup d'obligation. So-

yez tres persuadé qu'on ne trouve point de Seigneur d'Olive en Savoye.

(Hasta aquí de mano ajena. El renglón siguiente autógrafo).

Interea te plurimum facio tibi gratias ago, vale.

V. (1)

Por lo demás, el pleito que Voltaire falló atinadamente en primera instancia ha sido resuelto ya de un modo inapelable. El insigne D. Juan Eugenio Hartzenbusch con copiosos razonamientos que acreditan juntamente su rara erudición en materias literarias y su sagacidad crítica, ha demostrado plenamente que "Calderón en su drama *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, imitó, sí, pero no á Corneille, sino á Mira de Mescua (2): Corneille fué quien imitó á Calderón". Y añade: "ni él, ni dramático alguno español del siglo XVII, exceptuando á Diamante, debió sus bellezas ni sus defectos á escritores de fuera; estudiaronse los españoles, imitaronse, copiaronse á veces unos á otros; pero imitaciones y originales todo era nuestro. El teatro español antiguo no es francés, ni italiano, ni latino, ni griego, es lo que esta diciendo su nombre: español" (3).

La autoridad de Menéndez y Pelayo (4) ha venido á reforzar la del autor de *Los amantes de Teruel*.

M. CERVINO.



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara y Bibliografía de la misma hasta el siglo XIX, por Juan Catalina García, su cronista. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1897 é impresa á expensas del Estado. (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1899.)

La importante colección de obras bibliográficas premiadas por aquel centro, acaba de enriquecerse con la que anunciamos del señor Catalina García, doctísimo y afortunado escu-

(1) (Sobrescrito): A Monsieur | Monsieur Don Gregorio | Magence | En Son Chateau d'Olive | par Valence Esgne. - (Sello en lacre con escudo de armas que supongo de Voltaire.) - Nota del Sr. Serrano Morales.

(2) En su drama *La rueda de la fortuna*.

(3) Véanse las ilustraciones al tomo IV de las *Comedias de D. Pedro Calderón de la Barca*, coleccionadas por Hartzenbusch en la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra.

(4) *Loco citato*.

drinador de las cosas de su provincia. Es un hermoso volumen en 4.º, de 800 nutridas páginas de á dos columnas, en que campea gallardamente la erudición de buena ley, junto á una sagaz y atinada crítica.

El trabajo forma tres grupos ó secciones, á saber:

1.º Biografía y bibliografía de los escritores nacidos en la provincia de Guadalajara.

2.º Escritos especiales referentes á hijos de la misma, hayan sido ó no escritores.

3.º Libros y papeles á ella tocantes.

Dos copiosos índices, geográfico y de personas, auxilian al lector, permitiéndole hallar rápidamente lo que desea.

Enorme es el trabajo que representa el hacinamiento de materiales y construcción de semejante obra, en la que abundan datos y noticias hasta aquí ignorados acerca de hombres, libros y papeles en algo relacionados con la provincia de Guadalajara. Verdadero monumento levantado por el Sr. Catalina García á la gloria de su tierra natal, este libro será acogido con fruición y leído con deleite por los eruditos y por los amantes de la bibliografía española.

x
x x

Falso supuesto de la decadencia de la raza latina.—Conferencias dadas en la «Obra de Buenas Letras» por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.ª Villarrasa, dignidad de Arcipreste de la santa iglesia Catedral de Barcelona.—Barcelona, 1899.

Con copia de razones de índole religiosa, histórica, moral y filosófica demuestra el señor Villarrasa la falsedad del concepto que afirma la decadencia actual de la raza latina y su estado de inferioridad respecto á otras razas. Señala el ideal cristiano como nota característica de la gran familia latina y canta las excelencias de ésta enfrente de otras razas, que, contra lo que comunmente se cree, no son en realidad superiores á ella.

Para nosotros, latinos, es consoladora la idea lanzada sin vacilaciones por un pensador, de que, á pesar de todo, la raza latina no decae, antes conserva su gloriosa superioridad. El Sr. Villarrasa muéstrase optimista (en el mejor sentido de la palabra) y al sostener con su palabra la vitalidad presente y el porvenir de nuestra raza, si se aparta del común sentir de las gentes en esta materia, entona un verdadero *Sursum corda*, muy oportuno en los infaustos días por que atraviesa nuestra patria, más infortunada que decadente. Las conferencias que nos ocupan merecen ser leídas; por ellas enviamos nuestro parabién al docto Arcipreste de la Catedral de Barcelona.

x
x x

Manuel Mesonero Romanos. — Velázquez fuera del Museo del Prado.—Madrid, 1899.

El número de cuadros de Velázquez, cuyo paradero se ignora, es tan considerable, que todos los trabajos que tiendan á contrastar las atribuciones y depurar los catálogos, deben ser mirados como materiales para levantar un día el monumento á nuestro pintor nacional, y por lo tanto de primordial interés.

El autor de esta obra se dedica únicamente á la tarea de enumeración, y con buen éxito la mayoría de las veces.

Acaso se extiende al tratar de obras cuya autenticidad es por todos negada. (Museo de Ginebra.)

En la descripción de los cuadros conservados en las Galerías privadas de Londres traduce demasiado á la letra el Catálogo de la Exposición Española (1896) menos las medidas, que deja en pulgadas), y aun así, omite *La vista de la Alameda de Sevilla*, propiedad de Sir William Farrar (antiguamente en la colección Luis Felipe), y el retrato de G. Jacopo Theodoro Tribulci, Virrey de Sicilia, que de la galería Aguado es hoy en poder del caballero Foster M. Alleyne.

Al describir el retrato de Velázquez propiedad de Sir Francis Cook, atribuye á éste la idea de que el de Valencia es una mala copia de aquél, cuando este señor únicamente dice que en Valencia existe un deteriorado ejemplar (*injured copy*).

También nos hace ver un niño *comiendo aves* (1) (cuando el Catálogo dice dando de comer *feeding*).

En el Museo de Nantes, cita sólo un retrato de Príncipe joven, y pudo añadir otros cinco.

En el Museo de Florencia (*Uffizi*), no hay uno, sino dos retratos de Velázquez, por el mismo.

El libro está impreso en buen papel y los fotograbados son regulares.

x
x x

Historias y leyendas, por Victor Balaguer, de Reales Academias Española y de la Historia. (Madrid, viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1899.)

Forma este volumen el tomo XXXVII de las obras de su autor y encierra su contenido el encanto peculiar á las producciones del ilustre historiador y poeta. Historias, tradiciones, cuentos, excursiones, notas de arte, pinturas de costumbres populares, recuerdos de la España legendaria y anécdotas modernas, de todo hay en la obra. Algunos de los trabajos (*Las bodas de Salomón y de la Reina de Saba*, *El cuento de Rosanieve*, *El juicio de Dios*, *El caudillo de los blancos*, etc.), son de invención reciente; otros eran ya conocidos del público y fueron, en oportuna sazón, favorablemente juzgados por la crítica.

El producto íntegro de este volumen, como de los anteriores de la colección, se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, instituto fundado por el autor.

x
x x

El excursionismo, como fuente de conocimientos y medio educativo, al par que como esparcimiento honesto y saludable, va extendiéndose, al igual que en Europa, en América. En el notable Instituto Americano de Adrogué (República Argentina), dirigido por nuestro compatriota el Sr. Monner Sans, se ha instituido un *Club excursionista*, que promete ser de gran utilidad para la juventud que frecuenta aquel Centro de enseñanza. Se han verificado algunas interesantes excursiones dirigidas por el Sr. Monner y por el ilustrado profesor del Instituto y conocido publicista, don Enrique Ballesteros.

(1) Cuadro de R. H. Waitman.